

EL TÚNEL



(Conclusion.)

Amor, amor! ¡cómo te profanan los mortales al dar tu nombre á sus vulgares afectos, á sus indefinidas simpatías, indómitos deseos y groseros apetitos! Tú sólo eres el sublime arrebató, el potente flúido, el incorpóreo lazo, la instantánea locura que se apoderó de la mente y esclavizó las voluntades de César y la prodigiosa mujer, desligándolos de toda realidad, borrando la conciencia de todos los recuerdos del pasado, los compromisos del presente y los peligros del porvenir.

Mirábanse á la luz del dia fascinados de tanta hermosura, y aprovechando los descuidos del funesto compañero, cuando el silbido de una locomotora que se acercaba los sacó de la contemplacion, dándoles la dolorosa conciencia de la separacion inevitable. El tren que llegaba era el implacable déspota que debia alejarlos sin que la palabra ni la pluma pudiese establecer una ulterior comunicacion entre sus almas, ya inseparables. Al detenerse la rechinante mole del tren, César sintió helarse su sangre. Impulsado mecánicamente por el ejemplo de los demas viajeros y por el instintivo resorte del deber, subió César al primer compartimento del primer coche que ante él se detuvo, con aquella penosa dificultad y casi involuntario impulso con que un reo sube los escalones del patíbulo.

Apénas instalado en el carruaje, asomó la cabeza para dirigir las últimas miradas á aquella vision que iba á desvanecerse.

cerse, cuando entre las olas de cabezas vivientes que se estrellaban contra los bordes del tren, descubrió el rostro de su desconocida, transfigurado por una palidez y una expresión de angustia tan mortal, que le estremeció de espanto. La mirada que ella le dirigió era el mudo y trágico adiós de un alma desesperada y moribunda. Los ojos de aquella incomparable criatura le llamaban, le suplicaban, le atraían y le reconvenían por la ingratitud de su fuga. El agudísimo dolor de aquella mártir resignada que caminaba al suplicio, á esa muerte de la ausencia, peor que la que nos acoge en los brazos de su letal olvido, conmovió tan profundamente las fibras de la sensibilidad y el sentimiento en César, que se sintió desfallecer y vacilar como presa de un vértigo irresistible. La realidad y el deber le retenían con sus cadenas de hierro; pero frente á frente, la hermosura con todas sus seducciones, la aventura con todas sus encantadas incertidumbres, lo desconocido con todos sus misterios, y la pasión con todos sus arrebatos y peligros le llamaban con una voz que le atraía como el reclamo de un mundo de ilusiones y delicias inextinguibles. Suspendido en el confin de dos mundos, flotando entre la tierra y el cielo, se desesperaba sin hallar la fuerza impulsiva de la tentación que pierde ó el heroísmo que salva. Jamás lucha más tremenda se trabó entre el corazón y el cerebro de un ser humano. Parecía una estatua que, animada por el soplo de la vida, al querer mover sus miembros, los hallase de mármol inarticulado, duro, frío, incapaz de romper la inmutable ley de su eterna estática.

Sonó, por fin, el funerario toque de la campana de aviso, y entonces nuestro pobre viajero sintió toda la tiranía de ese déspota de la vida que se llama el Momento. No había tiempo que perder; la acción era todo; la vacilación era la muerte ó la vida. Cada segundo tenía que concentrar la fecunda esencia de las horas y los días. La voluntad tenía que mostrar su más alta energía y ser tan inflexiblemente matemática en sus resoluciones como el reloj en las oscilaciones mecánicas de su equilibrio. Un instante más, y el silbato de vapor sonaba, y el girar de las ruedas rompía los hilos que ataban sus corazones, y la distancia interpondría el *crescendo* de sus kilómetros entre

aquellos ojos que no volverían á encontrarse en la redondez del planeta y entre los accidentes de la vida. La locomotora se parece á la justicia de todos los infiernos: no admite excusas, dilaciones: arranca, arrastra, rompe y tritura sin piedad. Tiene ojos rojizos, vientre de fuego, voz de vapor, piés de acero, es un organismo casi vivo, al que sólo faltan oídos para percibir los ayes, y corazón para apiadarse de los que se adoran y se despiden.

El momento del arranque del tren le hizo comprender que su corazón se despedazaba, como si sus arterias se enlazasen con las de la mujer, quien al verle marchar no pudo retener dos lágrimas que acudieron á sus ojos, ni contener el movimiento de su mano, que, puesta sobre el corazón, parecía decirle: «¡Adios; me has clavado el puñal de tu mirada! ¡Adios para siempre!»

Al sentirse arrastrado, al ver que dejaba atrás el faro de su esperanza, ciego, frenético, y rindiéndose á la fuerza incontrastable del instinto y al consejo irreplicable de la naturaleza, abrió la portezuela, y con asombro de tres viajeros que habia en su compartimento, y con la resolución del suicida, que no mide la altura de donde su desesperación le precipita, se arrojó á la vía con la agilidad del más consumado gimnasta. Unos segundos despues, aquel salto hubiera costado la vida al audaz desertor, que desafiaba el creciente peligro de la velocidad.

El tren siguió su camino, y el fugitivo viajero, sin mirarle siquiera, sin reflexionar las consecuencias de su desercion, se encaminó corriendo hácia el andén, donde los demás viajeros que habian quedado se dirigian á tomar posesion de otro tren ascendente que acababa de llegar, como evocado por entre la complicada red de carriles de una estación de empalme. La cabeza del extranjero, colocada sobre el nivel de todos los sombreros españoles, sirvió de punto de mira á César, que hácia allí encaminó sus pasos. Abriéndosele como un barco entre las ondas, llegó en el momento en que el objeto de sus ánsias y su terrible guardian trepaban al compartimento desocupado de un coche de primera clase.

La gratitud humana no podría hallar palabras más elocuen-

tes que la mirada rápida, pero radiante de inmenso júbilo y adoración, que le dirigió aquella mujer, que volvió á la vida como una flor abrasada por el rayo del dolor, y resucitada por el fresco rocío de la esperanza. El jóven, á su vez, con el mudo lenguaje de los ojos, la dió á entender, no sólo la vehemencia de su amor, sino su decision de seguirla y protegerla, arrojando todos los peligros y haciendo todos los sacrificios. Entre aquellos dos seres, que en el relámpago fugaz de una mirada tanto se habian dicho, se interpuso otra mirada terrible, fria con el hielo de la ironía, y abrasadora con la expresion de los celos y la venganza. Ante aquella provocacion audaz y acusacion implacable, los dos amantes, como sintiéndose culpados, bajaron sus párpados, y no osaron afrontar los rayos de aquella silenciosa y justiciera cólera, cuyo estallido amenazaba ser la muerte.

Dando á su fisonomía una expresion de indiferencia, César, despues de colocar su manta de viaje en el asiento del lado opuesto, y que daba frente al que ocupaba la divina extranjera, asomóse á la portezuela, no sólo para ocultar su turbacion, sino para ver si llegaba algun nuevo viajero que, entrando en el compartimento, cortase con su conversacion el silencio y evitase el embarazo en que habian de verse tres seres frente á frente y ligados por tan ciego amor y tan mortales odios. La expectativa fué inútil, y al emprender el tren su marcha, comprendió que la mano del destino le habia encarcelado, lanzándole dentro de aquel calabozo errante al campo peligroso de las aventuras. Hizo un llamamiento á todas las energías de su espíritu, y como el guerrero que prueba el temple de una espada y la siente digna del poder de su brazo, sentóse en su asiento con aquella calma solemne del que toma una resolucion suprema, dispuesto á perder la vida en último caso.

El tren volaba y los tres viajeros inmóviles, mudos y petrificados parecian tres esfinges colocadas en misterioso triángulo y como guardando tres impenetrables secretos de amor y de muerte. El enamorado español de vez en cuando buscaba las dos estrellas videntes de su amada y bajo las largas pestañas las veia fijas en el suelo y como paralizadas por el flúido ater-

rador de la mirada que su guardian no apartaba de ella. Sólo cuando aquel la desviaba, cansado, de su misma inmovilidad, y miraba hácia el azul espacio como para sorber luz y dar de nuevo á sus ojos más dominadora intensidad, la mujer, con la velocidad del relámpago levantaba sus párpados abrumados y lanzaba una mirada indescriptible que el amante recogía sediento y devolvía impregnada de fuego, de tristeza y de promesas.

De cuantas cosas bellas y expresiones divinas encierra el universo nada hay más hermoso, que la mirada estática de dos séres que se aman y se contemplan con adoracion. Interponer entre ellos una mirada, romper el hilo impalpable que de pupila á pupila lleva la divina chispa del amor y el pensamiento en su más pura esencia, es un atentado, una profanacion, casi un crimen. ¿Con qué derecho interponia aquel extranjero formidable la suya, profana, impía, maldita, entre las celestes contemplaciones de los dos hermosísimos enamorados? ¿Era aquella mirada la del padre alarmado, la del amante celoso ó la del marido ultrajado? No; porque la mujer no respondia á ella con la expresion de aquellos tres amores, sino que se doblegaba como ante el despotismo brutal de una autoridad ó una fuerza y con la resignacion, no del deber cumplido, sino del terror y la impotencia. ¿Era el extranjero un raptor que habia robado aquella joya de alguna region escondida del Oriente y venia á esconderla ó venderla entre el protector bullicio ó el perpétuo mercado de estas inmensas ciudades que levanta la civilizacion europea? Todo esto podia ser y en vano César trataba de descifrar el enigma de la relacion que unia aquellos séres antinómicos, entre los que no podia existir más vínculo que una espantosa tiranía, un miedo invencible y acaso la misteriosa trama de algun crimen. Habia en las miradas de aquella víctima una expresion tan desesperada, una como súplica de proteccion tan elocuente que, aparte todo sentimiento egoista de enamorados, César sintió despertarse ese triple instinto de todo español bien nacido, ese generoso y fanfarron impulso de Cid, Tenorio y Quijote, y deseaba pelear como el primero, enamorar como el segundo y desfacer, como el tercero, el entuerto de que era víctima aquella que por su hermosura y ma-

jestuosa nobleza bien pudiera ser princesa encantadora y encantada de la más maravillosa leyenda.

Para disimular la agitación de su espíritu y la tirantez de sus nervios excitados, César sacó un libro é intentó leer; pero los renglones se borraban, las letras perdían su forma, las palabras su significado y las oraciones su sentido. La conciencia le predicaba el secreto sermón del remordimiento; veía la responsabilidad y consecuencia de su loca conducta; comprendía todo el dolor de la que en Madrid le aguardaba con la fe de la enamorada y la esperanza de la esposa; veía la pesadumbre de una madre y el justo enojo de un padre; media la deshonor y anatemas que caerían sobre su nombre cuando se supiera su fuga inexplicable, su palabra rota y su juramento violado. Pero cuando esta voz pronunciaba su condenatoria sentencia, volvía sus ojos á aquel rostro encantador y afligido y todo el imperativo categórico del deber callaba, y todo riesgo y sacrificio le parecía pequeña ofrenda de adoración á aquella divinidad encarnada en la mortal arcilla. El; que había leído todos los poemas de amor en las miradas de las más enamoradas y seductoras mujeres, no había encontrado en toda la novela galante y afortunada de su vida, ojos de más fascinador poder que los que en aquel instante le subyugaban y sometían con más fuerza que la cadena que sujeta los miembros de un esclavo.

A medida que el tiempo y el tren avanzaban, la situación se iba haciendo cada vez más insostenible y tirante. César empezaba á sentir la invasión de la más frenética, infernal é indomable de las pasiones, los celos; esa gota de veneno que emponzoña la copa de todos los amores; esa levadura diabólica con que el génio del dolor parece haber amargado la única dulzura de la tierra. El extranjero rugía sordamente, arqueaba sus cejas, apretaba convulsivamente sus formidables puños, se retorcia distraído el bigote, y de vez en cuando, en aquella lengua impenetrable como un geroglífico egipcio, pronunciaba algunas palabras que, por la seca entonación y rudeza, demostraban ser de reconvención y amenaza. Ella parecía disculparse con timidez, bajaba sus ojos, y cuando en algún segundo inesperado los volvía hácia César, pintaban un dolor, una tristeza y una desesperación llevadas á su último límite.

En las diversas paradas que hizo el tren, ningun viajero traído providencialmente vino á cortar aquel mudo terceto, aquel drama sin acentos, que amenazaba un trágico desenlace.

Llegó por fin el momento de una parada más prolongada que las demas. «Quince minutos y fonda,» anunció la tosca voz pregonera, que resonó como una *fioritura* de la Patti, no en los oídos, sino en los estómagos de los famélicos viajeros, quienes se lanzaron, con la precipitación que da el hambre, por las portezuelas de todos los carruajes. César, más que por satisfacer la primera necesidad corporal, por disimular su estado y dar un punto de reposo á la tensión del espíritu, bajó del tren dirigiéndose automáticamente hácia el comedor, donde todos los viajeros asaltaban la mesa redonda. Ocupó una pequeña aislada y colocada en uno de los ángulos inmediatos á una de las dos puertas de entrada, y sentándose de espaldas á la luz, llamó á un mozo, pidiendo sólo un vaso de agua con azúcar y una copa de rom para saciar la sed que le devoraba y dar vigor al cuerpo, un tanto desfallecido y cansado por el esfuerzo á que estaba sometido su excitable y meridional sistema nervioso. Acababa de beber el líquido fortificante y pagar su importe, cuando por la puerta del otro extremo del comedor vió entrar y destacarse la gigantesca y gallarda figura del rival con quien al término del viaje presentia que habia de hallarse frente á frente, para conquistar en un combate mortal la posesion del más divino tesoro de belleza.

Venia solo, y al verle sentarse en una mesa del otro extremo del comedor, llamar al mozo y por señas pedir algun alimento ó bebida, César, como movido por un comprimido resorte de acero, animado por una audacia vertiginosa, arrastrado por una palpitante alegría, se levantó, y agachándose con la astucia del tigre, y ocultándose entre un grupo de viajeros que entraban por la puerta inmediata á su asiento, salió con la emoción del preso que se escapa de su calabozo, y se dirigió con la rapidez del deseo al coche, donde sorprendió á la hermosa mujer enjugando lágrimas que, sostenidas por el equilibrio de la voluntad como las gotas de la nube en el espacio, caian como lluvia preciosa de aquel corazón acongojado. Al verle ella lanzó un grito de espanto y alegría, y la sonrisa, que hizo más triste la melan-

colía de su rostro, le dió el sublime aspecto de una Mater Dolorosa, sintiendo todas las angustias de la tierra y todas las dulzuras del amor divino. El, ébrio y fascinado, cayendo de rodillas ante ella, y como entonando la salutacion de una mística letanía á todas las virginidades de aquella inmaculada hermosura y pureza, cogió sus blanquísimas manos, que colocó sobre el corazon, única declaracion y pacto de amor posibles entre aquellos dos amantes anónimos, sin nombre y sin voz para entenderse. Intentó hacerla preguntas rápidas y decisivas en todas las lenguas que conocia; pero pronto se convenció de la inutilidad de sus interrogaciones. El brillo de los ojos, el rubor de las mejillas, el temblor de los labios y las manos enlazadas, era el único lenguaje inteligible, lenguaje superior á la estúpida traduccion del pensamiento que se llama palabra, para expresar el sentimiento; pero impotente para poner de acuerdo las voluntades y determinar la accion salvadora, instantánea, que la premura de las circunstancias exigia.

Hubo un momento de arrobamiento y contemplacion de su mútua hermosura; instante de delirio y de olvido de cuanto les rodeaba y amenazaba; momento de apoteósis en que sus almas se desprendieron de la realidad terrena y se bañaron en las vivas y rosadas ondas del ideal. Pintarlos en ese instante de suprema dicha en que el amor se encarnaba en sus entrañas y les prestaba su divina transfiguracion, hablar de ellos en prosa es rebajarlos. Era preciso tener aquella pluma llena de color y perfume con que Byron pinta los amores de D. Juan y Haydée junto á las risueñas playas y bajo los transparentes cielos de la Grecia. Como para el héroe sevillano la encantadora griega, para César aquella desconocida era *the nature's bride*, la novia de la naturaleza, la prometida que por la identidad del alma, la armonía de la forma y el fuero de la pasion debia ser la esposa predestinada de su vida. Aquella union debia consagrarse ante el altar de la belleza. La belleza y el génio, Apolo y Vénus, hé aquí las dos únicas divinidades á que ha dado legítimo culto la idolatría humana. Los fetiches indios ó egipcios, á cuya simbólica deformidad ha levantado templos la supersticion, son el más risible padron de ignominia para la imbécil razon del hombre. Sólo la hermo-

sura fascina y es digna de la sagrada ofrenda del amor. Sólo lo bello puede unirse con lo bello. Unid la fuerza con la debilidad, el saber con la ignorancia, la malicia con la inocencia; pero querer enlazar la belleza con la fealdad es buscar la monstruosa síntesis de dos antinómicas irreductibles; es querer que procreen en el mismo blando nido el canoro ruiseñor, ese artista del aire, con el asqueroso murciélago, ese criminal de la sombra; es pedir que la casta tórtola llame con sus arrullos á la impura lechuza.

El amor, el verdadero amor en toda su plenitud sólo se cuenta por minutos en los largos á la vez que cortos años de la vida. Una mirada llena de ternura, un abrazo inesperado, un beso arrancado á la castidad vacilante, una frase salida del fondo de un corazón apasionado, una hora de abandono, ilusión y placer robada á la avaricia del tiempo, una cita llena de peligros y encantos, una ventana abierta al nocturno y breve diálogo de una Julieta enamorada, hé aquí las inesperadas dichas, los verdaderos hallazgos, el inapreciable tesoro de nuestros recuerdos y la única gloria de nuestra comun biografía.

La voz instintiva de la conciencia y del miedo sacó de su éxtasis momentáneo á los dos enamorados. Ella soltó sus manos y juntándolas con ademán suplicante y el rostro encendido por la secreta vergüenza de su inocente flaqueza, rechazó al arrodillado y fascinador amante, indicándole con imperiosa y digna mirada la abierta portezuela, donde la aparición del diabólico guardian podría ser la separación eterna de la muerte.

César comprendió el significado de aquella repulsa, de aquella súplica, y dando á su hermoso rostro toda la expresión de varonil energía y desesperada resolución, y á sus ademanes toda la elocuencia mímica capaz de sustituir y aún aventajar á la palabra, preguntó á la joven si quería bajar, esconderse y huir con él. La firme negativa de ella le indicó la dolorosa imposibilidad que para ella había en realizar aquella locura. Comprendiendo que, más que todo, el miedo era lo que parecía detenerla, hizo un terrible ademán de clavar un puñal en el corazón de su verdugo, y el horror con que ella se tapó el rostro y agitó sus manos en sentido negativo, le demostró la

inutilidad de insistir en la insensata y criminal resolución. Desesperábase de no poder hablar, penetrar el secreto de aquella dependencia, disipar aquel terror, apurar la súplica y calmar aquel corazón sobresaltado. Instaba con el ademán, se retorcia las manos, se arrancaba los cabellos, apuraba toda la elocuencia de la acción para arrancar de su inercia aquel cuerpo desfallecido por la emoción y encadenado por el terror ó el deber inviolable. De vez en cuando, por angustiosa indicación de ella, miraba por la portezuela, y, al ver que el extranjero no venía, redoblaba sus ruegos. Palabra, palabra humana, ¿por qué no has de ser igual para todos los hombres y has de fraccionarte en esos idiomas que rompen la fraternidad de la idea entre los hombres? El tiempo volaba, cada minuto perdido era más irreparable que los actos de toda la vida pasada. Si él apuraba todas las actitudes de la invocación, ella oponía todas las energías de la resistencia. Jamás tragedia rimada por el genio de los poetas, ofreció diálogo más interesante ni desesperación más patética, que el diálogo abstracto y casi metafísico de aquellos dos portentosos mudos que tanto se decían sin desplegar sus labios. El que crea en la realidad del Juicio final, figúrese un alma evocada del sueño de los siglos, llamada á la sentencia inapelable de la eternidad, flotando entre los esplendores del cielo y los suplicios, sin redención, del infierno, y tendrá una idea del tormento y ansiedad de nuestra heroína, fluctuando entre el paraíso de delicias é ilusiones que le ofrecía el más seductor de los hombres y el tormento de su abandono, su olvido, y la tiranía de su momentáneamente alejado déspota. César, desesperado, intentó arrastrarla por la fuerza, desprender de su pedestal aquella estatua semiyacente, pero la inconcebible resistencia muscular que ella opuso, le persuadió de que su fuerza bruta era inferior á la poderosa firmeza de aquel espíritu invencible.

Lleno de ansiedad, miró de nuevo por la ventanilla y no viendo al odioso espía, arrastrado por la irresistible mano de la tentación, cayó de nuevo de rodillas y venciendo púdicas resistencias cogió aquella cabeza, fundida en la matriz del arte, é imprimió un beso ardiente, volcánico, devorador, sobre los trémulos labios que, encendidos al choque de los suyos, casi

sin conciencia y sin pecado le devolvieron un beso sublime, celestial, consagracion solemne y casi bendicion nupcial de aquellos dos castísimos amores.

La bocca mi baccio tutto tremante. ¡Ay! en el momento en que él todo trémulo besó la boca de aquella fascinada Francesca, ella lanzó un grito de angustia, palideció como si hubiese recibido el beso de la muerte y cayó reclinada y sin sentido. Al ir él á incorporarse para socorrerla, detrás del cristal de la ventanilla cerrada, inmediata á donde ella estaba, vió dos ojos fijos, lucientes y feroces como los del lobo. Comprendió que aquellas dos áscuas con vista habian sorprendido el secreto del crimen y pronunciado una irrevocable sentencia de muerte contra los criminales. Instintivamente se acercó á la jóven como para protegerla contra las iras de aquel cíclope de dos ojos. Abrió éste la portezuela, pálido, frio, terrible como la estatua del Comendador, pero como ella mudo, rígido y severo como la encarnacion de la conciencia acusadora. Entró en el carruaje, cerrándole con una calma que espantó á César más que la salvaje explosion de cólera que se disponia á afrontar. Dudando todavía si el aparecido habria sorprendido su atentado, le indicó que aquella mujer estaba desmayada, pero el hombre, con una desdeñosa ironía le ordenó que se apartase, como así lo hizo, movido por el influjo magnético de aquellos ojos dotados de esa omnipotencia de mirada que á Conrado, Lara ó Manfredo daba el dominio, no sólo sobre sus semejantes, sino sobre los genios del Universo ilimitado y los agentes misteriosos de la naturaleza.

Sacó entónces el extranjero de su cartera de viaje un pomito que dió á oler á la hermosa desmayada. Poderosa debia ser la virtud de su esencia cuando á los pocos segundos, como evocada de un sueño encantado, abrió ella los ojos, que volvió á cerrar con espanto al encontrar la mirada sarcástica y glacial del que la despertaba para imponerle el castigo de la vida, más terrible en ocasiones que el de la misma muerte. Breves fueron las palabras que el hombre le dirigió, pero debieron ser terribles á juzgar por el silencio en que ella se encerró y la aterrorizada inmovilidad en que quedó sumida. Era una víctima que entregaba su cabeza al hacha del verdugo, cono-

ciendo la inflexible fatalidad de su justicia. No quedaba duda, aquel hombre aplazaba su venganza y el término de aquel viaje debía ser un duelo en que la muerte sólo limpiaría la mancha del honor ó saciaría la sed devoradora de venganza.

De nuevo emprendió el tren su marcha. Los dos amantes ya no osaban dirigirse miradas, á pesar de que el extranjero ya no los expiaba, como si le fuera indiferente que se contemplasen ojos que pronto quizás cegarian las eternas tinieblas.

Al detenerse el tren en una de las estaciones, la aparicion sobre sus cabezas de un rayo de luz artificial que se desvanecía como una gota luminosa en el mar de la claridad solar, les indicó que pronto iban á empezar el viaje subterráneo á través de esas arterias de hierro y piedra, esas concavidades que, como heridas de estoque, abre la piqueta invencible del hombre en el corazon de las montañas, esos túneles, soberano triunfo de la ciencia sobre la esclava naturaleza. Sacó entónces el desconocido un libro en que César creyó reconocer la guía del camino, y se puso á leer con atencion y como á calcular distancias para él conocidas. Sospechó que media, quizás, los kilómetros y horas que el tiempo y el espacio interponian aun entre su cólera y su venganza. César era valiente hasta la temeridad y diestro como pocos en el manejo de todas las armas, así es que confiado en su brazo y en su corazon anhelaba el término del viaje, y á pesar del imponente aspecto de su adversario tenia fe en la flexibilidad de su brazo si el acero dirimia la querella, y en la fijeza de su ojo si el plomo debía decidir la posesion de aquella Andromeda encadenada, á quien como Perseo sobre Pegaso, estaba decidido á salvar con denodado esfuerzo.

Abrió de nuevo sus alas de fuego el tren, redoblando su rapidez como si el látigo de un genio le azotase. Nada hay que excite los nervios y despierte un entusiasmo parecido á la locura, como el vértigo de una carrera. Sobre un caballo *tendido en el escape volador*, nos sentimos enardecidos por un heroismo salvaje, y por débiles que sean nuestras fuerzas y nuestros ánimos, nos mezclariamos rugientes, valerosos, intrépidos á las hordas de Atila y consumariamos todas las brutalidades de la destruccion. Arrastrados por el torrente de

una locomotora, aturcidos por la excitante voz de sus silbidos y el trueno de su paso, algo de ave se apodera de nosotros, algo de salvaje, que nos incita á azuzar, á gritar, á derribar obstáculos. La locomotora, salvando montes y rios, parece que nos da idea de la omnipotencia de la fuerza, de la fortaleza de la voluntad, ante la que no hay valla insuperable, resistencia tenaz, tiempo ni distancia que no queden vencidos á nuestros piés. César y su rival sentian ese vértigo de la locomocion que, unido á las impaciencias del odio, los celos y la rabia, daba á sus rostros la expresion amenazadora y sombría de dos fieras que rugen sin mirarse, sabiendo que apenas clave una en otra la fascinadora mirada, sin poder contenerse se lanzarán para despedazarse con las impacientes garras y los carniceros dientes.

La luz del dia que desapareció de pronto, como si un soplo anti-creador la hubiese extinguido, indicó á los viajeros que empezaban á entrar en la region de los túneles. Al principio quedaron á oscuras, hasta que la pupila, dilatándose y buscando el equilibrio de la vision, fué haciendo surgir sus formas como evocadas del fondo del no sér, y alumbradas por ese tímido rayo rojo amarillento que proyecta toda lámpara cuando contrasta de repente con el luminar del cielo. A la luz de ese rayo medroso y avergonzado de su pequeñez, los objetos toman un tinte fantástico, fosfórico, impalpable como si fueran á desvanecerse moribundos en la devorante sombra del túnel. El débil farolillo que proyecta desde arriba su claridad de gusano y con la tristeza de una lámpara sepulcral, da á las fisonomías desmayadas de los cansados viajeros un aspecto de fantasmas, un tinte cadavérico, un color enfermizo de hoja otoñal caída del árbol, que hace parecer el interior de todo carruaje la vaga, indeterminada y penosa escena de un sueño de aparecidos y de espectros, la barca dantesca trasladando almas con lineamientos corporales, por el camino de la tiniebla y el olvido á la region del *eterno dolore*.

Nada hay, en efecto, que dé más cabal idea de lo ultramontano y lo fanfástico como la negra y prolongada concavidad de un túnel. Region de las sombras perpétuas, parécenos que allí con el rayo de la luz se extingue el soplo de la vida: pa-

récenos que si el tren con su cargamento de vivos osa penetrar por su puerta y lanzarse bajo la curva peligrosa de su techumbre, es como arrastrado por la locura de su marcha ó desesperado como un suicida que se despide del sol para enterarse entre la oscuridad y el silencio, esas dos imágenes del no ser. Parece aquello la siniestra vía que conduce á una *citta dolente*, donde los viajeros van desterrados como criminales á despojarse el inútil envolvente de la carne, y á errar, en la sombra, para no ver más que la imagen de su dolor, y en el silencio para no oír más que el eco del remordimiento. La luz, que desde su manantial eterno, desde el divino mechero del sol, cruza en segundos los millones de leguas del firmamento, angosto aún para su carrera; ella que todo lo alumbra, á todo se atreve y en todas partes penetra con la sutileza de sus ondas, al llegar á la puerta de un túnel avanza unos cuantos pasos y de pronto se detiene, se planta como un corcel, como atemorizada, como sintiendo helarse sus chispas, como hallándose débil para romper tanta densidad, como oliendo el soplo de la muerte, que allí se anida como un ave, y como si allá en el fondo oyese una voz que gritase *fiat nihil* para sumir todas las formas en el seno de la nada. Todos los colores, las líneas, las formas, los paisajes que lleva trasportados con amor en el seno de sus gasas maravillosas y grabados en la transparencia de sus cristales, al chocar contra la roca de la oscuridad granítica se desvanecen, se rompen y caen en la indeterminación de lo negro, que es la muerte del color, la ausencia de toda visión, de toda realidad objetiva. El aire que en sus ondulaciones crea todas las armonías, al llegar á la puerta del túnel se siente helado por las eternas humedades y filtraciones, llanto secreto del corazón despedazado de la montaña; enmudece, pues allí no encuentra ecos vivos que trasportar, y se adormece en el letargo paralítico del silencio, que es la muerte de todo acento, de toda palabra y de toda expresión de la realidad subjetiva. A la entrada del túnel la curiosidad cree penetrar en el seno profundísimo, en la matriz inmensa, donde la naturaleza guarda la fuerza generatriz de todas sus maravillas, los fetos informes de los mundos en gestación. Al precipitarse bajo el arco del túnel, la fantasía cree lanzarse á la región de los asombros y las qui-

meras, á los países sub-etéreos donde los cíclopes forjan el hierro, los gnomos guardan los tesoros, las magas tienen sus encantadas viviendas, las brujas celebran sus aquelarres, los muertos danzan sus rondas, la avaricia guarda los ricos filones de los metales preciosos y las leyendas ultra-sepulcrales ofrecen á los desligados espíritus los inconcebibles paraísos é infiernos que sueña la fantasía ó teme la credulidad infantil de la criatura. El corazon, que desafía la voracidad del fuego, la soberbia de los mares, los ímpetus del huracan, los horrores de la batalla, temblaria de espanto al penetrar en la pavorosa entraña del túnel, si el estruendo y los gritos, allí redoblados y repetidos, de la locomotora, que parece gritar para no oír el silencio que le rodea, no aturdiesen los oídos del viajero y diesen al ánimo esa inconsciente confianza y olvido del peligro con que camina sobre dos leves paralelas de hierro, con una montaña sobre la cabeza y la oscuridad por único guía. Sólo á los ojos de la ciencia el túnel es la apoteosis del poder humano, la glorificación de la mecánica, el granito fundido al choque de la idea, la inercia vencida, el mármol domado por la carne, el titan postrado ante el enano, el monte sirviendo de corona á la frente soberana del hombre.

Intrépido como un caballero andante, el tren que conducía á nuestros tres viajeros penetró en la tiniebla, y á poco volvió á surgir incólume entre las pintorescas ondulaciones y ricas verduras de los valles. Apénas la vista se recreaba en la resurreccion de la naturaleza, la sombra volvía á cegar los ojos de los viajeros. Imágen perfecta de esos túneles de tristeza que el dolor pone en el camino de nuestra vida, y que atravesamos á oscuras, sin esperanza, sin ilusion ni porvenir, huérfanos del amor y la fortuna, que nos abandonan como á un expósito á la mano del acaso, hasta que la vida vuelve á brillar, quizás con infinitas esperanzas, divinos amores y opulencias nunca imaginadas. El suicida es el sér que no se atreve á esperar la salida del túnel de sus adversidades.

A medida que el tren avanzaba, los valles se hacian más hondos y las cumbres más empinadas, como si las montañas se pusiesen en puntillas para tocar el cielo, y quisiesen, como filas escalonadas de guerreros, defender sus dominios y forta-

lezas del insultante ataque del hombre. Las intermitencias de luz y sombra se hacían cada vez más frecuentes, á medida que la cordillera oponía nuevas trincheras de granito. Miétras César meditaba, su enemigo, lleno de extraña inquietud, al llegar á cada túnel asomaba á la ventanilla su cabeza, no como quien contempla la indeterminada monotonía de la oscuridad, sino como quien quiere acostumbrar su felina pupila á la vision de lo invisible y rasgar el denso crespon de la tiniebla. Indudablemente educaba sus ojos y se empapaba en pensamientos horribles, criminales y sombríos como la region que atravesaban. Diríase que conocía bien el camino, pues al salir á la luz miraba el libro, como calculando la distancia de un punto vivamente anhelado. Llegó, por fin, el tren al pié de una montaña más alta y escarpada, que parecía el caudillo de las demas, armado de una cota de malla de durísimas rocas. La locomotora le arremetió, y se deslizó por bajo de ella como una serpiente de hierro y fuego.

Levantóse entónces el formidable atleta, más alto y corpulento en aquella semi-luz que agigantaba su contorno. Dirigióse hácia la portezuela inmediata al sitio que ocupaba César, quien con extrañeza le vió bajar el cristal, asomar é inclinar su enorme cuerpo, extender por fuera el brazo hasta desencajar el pestillo de seguridad, volver á incorporarse y abrir resueltamente la portezuela, que quedó de par en par, dejando entrar una corriente de ese aire húmedo y sepulcral que forma la atmósfera cavernosa de los túneles. Imaginó que iba á bajarse, aunque sin comprender qué podía motivar aquella temeridad, y le contemplaba con curiosidad y asombro, cuando de pronto le vió volverse hácia él, sintió que con una mano, dotada de la inflexible dureza de una tenaza, le cogió por un brazo, obligándole á levantarse y seguirle hasta colocarse ambos de pié frente á frente, y con los rostros debajo del farol. Es imposible describir todo el odio, la amenaza mortal, la rabia frenética que se retrató en la pálida, angulosa y desencajada fisonomía de aquel hombre. La rojiza luz del farol daba á su palidez un tinte doblemente siniestro, y dibujaba con fantástica acentuacion las vigorosas ampulosidades de sus trémulas facciones. Un ascua de las que la locomotora iba sem-

brando en su camino brillaria y abrasaria ménos que aquellas dos pupilas, encendidas por el fuego de la venganza, y fijas en las de César con una firmeza provocativa, y una ironía más terrible casi que la misma amenaza.

Con gran rapidez y una mímica cuyo significado era tan claro como la palabra más elocuente, el extranjero dió á entender á César que habia adivinado el amor que sentia hácia aquella mujer; que habia sorprendido el beso criminal que imprimiera en sus labios, y que uno de los dos debia morir. Que no pudiendo allí usar más armas que la fuerza y la destreza, uno de los dos debia arrojar al otro por la ventana del carruaje, entregando su venganza á la mortal rapidez del tren, y dejando, oculto en la sombra el rastro del crimen y enterado el cuerpo del criminal.

Aterrorizado quedó César, á pesar de su ánimo, ante la inesperada provocacion de aquellos labios sin voz y aquellos ojos y brazos que, con inequívoca evidencia, con admirable declamacion le provocaban al duelo más extraño, más mortal y más ineludible en que jamás se viera comprometido hombre alguno. Comprendió la irrevocable resolucion de su adversario, la inutilidad de su destreza en el manejo de las armas, la imposibilidad de otros testigos que aquella mujer adorada y débil que tan trágica escena debia presenciar.

Con una mímica llena tambien de expresion y de dignidad intentó formular una como excusa de su conducta, y trató de pedir un aplazamiento; pero un rotundo signo negativo del extranjero le demostró la inutilidad de su intento.

Hacia en aquel momento el jóven un supremo llamamiento á todo su valor y sangre fria, cuando de repente sintió enlazado su cuerpo por dos brazos formidables que le rodearon y apretaron con esa elástica y al par acerada presion de la serpiente boa que tritura cuando parece que abraza.

Quiso desasirse con un vigorosísimo esfuerzo, pero se sintió sujeto con esa incontrastable dinámica con que se enlazan las ruedas dentadas de una máquina. En un segundo midió la espantosa fuerza de aquel sér á cuyos nervios parecia enviar una secreta corriente de vapor la locomotora que los arrastraba.

Horrible fué la lucha que se trabó entre aquellos dos hombres. Enlazados cuerpo á cuerpo como dos atletas pindáricos ó dos guerreros homéricos, retorciáanse en esfuerzos parecidos á la convulsion; sus pechos lanzaban imprecaciones ahogadas y su respiracion parecia gemido. Sus manos eran garras que estaban pidiendo las uñas para despedazar. Los huesos y tendones crugian como estallando por la tension ó triturados por presiones crecientes. César se halló levantado del suelo, impulsado por una fuerza sobrehumana, y ya se sentia lanzado de espaldas hácia el vacío, cuando por un rápido movimiento del instinto pudo agarrarse á uno de los bordes de la ventanilla, recobrar su posicion de pié y al borde mismo aguardar la nueva acometida del que con un empuje volvia á acabar de derribarle como á una roca colgada al borde de un precipicio.

Tan ciegos estaban, que ni siquiera advirtieron que la lucha era triple. El extranjero, en la prodigiosa exhuberancia de su fuerza, ni siquiera advirtió que un segundo cuerpo se enlazaba al suyo, que unos brazos delicados rodeaban su cintura y con tanta impotencia como desesperacion, trataban de retenerle. César no sospechó siquiera la intervencion de aquella fuerza auxiliar, la proteccion de aquella Vénus, ménos poderosa para ayudarle que la que salvó á París de las manos furibundas de Menelao.

César estaba sublime de valor, y su esfuerzo parecia increíble al ver la atlética corpulencia de su adversario. Aferrado á las tablas como si sus dedos se hubieran tornado garfios de bronce ó fuesen raíces vivas de nervio, parecia un naciente árbol que, crecido al borde de un abismo, lucha contra el huracan que quiere arrancarle y precipitarle al fondo. Y el huracan de rabia con que aquel hombre le impelia fué tan poderoso, que en un momento sintió sus crispados dedos aflojarse y como romperse; sintió perder el equilibrio que le sostenia; sintió como si la mano de la muerte le atrajese y la sima de la nada se abriese á su espalda. Lanzó un apagado grito de angustia, pero en aquel mismo instante sintió detenerse la fuerza que le impelia y vió la cabeza del atleta, aquel rostro maldito, inclinado sobre él con el ceño de todas las cóleras y esfuerzos,

levantarse y retorcerse hácia atrás, como atraído por una fuerza desconocida. Repuesto, con aquella suspension del combate, enderezó su quebrantado cuerpo y entónces vió á la divina mujer, de pié sobre el asiento, con el rostro inflamado de terror, y deteniendo, asido por los cabellos, al gigante, como una Judit sorprendida por un Holofernes despierto en el instante de ir á segar su cabeza. ¡Qué sublime transfiguracion operaba el amor! Era Venus dejando su concha marina y tornada la Belona de los combates. Con un rugido de dolor y de rábia, el hombre, el Sanson, cogia las manos de aquella heróica Dalila, y no pudiendo desasirlas de la red de sus cabellos, él mismo se arrancó los rizos en que ella enlazaba sus blanquísimos dedos, y, con una prontitud que impidió á César todo socorro, cogió á la hermosa amazona por los hombros y, lanzando una sonora imprecacion, la arrojó al suelo desprendida, inerte, y como triturada bajo el golpe de una maza. Mientras aturdida y casi sin sentido se retorcia en el suelo, César trató de coger su saco, donde una guardada y fina hoja toledana pondria fin á aquel combate de infierno, pero pronto el incansable adversario, como si la nueva afrenta y los celos redoblados por la intervencion de aquella cruel enemiga hubiesen centuplicado su fuerza, le volvió á asir por el cuello y cintura impeliéndole hácia la abierta portezuela. Lleno de angustia, tuvo intencion de gritar y pedir socorro; pero, ademas de que el ruido del tren apagara su grito de agonía, un sentimiento de orgullo le hizo guardar silencio y confiar á su misma desesperacion la salvacion de una vida cuyo último instante presentia en todo su horror. Se defendia con la fuerza del terror, cuyo mortal calofrio helaba todo su sér. Sí, temblaba, porque allí era ya inútil el heroismo. Allí D. Juan Tenorio hubiera temblado, porque no era cuestion de audacia ni de arte, sino la lucha cuerpo á cuerpo en que la brutalidad del músculo, la tiranía del nervio, el temple de la sangre, la densidad de la masa debian sólo decidir el triunfo, no del más bravo, sino del más fuerte. Era un combate anatómico, una esgrima orgánica, un choque dinámico, exclusivamente algebráico en que la fuerza a debia ser vencida por la fuerza a^3 , en que la potencia máxima debia ani-

quilar á la mínima. Las potencias del alma se habian retirado de aquel duelo de la masa con la masa. No habia verdadera lucha, porque era el combate de Hércules con Narciso, la fuerza soberana aplastando á la suprema hermosura; el tigre hambriento aferrando al ciervo gallardo: á la carrera podia huir, trepar, salvarse; pero ya en las garras, el ciervo sólo podia oponer la resistencia agonizante de sus nervios destrozados. César se defendia con el convencimiento de su derrota y sentia de antemano el frio sudor de la muerte, mezclado al que le arrancaban sus inútiles esfuerzos. Y el tren volaba, y volaba en la oscuridad, y César, como el guerrero griego que, combatiendo en las tinieblas, pedia á los dioses luz, aunque peleasen contra él á la claridad, resistia con el afan de la luz, esperando que el tren saliese al aire libre para, á lo ménos, morir viendo el infinito azul de los cielos en vez de quedar sepultado en el horrendo sudario de las tinieblas. En cambio su adversario, como un genio de la noche enemigo del dia, redoblaba su esfuerzo, como temiendo que la claridad levantara el telon que cubria aquel drama y el sol delatase á la justicia humana, allí sorda y ciega, el secreto de un crimen que debia quedar sin rastro ni expiacion envuelto en la sombra, protectora y cómplice del homicida.

Haciendo el último esfuerzo que su desesperacion prestaba á su impotencia, el hermoso luchador pudo momentáneamente erguir su cuerpo, y entónces un patético espectáculo heló toda su sangre. Abierta la opuesta portezuela y puesta allí en pié, la sobrehumana criatura, con una expresion indescriptible, dirigió á su amante una mirada en que lucia el último rayo de la vida, y como si las continuas despedidas que habia oido á los viajeros le hubiesen dado conciencia de la palabra más triste que pronuncia el labio, dió un grito agudo y pronunció en castellano la palabra «adios» un adios en que se concentraba todo el horror de la eternidad. Escultural, sublime, trágica como Safo al precipitarse en las ondas de Leucades, desapareció en el abismo de la sombra. La emocion arrancó un grito desesperado al pobre amante, sus fuerzas desfallecieron de horror y su terrible combatiente, con un empuje irresistible, le precipitó á tierra á tiempo que la locomo-

tora, lanzando un gemido de vapor que apagó el de aquel pecho destrozado, anunciaba quizá la proximidad de la suspirada luz y el término del viaje subterráneo cuya larga extensión habia determinado el desenlace de aquella ignorada tragedia.

El arrogante vencedor, despues de dirigir la última mirada á las sombras que habian recogido su presa, cerró precipitadamente la portezuela, y cuando con la expresion de la venganza satisfecha se volvía á buscar la nueva víctima de sus furores, al repentino rayo de luz que anunciaba la terminacion del túnel y la entrada en el mundo habitable, vió abierta la opuesta portezuela y vació el coche. Dió un salto, asomóse lleno de ansiedad para ver si acaso su compañera por el estribo del andén habia ido en busca de socorro á los coches inmediatos; pero al ver el estribo sin nadie y las puertas de los coches cerradas como tumbas bajo sus marmóreos epitafios, comprendió la dolorosa significacion de aquella ausencia; adivinó que si la venganza le habia libertado de un sér aborrecido, la mano desesperada del suicidio le habia arrancado para siempre la prenda de su salvaje adoracion. La luz del dia alumbró la expresion más dolorosa y terrible que contrajo la faz de aquel hombre misterioso, infernal, quien lanzando un gemido de titan cayó sin sentido como una mole de plomo en el suelo de aquel angosto espacio donde tan dolorosísimo poema se habia desarrollado en el trascurso de algunos minutos y el trayecto de algunos kilómetros.

Dentro del túnel, un cuerpo horriblemente destrozado se arrastra siguiendo el llamamiento de unos ayes tristísimos que resuenan cercanos. A poco, dos cuerpos enlazan sus brazos triturados, lanzan un doble estertor y se duermen en el seno de la sombra que los cubre con su mortaja, como para ocultar á los ojos humanos el espectáculo de su mutilacion espantosa. Aquellas criaturas divinas, nacidas para la luz y el amor, quedan allí, no enterradas, sino *ensombradas*, pues no es la tierra, sino la sombra la que los acoge para que descansen en paz. Sobre un lecho de piedras, y en medio de las mayores agonías que soporta la materia viva, han celebrado el himeneo de la naturaleza: han mezclado en su último abrazo la des-

bordante sangre de sus venas, y acaso la delicia del último beso ha hecho olvidar las horribles torturas de sus miembros despedazados y espirantes.

Si la naturaleza tuviese conciencia de sus obras y amor á los tipos supremos que forja su mano, hubiera recogido en una red de vapores aquellos dos cuerpos al caer desprendidos por la mano del suicidio y el asesinato. Los genios invisibles que soñaron las mitologías, ó los ángeles que la credulidad imagina velando sobre la flaqueza humana, los hubieran acogido con amor, y en sus brazos los hubieran transportado dormidos para despertarlos en medio de los iris y transparencias etéreas de la apoteosis, en aquellas regiones que sueña la esperanza ultramundana, donde el amor es una verdad, el bien no es un sarcasmo y la felicidad no es una quimera. Pero la naturaleza es ciega, y con la criminal inconsciencia con que los creó, entregó aquellos dos arquetipos de belleza, como una estatua entregada á los martillazos de un cíclope ébrio, á la mano despiadada de la destruccion, dejando caer sobre aquellos despojos la maldicion de la muerte y el ultraje de la asquerosa putrefaccion.

*
* *

Por una de esas coincidencias extrañas, pocos dias después, un periódico de Madrid, sin más separacion que una simple regleta de imprenta, daba estas dos noticias:

«Se habla mucho de la misteriosa desaparicion de un jóven
»de los más conocidos de esta córte. Esperado por sus padres
»y una ilustre señorita á quien venia á dar su mano, se han
»hallado sólo sus equipajes en el tren que debia conducirle,
»sin que pueda explicarse el motivo de la desaparicion de su
»persona.»

Y á renglon seguido:

«En uno de los túneles más prolongados de la línea del Norte
»han sido hallados por un guarda los cadáveres, horribilmente
»destrozados, de un hombre y una mujer. El juzgado corres-
»pondiente instruye las oportunas averiguaciones.»

¡Qué ajenos estaban algunos lectores, de la íntima relacion

de aquellas dos noticias, clave la una de la otra, por una de esas misteriosas relaciones que el acaso establece y el mundo no adivina!

El César, que va á morir, os saluda, decia Guzman á sus amigos.

Rezad un responso por el que va á morir, decia Bernardo!

¡Qué ajenos estaban del terrible vaticinio de sus bromas!

¡Qué ajeno el mundo de que César Guzman habia corrido la última aventura, sentido el primer amor y celebrado su matrimonio entre los horrores de la muerte, bajo el dosel de una montaña y envuelto por la espantosa oscuridad de un túnel.

JOSÉ ALCALÁ GALIANO.

Á UN CORAZON DE CORNARINA ROTO.

(DE LORD BYRON.)

¡Ill-fated heart! and can't it be...

¡Infeliz corazon! ¿cómo ha ocurrido
Que así te hayas hendido en dos fragmentos?
¿Tantos desvelos por cuidarte han sido
Vanos como lo son los juramentos?
Así, partido, tu belleza ostentas,
Te quiero más al verte destrozado;
Pues tu dueño vé en tí que representas
Su propio corazon despedazado.

E. GODINEZ.

EL ROMANTICISMO EN ESPAÑA

ARTÍCULO II Y ÚLTIMO.

Aunque Bohl de Faber salió airoso en su empresa, consiguiendo que sus más encarnizados adversarios reconocieran la legitimidad de sus doctrinas, cuando le abrian solícitos las puertas de la Academia de la Lengua, la contienda entre clásicos y románticos quedó viva, renaciendo, muy luégo, bajo nuevas formas y tomando al cabo, las proporciones de una lucha de razas que trascenderia á todas las esferas del pensamiento.

Vimos en el primer artículo cómo el movimiento inicial, directamente encaminado á favorecer la reforma romántica, no habia partido del centro de la monarquía, sí de uno de sus extremos. Ahora cumple recoger otro testimonio no ménos importante del peculiar carácter de nuestra crisis presente, estudiando con la sobriedad debida, la reforma tambien literaria é intelectual que dentro de la misma idea romántica, aunque en parte, con diverso sentido del gaditano y otra amplitud, acomete un grupo de catalanes asociado á varios extranjeros, por los años de 1823 al 24.

En medio de las desventuras que agobiaban al país por aquellos dias, no faltó en Barcelona quien, siguiendo con alto sentido, el movimiento intelectual reformista suscitado en Alemania, y de que tambien eran muestra las poesías de Byron, intentara aclimatarlo en el círculo de la vida provincial. El romanticismo catalan, á parte de otros fines ménos generales y levantados, proponiase á su vez, mudar los fundamentos de

la crítica artístico-literaria, sacándola de las estrechuras donde Madrid la contenía, apartándola de la servil adaptación á los dogmas del neo-clasicismo francés, para empujarla hácia términos donde el sentimiento de la naturaleza, en sus verdaderas fuentes recogido, obtuviera la atención y respeto que le negaran los culteranos.

Constituyeron el grupo innovador, por el pronto, dos jóvenes catalanes, Buenaventura Cárlos Aribau y Ramon Lopez Soler, unidos á tres extranjeros, C. E. Cook, Luis Monteggia y Florencio Galli, á quienes la reacción política, también en Italia triunfante, había arrojado sobre nuestras playas. *El Europeo*, cuyo primer número salió á luz el 18 de Octubre de 1823, fué el palenque donde los generosos corazones testificaran su amor á las luces y sus conocimientos. Todas las ciencias metafísicas, morales, naturales y exactas, todas las artes útiles y agradables, todos los ramos de literatura, todos los conocimientos sobre lo bueno, lo verdadero y lo bello, cuanto contribuyera á mejorar el corazón, á rectificar el juicio y á cultivar el gusto, debían ser, según propio acuerdo, objeto de los trabajos periodísticos de los noveles adalides. Con efecto, los dos tomos de *El Europeo* (1) (1823-1824) representan una verdadera, aunque modesta enciclopedia, donde se refleja el movimiento general de la ciencia y de la literatura.

Ni merece tanta atención este repertorio por la copia de trabajos completos que atesora, cuanto por las tendencias de que se hace eco y las nuevas direcciones críticas ó filosóficas con que viene á favorecer la crisis en que ya se agita el pensamiento ibérico. Con delicado análisis expone Aribau los verdaderos caracteres del romanticismo, procurando conciliarlo con la escuela clasicista, y, sobre dar cuenta la Revista de las más notables producciones de la escuela romántica—donde ya se coloca en el punto culminante á Walter Scott, y cerca de él á Byron, Chateaubriand, Schiller y Manzoni,—acomete el mismo Aribau la útil empresa de difundir las ideas del penúltimo sobre las causas del placer que excitan en el hombre las

(1) *El Europeo*, periódico de ciencias, artes y literatura. Barcelona, imprenta de Torner, núm. 85, 2 tomos.

emociones trágicas, siendo el primero que escribe entre nosotros, la palabra estética y el que define su concepto según los alemanes.

Empujábale en este sendero la poca noticia que se tenía en España de las más importantes producciones filosóficas alemanas, especialmente de las fundadas en las doctrinas de Kant, así como el deseo de que fueran conocidas las particulares de aquel gran poeta trágico, sobre un punto que había suscitado tantas disputas entre los literatos.

Si unimos á este hecho que *El Europeo* publicaba copiosas noticias sobre el movimiento literario extranjero y artículos acerca de las costumbres de la antigua caballería, sobre los perjuicios que acarreaba el olvido de las costumbres nacionales, sobre la literatura índica y el progreso de la ciencia glótica en Alemania, no ha de extrañarse que suscitara en el orden moral de la sociedad catalana, más predispuesta á sentir el valor de ciertas ideas é indicaciones, un conato favorable á la literatura é historia regional, vago en un principio, luego vivamente acentuado con el restablecimiento de los juegos florales.

Remitiendo á la segunda parte de estos estudios el ampliar estas noticias, bástame repetir que los redactores de *El Europeo* contribuyeron en la medida de sus fuerzas, á la gran revolución intelectual iniciada con los primeros trabajos de Bohl de Faber y Duran, alcanzando la significación crítica y moral de los libros publicados por los mencionados Schiller, Schlegel, Goethe y lord Byron, sembrando en el círculo de sus lectores las nuevas ideas á que cada uno de estos autores daba nombre, con lo cual no sólo llevaban las corrientes del gusto por senderos hasta entónces desconocidos ó vedados, sino que contribuían á preparar el terreno que para sus medros necesitaba la reforma filosófica, más transcendental que la literaria, aunque más abstrusa y de ménos fácil comprensión que la puramente artística ó estética.

Al recomendar, en cierto modo, la frescura naturalista, el colorido sencillo, la melancolía y el tono sentimental del romanticismo, al dar á conocer los corifeos de la nueva religión, obraban los redactores de *El Europeo* como verdaderos

revolucionarios. Tratando de literatura amena ocupábanse quizá sin notarlo, de ciencia social y filosófica, porque aquella reforma, como ántes he escrito, no se dirigia sólo á lo externo, á la forma, á la que llamaremos plástica de las producciones amenas, sino á la sustancia, al pensamiento, al criterio y á la razon, tirándose como resultado á desviar la corriente de los sentimientos y doctrinas del gusto público y hasta de las costumbres del tradicional cáuce, para llevarla por el nuevo, del romanticismo cristiano-occidental. Y *El Europeo* demas de estos valores entrañaba el preciosísimo de ser el primer signo de la moderna escuela catalana, honrada ya por el malogrado Cabanyes, escuela donde muy pronto, junto al movimiento puramente literario se notaria otro filosófico, representado, primero por Marti de Eixala y Torres Amat, y sucesivamente por Sanponts, Balmes, Llorens, Reynals y Feu, que en esferas más ó ménos altas se darian la mano en el comun ánsia de dotar al Principado de una escuela propia de pensadores que habria de determinarse con el tiempo, mediante singulares y no flojos caracteres (1).

Extremada la reaccion política y emigrados y presos ó reducidos al silencio los obreros de la idea liberal, abrióse un paréntesis en los trabajos que tenian por blanco la regeneracion intelectual de España. Necesario fué un suceso de tanto bulto como la muerte de Fernando VII para que rota la malla que cohibia el genio nacional, brotaran de nuevo los gérmenes que debian levantarlo, robustecerlo y purificarlo. Ni la Revolucion francesa de 1830 produjo en la Península otro resultado que no fuera extremar los delirios de la tiranía, que sin embargo se derrumbaba, herida en lo más íntimo, por sus mismos vicios y flaquezas. Cadáver el monarca, ó poco ménos, amenazando ya los derechos de la hija primogénita la política de su tio, el infante D. Cárlos, ídolo del partido tra-

(1) Al tratar particularmente de la literatura bajo sus distintas relaciones, ampliaré estas noticias. Quien desee más detalles consulte *Datos y apuntes para la historia de la moderna literatura catalana*, por el distinguido escritor D. Leopoldo Feu, Barcelona, Ramirez, 1865; *La Galería de escritores catalanes* del mismo, en el *Diario de Barcelona* del año de 186c; *Los estudios de crítica* de P. Piferrer, Barcelona, 1859, etc.

dicionalista y ultramontano, echáronse los cortesanos en brazos del liberalismo, verdadera y única tabla de salvacion en la deshecha borrasca que les amenazaba. Decretóse una amnistía en 1833, y regresaron á la Península los expatriados de 1823, trayendo consigo las reminiscencias democráticas ó republicanas de 1812 y 1820, con las nuevas enseñanzas que habian obtenido durante su permanencia en el extranjero.

Renacieron, como por ensalmo, todos los conatos de mejoras sostenidas por los patriotas, y la poesía lírica, la dramática con la novela, pusiéronse al servicio de la idea liberal, confundiéndose literatos y políticos en una sola y suprema esperanza: la salud y el decoro de la patria tan maltratada por los opresores.

Durante la década transcurrida, harto habia cambiado el gusto en lo privativo á la crítica literaria y artística; el romanticismo, que tan perseguido vimos en 1819 y 20, habia granjeado la mayoría y más selecta parte de los sufragios. Los que cuando Francia nos imponia el despotismo huian avergonzados de sus lares, llevando enhiesta la bandera clásica, tornaban ahora tan mudados que en sus labios el romanticismo presentaba caracteres de todo punto diversos, por lo alarmante y radical, de aquellos que ofrecia en los escritos de Bohl de Faber y de sus admiradores.

Francia acogiendo el romanticismo lo habia transformado, imponiéndole el hondo sello de su robusta y revolucionaria personalidad. Ni los románticos españoles habian acudido á Alemania para revocar sus anteriores juicios. Fué la Francia de 1830, la educadora de la falanje emigrada, la Francia de Julio, que veia en el romanticismo no lo que vieron los Schlegels y su escuela, en el Norte, no lo que decian descubrir Bohl de Faber y Aribau en España; mas un movimiento fatal de la época, directamente encaminado á la emancipacion de las facultades artísticas y poéticas, al reconocimiento y legitimacion de los sentimientos y pasiones humanas, bajo una relacion de igualdad, contraria á las pretensiones aristocráticas, exclusivistas y académicas de los cortesanos.

De éstos, Martinez de la Rosa marcó la desbandada; declarándose engañado y convertido bajo la impresion producida

por los triunfos que Víctor Hugo conquistaba con sus creaciones románticas, vivamente aplaudidas en los teatros parisienses por un pueblo entusiasta que veía en aquellas novedades la señal del renacimiento político con grandes ansias reclamado desde que se había hecho patente la inopia de la Restauración. Véase cómo lo que Alemania con Bohl de Faber no había conseguido directamente, obteníalo con el autor del *Hernani*, de una manera indirecta. Por ventura, la coincidencia de haber el literato francés cosechado sus primeros laureles en esta dirección, con aquel drama de argumento español, que abría vasto campo á la literatura dramática, acabó de decidir á Martínez de la Rosa. Escribió éste en francés el *Aben Humeya* representado en París, y luego en español, la *Conjuración de Venecia* que puesta en escena en Madrid, señaló el camino á las producciones dramáticas de la nueva escuela, ocasionando una explosión de asombro, de censuras y de aplausos. ¡Tan raras eran las novedades con que agitaba el plausible marasmo en que se consumía la escena nacional!

Grande fué la alarma, y el escándalo desproporcionado; pero el público con la corriente política, más en boga, pusiéronse del lado del atrevido innovador y el triunfo fué definitivo. Martínez de la Rosa que tornaba á España, encariñado con los doctrinas del justo medio en política no alcanzó el influjo revolucionario de su obra literaria. Instintivamente descubría la juventud liberal que la nueva forma era el emblema en la esfera artística de la mudanza apetecida en lo político, quedando tácitamente admitido que el romanticismo debía de ser la literatura de los hombres de acción y de progreso.

Y hubo quien diligente, avisado y perspicaz, dándose razón filosófica del fenómeno, colocábase reflexivamente de parte de los románticos y les alentaba con sus consejos, sus plácemes y hasta su ejemplo; entendiendo que la emancipación del pensamiento en literatura, era la aurora de la independencia y la señal más expresiva de la nacionalidad. Sin ser la libertad misma la revolución literaria, era su mejor auxiliar, porque no inspirando recelos é introduciéndose sin perturbación aparente del orden público en las masas, las predisponía á sentir la oportunidad y valía de ideas de otro linaje, que á su vez iban á reflejarse

en el movimiento literario. Tal déspota, decía Duran, que á él me refiero, manda quemar á un filósofo y no se atreve á ofender á un poeta; pasa desapercibido el primero y el segundo suele ser el ídolo del pueblo y el que eleva su inteligencia á cosas graves.

Así se cumpliría. Gritaron los clásicos y vociferaron críticas y dicterios; hablóse con hueco tono de la mengua de los buenos principios; los políticos no descubrieron por el pronto peligro alguno en que salieran á la escena estos ó aquellos personajes, aún cuando alguno personificara instituciones hasta entónces rodeadas de idolátrico prestigio, y todo á pesar de que el sanedrin de los clásicos, tildaba de extravagantes los trajes con que se les ataviaba. Literatos fueron los primeros que atacaron la máquina baldía del arte palatino y gazmoño, seco, hipócrita, convencional é insulso, para reemplazarle con el arte humano que aún extraviándose, debía ser vehículo de los sentimientos más grandiosos.

En vano lucharía el pensamiento filosófico por levantarse de su postracion, mientras no se emancipara la inteligencia de la tutela en que se la tenia. Necesitábase dar en tierra con hartas preocupaciones, destruir copioso número de obstáculos, deshacerse de inveterados hábitos, buscar en la propia facundia lo que se habia ántes solicitado de la ajena. No era por aquel entónces la literatura en España una institucion, ni reflejaba nuestro carácter étnico é histórico, ni decia nuestro íntimo modo de sentir la vida, la pasion y la belleza. Era simplemente una fase del decaimiento á que nos trajera la política regida por máximas contrarias á lo que nuestra constitucion secular reclamaba. Sin violencia, decía Quintana, que en realidad no habia patria en España en tan calamitosos tiempos. ¡Qué extraño que no hubiera literatura ni arte! Podia haber ciencia, podia haber filosofía, y las habia, con efecto, porque la ciencia y la filosofía no son modos tan inherentes á la nacionalidad como aquellos que en el sentimiento se asientan; pero bueno es recordar que nuestra ciencia era la teología, y nuestra filosofía el escolasticismo, ámbos en ruina inevitable.

Sucedieron á la tentativa de Martinez de la Rosa, otras más

atrevidas, valientes y famosas. En el *Macías*, de Larra, presentóse el romanticismo con alcances políticos impregnados de la atmósfera revolucionaria; en *Don Alvaro ó la fuerza del Sino*, del duque de Rivas, tan recio fué el contraste con lo antiguo que, según un crítico de nota, quedaron los espectadores asombrados, aterrados y atónitos (1). Respondía *El Trovador*, de García Gutierrez, al grito de libertad que se escapaba de las entrañas sociales, sacudidas por el carlismo en armas, y *Cárlos II el Hechizado* y *Rosmunda*, de Gil de Zárate, eran la aparición en el teatro, de ideas, situaciones y personajes, nunca con tal franqueza y despreocupación tratados por los dramaturgos.

Partido el campo literario por virtud de estos acontecimientos, que argüían otros tantos triunfos del espíritu moderno, ocupó su parte más avanzada la juventud liberal ó democrática, donde figuraba el autor de *El Diablo Mundo* y de *Blanca de Castilla*, drama irrepresentable, mientras existiera la monarquía. Retirábanse á la parte postrera los conservadores, quedando establecidas las parcialidades que con los nombres de idealistas y realistas pelean todavía en Academias y Ateneos (2).

Extremó Espronceda su actitud de manera, que no fué po-

(1) Gonzalo Moron ha dicho esto, sobre el duque de Rivas, en la *Revista de España y del Extranjero*, tomo IX, 1844:

«El duque de Rivas, llevado por su númen á lo ideal y á lo romántico, rehabilitó entre nosotros la verdadera poesía, la poesía nacional, con un bellissimo poema, *El Moro Expósito*, donde campean las descripciones y el genio oriental de nuestros mayores, y dió al Teatro la nueva forma que le conserva para agradar con su excelente drama *Don Alvaro ó la fuerza del sino*, estrenado en el Teatro del Príncipe, de Madrid, en la noche del 22 de Marzo de 1835; cito esta fecha para que se vea lo que hemos adelantado: ántes de Marzo de 1835 no habia en España Teatro ni porvenir para él; hoy hay Teatro y porvenir.»

Juan Valera en otro artículo, 1854, *Revista Española de Ambos Mundos*, (del Romanticismo en España y de Espronceda), sospecha que el duque de Rivas inició con sus *Romances históricos* el romanticismo español, ántes de que nos viniera de Francia con crédito. Ya tendré ocasion de ventilar este argumento.

(2) Entre los antirománticos figuró persona tan discreta como Nicasio Gallego. En una carta dirigida á D. Leopoldo A. de Cueto censuraba fuertemente á Víctor Hugo.

sible atenuar el concepto transcendente que el romanticismo encubría. Entraba el cantor de Teresa en el cerrado palenque, enardecido por la pasión revolucionaria más turbulenta. Háblele inspirado Byron su descreimiento y su osadía en el decir; comunicáronle Hugo y los franceses de su secta, los sentimientos naturalistas y escépticos que ellos cultivaban, y fueron para Espronceda objeto de mofa las reglas de los preceptistas, y las académicas conveniencias; y sobre apartar la facultad poética de las fuentes consagradas, quiso que el arte no fuera puro pasatiempo, sino á modo de valiente enseñanza, ménos propicia á lo establecido que á lo deseado. Era por extremo grave que, nutriéndose en un subjetivismo rebelde *El Diablo Mundo*, pareciera cual la inmensa plegaria de todos los que gemían y se agitaban en la desesperación de lo existente, de cuantos, ante la ruindad de lo constituido, sentían y proclamaban la urgencia y perentoriedad de una radical mudanza.

Algo participaba aquel informe poema del caos apocalíptico; algo que se ofrecía, cual intuición calenturienta, de lo que sería pronto la sociedad española entregada á los sacudimientos tempestuosos de la nueva idea. Adam, con sus vértigos, sus pasiones y sus dislates, encarnaba el fermento de una generación pronta á inundar la revuelta palestra de la vida pública. Campeón Espronceda, de las ideas avanzadas, ponía al servicio de la política su verbosidad burlesca, su sátira implacable, los raudales de poesía que brotaban de su conciencia lúcida y resonante. Después de batirse por la libertad en el Puente de las Artes de París, en 1830, retaba á duelo á muerte á la España mogigata, autoritaria y empalagosa del culteranismo, anunciando el advenimiento de un nuevo mundo de lucha y de sacrificios, que debía levantar otras esperanzas ideales; ó sobre los carcomidos y aportillados muros del régimen que con fragor se derrumbaba.

No considero á Espronceda como un talento aislado, sino cual personificación de una época y testimonio del romanticismo filosófico en su peculiar fase española. En sus poemas descubro las ansias de la sociedad decrepita que presiente su próximo inevitable fin, los turbulentos asomos de la nueva generación, si rica en generosos anhelos, próspera también en

ilusiones varias, en deseos indeterminados y peligrosos, en barruntos que se formulan y manifiestan sin norte ni disciplina.

Allá va la nave,

¿Quién sabe do va?

Este es Espronceda, esta es su época, la duda, lo desconocido, la esperanza. «Todo está en revolucion,» dice Alcalá Galiano; los pueblos viven agitados por las instigaciones de una filosofía que les ha mostrado un más allá espléndido, aunque lleno de medrosas conmociones, añade Donoso Cortés. Presiente el vate lo venidero, se inspira en el malestar de su siglo, con él blasfema y con él columbra en lontananza, una fe nueva que reemplazará la que parece miserablemente agotada.

En 1829 habia escrito:

«¡Cuán solitaria la nacion que un dia

Poblara inmensa gente!

¡La nacion cuyo imperio se extendia

Del Ocaso al Oriente!

Lágrimas viertes, infeliz, ahora,

Soberana del mundo.

.....
Oscuridad y luto tenebroso

En tí vertió la muerte,

Y en su furor el déspota sañoso

Se complació en tu suerte.

.....
Hijos espúreos y el fatal tirano

Sus hijos han perdido,

Y en campo de dolor su fértil llano

Tiene ¡ay! convertido.

.....
¿Quién calmará ¡oh España! tus pesares?

¿Quién secará tu llanto?»

Así pinta el poeta la situación de su patria, así resume el desaliento de los patriotas, y cuando estalló la revolución, Es-

pronceda corre á engrosar sus huestes. Abre al cabo la amnistía las puertas de la patria, recobra entónces todos sus bríos, ve á la sociedad antigua próxima á transformarse, y lanza su estro en el piélago de la duda melancólica:

«¡Ay triste el que fia
Del viento y la mar!
¡Qué importa! El destino
Su rumbo marcó.
¿Quién nunca sus leyes
Mudar alcanzó?
Allá va la nave,
Vogad sin temor;
Ya el aura la arrulle,
Ya silbe Aquilon.»

Y luego confiado, exclama:

«Venid, levantemos
Segunda Babel;
El velo arranquemos
Que esconde el saber.»

De este modo agita Espronceda el pensamiento nacional, así vierte en el tranquilo, pero helado mar de la conciencia, el torrente de nuevas y colosales dudas y esperanzas. Valeroso soldado de la libertad y de la filosofía, inflama con su fuego á los corazones jóvenes y, como Tirteo, llévalos al combate:

El pueblo ved que la orgullosa frente
Levanta ya del polvo en que yacia
Arrogante en valor, omnipotente
Terror de la insolente tiranía.
Rumor de voces siento
Y al aire miro deslumbrar espadas,
Y desplegar banderas,
Y retumbar al son las escarpadas
Rocas del Pirineo,

Y retiemblan los muros
De la opulenta Cádiz, y el deseo
Crece en los pechos, de vencer lidiando;
Brilla en los pechos el marcial contento,
Y donde quiera generoso acento
Se alza de patria y libertad tronando.
Al grito de la patria
Volemos, compañeros,
Blandamos los aceros
Que intrépida nos da,
A par en nuestros brazos
Ufanos la ensalcemos
Y al mundo proclamemos
«España es libre ya.»
Truene el cañon: el canto de la guerra,
Pueblos ya libres, con placer alzad;
Ved, ya descende á la oprimida tierra
Los hierros á romper, la libertad.»

Espronceda es la España que por segunda vez despierta de su letargo, es la primer señal de una crisis en donde reñirán famosas batallas el individuo y el Estado, éste aferrándose á la tradicion, aquél renegándola para labrar un nuevo credo. Marca la obra poética de Espronceda el vuelo que ha alcanzado la inteligencia en la esfera literaria. Y realiza la máxima de la crítica filosófica. Con sus versos promueve el vate la emancipacion literaria que ha de facilitar la filosófica y la política.

Ni es difícil conocer la prosapia de su temperamento poético; que *El Diablo Mundo* se deriva como forma y entonacion de las máximas acreditadas por el romanticismo. Para mí significa la revolucion estética tomando cuerpo, adquiriendo realidad social, testificando la ruina del neo-clasicismo que ha perdido su eficacia en la vida histórica. En cuanto al pensamiento generador, Espronceda continúa la série de los vates individualistas; su *Adam* pertenece á la casta de *Fausto*, de *Manfredo*, de *Lara* y de *D. Juan*. Lo que en su poesía alienta no es el concepto absoluto, abstracto, socialista y místico de la estética latina. Ocúltanse á Espronceda las grandes

síntesis de la historia regida por el romanismo; y descúbresele el hombre que se afirma en el trabajo colectivo, en el concepto de punto de partida de todo derecho y progreso.

No es, con todo, el subjetivismo de Espronceda la egoísta indiferencia de Goethe, ni el teórico aislamiento de lord Byron, porque el vate español, como el pueblo á que pertenece, temple la dureza del elemento puramente septentrional con el influjo poderoso del Mediodía. Espronceda cree en la Humanidad.

Su primer conato va encaminado á reconstruir la maltrecha y desgarrada patria, á limpiar el antiguo solar castellano de la maleza con que le cubrieron déspotas y fanáticos. Como Arndt y Kerner, su preocupacion constante, es el patriotismo confortado por la libertad. En este deseo, revélase el peculiar génio de nuestra raza. La levadura germánica y visigoda que se oculta en lo más secreto del organismo, muéstranse en fermentacion. Espronceda, sin saberlo, sacrifica ante los manes de aquellos fieros guerreros que desde el Norte acuden á la Península en los principios del siglo v á ingerir en las venas de los terrícolas, nuevos elementos de sangre aria. Su canto del *Cosaco* es el *lied* del sicambro, azotando con la framea las falanjes latinas que el cesarismo romano corrompió y postuló. Por eso la Alemania moderna lo ha hecho suyo, se la ha asimilado, como cosa propia y en solemne y decisivo trance.

Otros nexos unen al poeta con el movimiento intelectual del Norte y del Occidente de Europa. Canta Espronceda, porque así lo exige su naturaleza y el tiempo; pero en sus poemas el argumento es casi siempre un pretexto; en el fondo de su lírica, lo mismo que en los ecos de su trompa épica, que en nada se asemeja á la académica y aristocrática, palpita toda una filosofía, cuyas cláusulas, ántes sentidas que reflexionadas, responden á la direccion que en la Alemania sapiente lleva la elaboracion metafísica. La duda científica, hé aquí el eficaz resorte, el *Deus ex machina* de la epopeya satánica; el eterno anhelo y revolver del pensamiento humano, buscando un punto de reposo en un más allá nunca alcanzado; hé aquí la fórmula de aquel estado psicológico y moral que precede á la metamorfosis del viejo nigromante y tiñe con

arreboles suprasensibles los cánticos del poeta y las frases del anciano, ya convertido en mancebo vigoroso.

Representa *El Diablo Mundo* en la década de 1834 al 44 la revelación de un género literario que habrá de influir poderosamente en la marcha de las ideas. A los golpes que el antiguo alcázar recibe en los campos de Navarra y Cataluña, en la tribuna parlamentaria, en la prensa y en los comicios, acompaña el batallar de clásicos y románticos. Pone la crisis pavor en los ánimos y sobrecoge las conciencias. Siéntese como un enardecimiento de los corazones y de las almas que piden espacio donde dilatarse, luz que les ilumine, nuevos ídolos á quienes rendir espontáneo y tierno homenaje. Era Madrid palenque de luchas aún más hondas que las libradas por los hijos del pueblo, en el Norte y en el Este de España. El dogmatismo clásico sucumbía en el Teatro del Príncipe, en las discusiones del Ateneo, en las fiestas del Liceo, en los folletines de Fígaro, arrastrando en su caída el político y filosófico. Lista decía: «Cuestión es la romántica que no ha faltado quien quiera darla un barniz político, asimilando los clásicos á los absolutistas, y los románticos á los liberales» (1). Imaginaba el sábio maestro que tal distincion no era justa, porque no descubria la sustancia del fenómeno, apreciándolo únicamente en su forma externa. De haber desentrañado su espíritu, otro hubiera sido tambien su pensamiento.

Irradiando el romanticismo sobre la total esfera literaria, suscitó una crítica más profunda que la académica, crítica que investigando los hechos históricos, demostró cuán nuevos eran en España el despotismo y la intolerancia, cuán antiguos y naturales la libertad y el respeto á las ajenas creencias. Quedó tambien postrado el escolasticismo, confirmándose la necesidad de una doctrina positiva que reemplazara los abstractos ó ineficaces dogmas del perípato y de la confusion sincrética del idealismo, segun Rousseau, del sensualismo á lo Condillac y de la ideología escocesa, un tanto seguida por los franceses de 1819.

Fué la lucha acicate que espoleaba la iniciativa individual

(1) Lista. Lecciones de literatura española, explicadas en el Ateneo. Madrid, 1836.

bajo relaciones extrañas á las ideas morales que dominaban en la nacion española cuando con Fernando VII fenecía la monarquía pura. La poesía, que con Quintana habia entrado en una nueva direccion, dilataríase ahora por el campo de las ideas políticas y sociales, y el teatro alzaríase al puesto de tribuna donde los reformistas sacarian á la picota los ídolos del pasado y los vicios que la sociedad habia contraído durante el antiguo régimen. Presentóse la utopia política en la escena vistiendo atractivo ropaje; trocóse luégo en imponente clamor que resonaba en los ámbitos de las conciencias más ensordecidas y morosas, llamando á todos y á cada uno de los hombres, al singular certámen donde habia de ventilarse el problema de la libertad.

Hé aquí, en resúmen, cómo el romanticismo fué señal precursora de los sucesos que paralelamente ó con el tiempo registrarían los anales pátrios, en el órden puro de la filosofía y de la política.

F. M. TUBINO.





LAS PERSECUCIONES DE LA IGLESIA.

Histoire des persécutions de l'Eglise jusqu'à la fin des Antonins par B. Aubé, professeur de philosophie au Lycée Fontanes. Paris. Didier XII, 470 pages in 8.°, 1875.

PRIMER ARTÍCULO

MAubé se ha preparado para emprender este trabajo con largos y sólidos estudios. Todas las personas instruidas conocen su bella disertación sobre las *Apologías* de San Justino, y los útiles artículos que sobre diversos padres de la Iglesia ha insertado en la *Biographie générale* de M. Didot. La mayor parte de los estudios de que consta el libro en que voy á ocuparme, han visto la luz en publicaciones periódicas, y M. Aubé ha consagrado más de diez años á revisarlos. La obra de que hablamos revela ser de una buena inteligencia, amiga de la verdad, independiente con discreción, dispuesta siempre á modificar las opiniones del primer momento, cuando así lo exige el desinteresado estudio de los hechos. M. Aubé guarda muy bien el término medio entre la crítica complaciente, que emplea todos sus recursos en defender textos desacreditados há tiempo, y el exagerado escepticismo que rechaza de plano y *a priori* cuanto el cristianismo nos refiere de las pruebas que primero sobrellevó. Acostumbrado á ocuparse en las ideas generales, M. Aubé sabe mostrarse sincero en el tono y el

colorido aún en aquellos casos en que se le puede atacar ó resulta incompleto en los detalles. Es un hecho notable que M. F. Overbeck (1) que acaba de tratar el mismo asunto sin conocer los trabajos de nuestro compatriota, ha llegado á conclusiones muy parecidas á las de éste. M. Aubé ha merecido también de los más competentes jueces en materias de historia eclesiástica y en particular de M. Adolphe Harnack (2) los más lisonjeros testimonios de aplauso. La claridad de la exposición y la perfecta corrección del estilo, honran grandemente en esa obra á la escuela universitaria, de la cual ha salido M. Aubé. Nunca es tan importante la solidez de los estudios literarios y filosóficos como en asuntos que exigen como éste, al par que la imparcialidad, aquel grado de experiencia psicológica que se requiere para saber darse cuenta de las ilusiones á que la misma devoción está expuesta.

Acaso se inclinaba demasiado M. Aubé á las soluciones negativas en los primeros estudios que publicó sobre las persecuciones. Las leyendas de que están llenos los *Actos de los mártires*, sabiamente discutidos por nuestros grandes críticos del siglo xvii habian producido generalmente en el siglo pasado y en los comienzos de éste en que estamos desfavorable impresión en los hombres ilustrados, que querian llevar á los estudios eclesiásticos el rigor y la escrupulosidad de la erudición clásica. Habian resultado apócrifos la mayor parte de los documentos que en un principio se presentaban como piezas justificativas de los procesos de los mártires: andaban escasos y eran cortos los textos de los historiadores propiamente dichos, relativos á las persecuciones, y no conteniendo casi nada sobre esta materia las compilaciones de las leyes romanas, natural era imponerse la mayor reserva. Al leer los primeros ensayos de M. Aubé, acaso habríamos estado tentados á creer que las persecuciones fueron poca cosa en realidad, que no fué consi-

(1) *Ueber die Gesetze der romischen Kaiser, con Trajan bis Marc Aurel gegen die Christen und ihre Behandlung bei den Kirchenschriftstellen*, en los *Studien zur Geschichte der alten Kirche*, Het 1. Schloischemnitz p. 93-157.

(2) *Zeitschrift fur Kirchengeschichte*, primer cuaderno, p. 141 y siguientes.

derable el número de los mártires y que todo el sistema de la historia eclesiástica no es en este punto más que una construcción artificial. Poco á poco se ha hecho la luz en el espíritu justo y sincero á que aludimos, y el estudio completo de los monumentos le ha traído á una exacta apreciación de las cosas. Sólo en un punto, tocante á la autenticidad de la epístola de Plinio á Trajano relativa á los cristianos, quizás también con respecto á la autenticidad del rescripto de Adriano á Mincio Fundano encuéntrase todavía la huella de las exageradas dudas á que primero se abandonó el autor. Nada de sistemático hay en esta persistencia, pues en otros puntos, en particular tocante al valor de los actos de San Justino fácil es advertir, que M. Aubé hace concesiones demasiado grandes á la opinión tradicional.

Es incontestable que si estuviéramos reducidos con respecto á la historia de las persecuciones, á los actos de los mártires, el escepticismo habria podido campar por su respeto. Vino á ser en cierta época la composición de los *Actos de los mártires* un género de literatura religiosa, para el cual se consultó bastante más la fantasía y cierta piadosa exaltación que los documentos auténticos. Exceptuando la carta relativa á la muerte de Policarpo, la que contiene la relación de los heroicos padecimientos de los mártires de Lyon, los Actos de los mártires de Africa y algunos otros relatos que ostentan el más serio carácter, preciso es confesar que los documentos de este género muy fácilmente calificados de sinceros, no son otra cosa más que piadosas novelas. Recordemos asimismo que los historiadores del imperio, en cuanto concierne á los cristianos lo mismo que en otros muchos puntos, andan singularmente escasos de detalles. Los verdaderos documentos relativos á las persecuciones que hubo de sufrir la Iglesia son las obras de que consta la primitiva literatura cristiana.

Estas obras no necesitan ser de los autores á quienes se atribuyen para constituir autoridad en tales cuestiones. La afición á atribuir toda clase de escritos estaba tan extendida en aquella época, que un considerable número de libros legados á nosotros por los dos primeros siglos son de incierto autor, lo cual no obsta para que sean exactísimos espejos de los tiempos en

que fueron escritos. La primera epístola atribuida á San Pedro; el Apocalipsis de San Juan; la epístola que se atribuye á Bernabé; la de Clemente Romano, aún cuando no sea de éste; las total ó parcialmente apócrifas de San Ignacio y de Policarpo; las partes de los poemas sibilinos que pertenecen á los siglos I y II; todos los documentos originales que nos ha conservado Eusebio sobre los orígenes del montanismo; las controversias de gnósticos y montanistas sobre el martirio; el *Pastor* de Hermas; las apologías de Arístides, de Cuadrato, de San Justino, de Faciano revelan en cada página un estado violento que pesa sobre el pensamiento del escritor, y viene á ser en cierto modo una obsesion de éste. Desde Neron á Commodo, y salvo cortos intervalos, diríase que vive siempre el cristiano ante la perspectiva de los suplicios. El martirio es la base de la apologética cristiana, la señal de la verdad del Cristianismo. Sólo la Iglesia ortodoxa tiene mártires, y las sectas disidentes, los montanistas, por ejemplo, hacian ardientes esfuerzos para probar que no estaban privadas de este supremo criterio de verdad. Los gnósticos eran proscriptos de todas las iglesias, principalmente porque profesaban la inutilidad del martirio. Y es que, en efecto, la persecucion, como Tertuliano lo comprendió, era realmente á la sazón el estado natural del cristiano. En buen hora que sean falsos, en su mayor parte, los detalles de los actos de los mártires, mas fué verdad el cuadro espantable que desarrollan á nuestra vista. A menudo se han hecho engañosas imágenes de esta terrible lucha que rodeó con brillante aureola los orígenes del Cristianismo, y que ha impreso una repugnante mancha de sangre á los más bellos siglos del imperio; mas no se ha exagerado la gravedad de esa lucha. Las persecuciones han sido un elemento de primer orden en la formacion de esa gran asociacion de hombres que por primera vez hizo triunfar su derecho contra las tiránicas pretensiones del Estado.

M. Aubé reduce á su verdadero carácter la persecucion que lleva el nombre de Neron.

No fué ésta el resultado de una medida legislativa duradera: fué un acto de brutalidad del loco furioso que gobernaba el mundo, un repugnante medio de apartar de su persona la

odiosidad del incendio de Roma. No se debe exagerar la importancia de este monstruoso episodio, ni tratar de disminuirla. Tácito nos ha revelado sus horrores, y aunque el recuerdo directo haya durado ménos de lo que fuera de esperar entre los cristianos, el Apocalipsis, al cual se ha devuelto actualmente su fecha y verdadera significacion, ha llegado á ser, para quien sepa leerlo, el grito de ultra-tumba de las víctimas del año 64. La epístola de Clemente Romano bien entendida, encierra más de un eco de los mismos sucesos: el *Pastor* de Hermas, así como algunos poemas sibilinos, hacen á los mismos transparentes alusiones.

Todos están de acuerdo en este punto, á saber: que Vespasiano y Tito no dieron muestras de malevolencia con respecto al Cristianismo. Vespasiano y Tito vivian rodeados de judíos que, olvidados de Jerusalem, obtenian señalado favor de los destructores de su patria. Tales fueron Tiberio Alejandro, Herodes Agripa II, sus hermanas Drusila y Berenice, Agripa, hijo de Drusila y de Félix, Josefo. Todas estas personas hallábanse léjos de estar predispuestas contra el Cristianismo. La idea de que cada cual debe adorar á Dios segun el culto de su eleccion, idea inaudita en Roma hasta entónces (1), ganaba terreno y servia eficazmente á la propaganda de los cultos mono-teistas. Josefo la proclamaba altamente. El judaismo, tal como éste lo entendia, se aproximaba por diversos lados al Cristianismo, al de San Pablo, sobre todo. Como Josefo, habian condenado la mayor parte de los cristianos toda insurreccion y maldecido á los fanáticos, proclamándose en voz alta sumisos á los romanos. Miraban como secundaria, al modo que Josefo, la parte ritual de la ley, y entendian en un sentido moral la filiacion de Abraham. Berenice, á su vez, y su hermano Agripa, habian tenido para con San Pablo una curiosidad benévola. La sociedad íntima de Tito era, por lo tanto, más bien favorable que adversa á los adeptos de la nueva religion. Acordémonos que esta familia no pertenecia á la alta aristocracia romana. Formaba parte de lo que podemos llamar clase media provincial y no tenia contra los judíos, y en general

(1) *Sua cuique civitali religio est, nostra nobis.* Ciceron *Pro Flaco*, 23.

contra los orientales, las preocupaciones de la nobleza romana; preocupaciones que recobraron toda su fuerza con Nerva y que traerán cien años de casi continua persecucion contra los cristianos.

La tolerancia de Vespasiano y de Tito no fué imitada por su indigno sucesor. Domiciano, como todos los soberanos hipócritas, mostrábase conservador severo de los antiguos cultos. La palabra *impietas* tuvo, sobre todo, á partir de este reinado, significacion política (1), y fué sinónimo de lesa majestad. Llegaron á tal punto la indiferencia religiosa y la tiranía, que el emperador era el único dios cuya majestad importaba. En amar al emperador consistia la piedad, y la impiedad á su vez, en ser sospechoso de oposicion, ó sólo de frialdad para con él. No se creia que la palabra perdiese por esto su sentido religioso. Implicaba, en efecto, el amor al soberano, la respetuosa adopcion de una completa retórica sagrada, que ningun espíritu sensato podia seguir tomando en serio. Eran revolucionarios los que no se inclinaban ante esta rutina de Estado; ahora bien: el revolucionario era el impío. Iba á parar el imperio, como se ve, á una especie de ortodoxia, á una pedagogía oficial. Admitir todo lo que el emperador queria y admitirlo con cierta vehemencia, era lo que se llamaba *religio*, lo que proporcionaba á un hombre el dictado de *pius*.

Véase sino el monstruoso prefacio que pone al frente de uno de sus libros, una de las mejores inteligencias de aquel tiempo, Quintiliano, al dia siguiente de confiarle Domiciano la educacion de sus herederos adoptivos, los hijos de Flavio Clemente (2). «Y no seria darse cuenta de lo honroso de los fallos celestes mostrarme inferior á mi tarea. ¡Que cuidados no exigirán costumbres que han de obtener la aprobacion del más santo de los censores (3)! ¡Cuánta atencion no habré de poner

(1) Plinio el menor, Epístolas I, 5. *Pietas*, en Quintiliano III, VII, 2, es el cuidado que tuvo Domiciano en construir un templo á la *gens Flavia*. V. Filostr. *Apoll.* IV, XLIV, 1.

(2) Quintiliano. *Inst.* IV *præf.* Léase sobre todo I, III, cap. VII para tener idea de las increíbles necedades que este hombre honradísimo queria que se conservasen y respetasen.

(3) Sanctissimus censor.

en los estudios para no defraudar la espectacion de un príncipe eminentísimo en la elocuencia como en todo! Nadie extraña que los poetas despues de dirigir una invocacion á las musas al empezar, renueven sus votos cuando llegan á los trozos difíciles de sus obras... Se me perdonará del mismo modo que llame en mi auxilio á todos los dioses, y en primer término al que más que ninguna otra divinidad se muestra propicio á nuestros estudios. ¡Infúndame el genio que han menester las funciones que me ha confiado, asístame sin cesar y haga de mí lo que me ha creido!»

En tal estado el lenguaje y los espíritus, el monoteismo judaico y cristiano tenia que parecer la suprema impiedad. Consagrábase la religion de jūdíos y cristianos á un Dios Supremo (*Dieu Supreme*) cuyo culto era una especie de hurto hecho al dios profano. Adorar á Dios, era dar un rival al emperador; adorar á otros dioses que aquellos de los cuales era patrono legal el emperador, constituia una injuria aún más grave para éste.

La política romana habia hecho siempre en la legislacion religiosa, una diferencia fundamental. No veian daño alguno los hombres de Estado romanos en que el habitante de las provincias practicase su religion en su país sin espíritu de proselitismo. Hacíase más delicada la cosa cuando este mismo provinciano queria ejercer su culto en Italia, y sobre todo en Roma. Heria la vista del verdadero romano el espectáculo de extrañas ceremonias, y de tiempo en tiempo disposiciones de policia venian á borrar lo que consideraban esos aristócratas como vergonzosos absurdos. Las religiones extranjeras tenian, por lo demas, poderoso atractivo para las clases inferiores de la poblacion y se estimaba como necesidad de Estado oponer diques á esta propension. Mas lo que se tenia por verdaderamente grave era que ciudadanos romanos y personajes de nota abandonaran la religion de Roma por esas supersticiones orientales. Veíase en ésto un crimen de Estado. El romano era todavía la base del imperio. Ahora bien: el romano no estaba completo sino con la religion romana; pasarse á un culto extranjero era para él tanto como hacer traicion á la patria. Así se entendia que un ciudadano romano no podia estar ini-

ciado en el druidismo (1). Afiliarse á los cultos orientales daba margen á procedimientos del mismo género. Domiciano, que aspiraba á ser tenido por restaurador del culto de los dioses latinos, no podia desaprovechar tan buena ocasion de entregarse á su goce supremo, que era el de castigar. Sabemos, en efecto, con toda certeza, que habiendo abrazado las costumbres judáicas un gran número de personajes, debiendo advertirse que los cristianos se clasificaban, áun por regla general, en la misma categoría, fueron aquellos sometidos á juicio, acusándolos de impiedad ó ateísmo.

Admítase generalmente que algunos individuos de la familia Flavia adoptaron el cristianismo. M. Aubé discute muy bien este hecho, y rechaza con acierto las exageraciones y sutiles deducciones que con él se han mezclado. Parece, en efecto, que los aspectos sentimentales y melancólicos de la naturaleza de Tito reaparecieron en algunos individuos de su familia, sobre todo en la rama de Flavio Sabino, hermano de Vespasiano. Flavio Sabino, que fué mucho tiempo prefecto de Roma, y ejerció estas funciones en el año 64, esto es, en el de las matanzas de Neron, pudo conocer ya á los cristianos: era un hombre apacible, bondadoso, y al cual dirigíase ya el cargo de *bajeza de alma* (2), que debia perder á su hijo. Para la ferocidad romana, era ese dictado sinónimo de filantropía (*humanité*): los numerosos judíos que tenian intimidación con la familia Flavia debian hallar, sobre todo por este lado, oyentes preparados y atentos. Flavio Clemente, hijo de Flavio Sabino, y por consiguiente, primo hermano de Domiciano, habia casado con Flavia Domitila, sobrina suya, hija de otra Flavia Domitila, hija á su vez de Vespasiano, y que murió ántes del advenimiento de su padre al imperio (3).

(1) Suetonio. *Claudio* XXV.

(2) *Hud quaquam erecto animo... mitem virum... in fine vitæ segnem.* Tácito, *Hist.*, III, LXV, LXXV.

(3) Sábase con certeza de tres Flavias Domitilas: primera, la mujer de Vespasiano; segunda, su hija; tercera, su nieta, esposa de Clemente. La Flavia Domitila que parece ser el principal personaje de la inscripcion número 776 de Orellé (Gruter, 245, 5), sería la mujer de Clemente (de Rossi, *Bull.*, 1865, p. 21, 22, 23; *Corpus inse lat.*, t. VI, núm. 948: la restitucion que se propone ofrece dificultades que provienen del insólito

Por caminos que no conocemos, pero que se relacionaban probablemente con las relaciones que tuvo la familia Flavia con los judíos, Clemente y Domitila adoptaron las costumbres (*mœurs*) de éstos, ó lo que es sin duda lo mismo, ese judaismo mitigado que sólo difería del cristianismo en la importancia atribuida á la mision de Jesús. Este judaismo de los prosélitos, limitado á los preceptos noáquicos, era precisamente el predicado por Josefo, íntimo amigo de la familia Flavia. Era también el que se presentaba como definido por la conformidad de todos los apóstoles en Jerusalem. Complacióse Clemente en estas ideas; pero Domitila fué quizás más léjos, y mereció, á lo que parece, el nombre de cristiana (1).

lugar de las palabras *filia* y *neptis*). En cuanto á una Flavia Domitila distinta de la mujer de Clemente, y vírgen, segun la leyenda, carece de realidad; debe verse en ella una superfetacion (?) (*dedoublement*) de Flavia Domitila, nieta de Vespasiano y mujer de Flavio Clemente. Equivocadamente hace Brucio, á quien cita Eusebio, de la Domitila perseguida una sobrina de Flavio Clemente. La Iglesia se ha apoderado con interés de la asercion de Brucio para dejar subsistente la antigua leyenda de una Flavia Domitila vírgen y consagrada á la vida religiosa. Muchos críticos dan, verdad es, la razon á Brucio contra Dion. En el sistema de éstos resulta que Flavia Domitila, mujer de Clemente, no padeció nada, siendo, por el contrario, la Flavia cristiana, una sobrina de Clemente. Pero Suetonio indirectamente y Filostrato envuelven á Flavia Domitila, mujer de Clemente, en la desgracia de su marido. El error de Dion sería mucho más inexplicable que el de Brucio. Los nuevos descubrimientos que se han hecho en el campo de la arqueología y epigrafía flavias (de Rossi, *Bull.*, Julio 1875.—*Rev. Archeol.*, Marzo 1876, p. 172-174) no han variado nada en estos resultados.

(1) Dion Casio LXVII, XIV; Suetonio, *Domit.* XV, no indican nada que vaya más allá del judaismo. Se cree reconocer á nuestro Clemente en un Calómimo ó Cleónimo, sobrino de Tito, que segun vaga tradicion judía se convirtió al judaismo. (Talm. de Bab Gittin, 56. b. *Aboda zara* II a.) Transcritos en hebreo, los nombres *Clemente* y *Calónimo* difieren sólo en una letra. El texto de Brucio, citado por Eusebio, (*Chron.* p. 160-163, edit de Schœne: *Hist. ecclés.* III. 18) haria claramente de Domitila una cristiana, pero Eusebio no lo cita literalmente. Las palabras pueden muy bien ser las consecuencias que saca. Es en todo caso singular que Eusebio no hable al mismo tiempo del cristianismo de Clemente, á quien tiene ocasion de nombrar. El silencio de Tertuliano, que tantas tuvo para hablar de un hecho semejante en la *Apologetica* y el de los Padres de la Iglesia, es también muy extraño. El recuerdo de los Flavios cristianos se vuelve á encontrar en las homilias pseudo-clementinas. *Hom.* IV y XII, 8, XIV, 10, mas muy alterado. Por lo demas, desde el siglo IV, obtuvo Domitila honores de santa. Un sectario, enemigo del matrimonio, como mu-

No exageremos, sin embargo. Flavio Clemente y Flavia Domitila no parece que pertenecieron verdaderamente á la Iglesia de Roma. Como otros muchos distinguidos romanos, estaban penetrados de lo hueco del culto oficial, de la insuficiencia de la ley moral nacida del paganismo, y de todo lo que de repugnante habia en las costumbres y sociedad de aquel tiempo. El encanto de las ideas judáico-cristianas obró en ellos. Vieron que la vida y el porvenir estaban al lado de éstas, mas no fueron, sin duda, ostensiblemente cristianos. Flavia Domitila no retrocede ante el asesinato de un tirano para vengar á su marido: conducta más romana que cristiana. De otra parte, el mero hecho de aceptar el consulado, equivalia para Clemente á aceptar la obligacion de sacrificios y ceremonias esencialmente idólatricas. Clemente era la segunda persona del Estado. Tenia dos hijos que destinaba Domiciano á sucederle, y á los cuales éste habia ya dado los nombres de Vespasiano y Domiciano. La educacion de estos niños estaba confiada á uno de los hombres más conservadores de aquel tiempo, al retórico Quintiliano, á quien hizo conceder Domiciano las insignias honorarias del consulado. Ahora bien; Quintiliano tenia el horror á las ideas judáicas en el mismo grado que el horror á las republicanas. Coloca al lado de los Gracos «al autor de la supersticion judáica entre los nefandos fundadores á quien se debe el linaje de las razas perniciosas» (1).

Adviértese, por lo ya dicho, que si fueron cristianos los Clementes, fueron á decir verdad, cristianos bastante indecisos. Poco fué lo que el público supo de la conversion de entrambas ilustres personas. El círculo divertido que les rodeaba no sabia á derechas si eran cristianos ó judíos. Declarábanse los cambios de este género sólo por dos síntomas: en primer lugar por el mal disimulado odio á la religion nacional, por la falta de culto ostensible que se atribuia al secreto culto de un dios in-

chos que siempre hubo en Roma, se apoderó más tarde de Flavia Domitila, hizo de ella una vírgen mártir, y con ella construyó la leyenda de los santos Nereo y Aquileo.

(1) *Qualis est primus judaicæ superstitionis auctor, et Gracchorum leges invisæ.* (III, VII, 3.)

tangible, inenarrable (1); segundo, por una aparente indiferencia y total abandono de las obligaciones y honores de la vida civil, inseparables de la idolatría (2). Afición á retraerse, aspiración á una vida tranquila y retirada, aversión á los teatros, espectáculos y crueles escenas que á cada paso ofrecia la vida romana y fraternales relaciones con personas de humilde rango, despreciadas por los romanos y alejamiento de los negocios públicos (3) que habian venido á ser cosas frívolas para los que creían en el próximo advenimiento de Cristo, hábitos de meditacion, espíritu de desinterés; todo esto era expresado por los romanos en una sola palabra, *ignavia*. Con arreglo á las ideas de aquel tiempo cada cual estaba obligado á tener una ambición proporcionada á su nacimiento y fortuna. El hombre de alto rango que se desentendía de la lucha de la vida, que tenía miedo á verter sangre, que se daba aires de humano y dulce, era tenido por perezoso, envilecido é incapaz de ninguna alta empresa (4). Calificábanle de impío y de cobarde y estas calificaciones tenían que acabar por perderle en una sociedad vigorosísima todavía.

M. Aubé discute muy bien todas estas cuestiones de la época Flavia. Es un excelente trozo aquel en que demuestra que son completamente gratuitas las conjeturas que se han hecho sobre las inscripciones en carbon de Pompeya, en que, según se dice, hablábase de las persecuciones contra los cristianos (5). Esos borrones han desaparecido, y la copia que se tiene no basta á justificar las arbitrarias interpretaciones que de ellas se han hecho. M. Zangemeister (6) no conserva más que las letras H P I S T I A N, y al par que rechaza el resto de la leyenda, admite que esas letras designan á los cristianos; mas aun reducida á eso la tesis, sigue siendo dudosa. El *graffito* se halló en

(2) Dion Casio. LXVII, XIV.

(2) *Contemptissima ignavia*. (Suetonio. Dom. XV.)

(3) Tertuliano. *Apol.* cap. XXXVIII, XLII, XLIII. La causa principal de la muerte de Senecion fué que no solicitaba las funciones á que tenía derecho. (Dion Casio, LXVII, XIII.)

(4) Véase, por ejemplo, Tácito, *Hist.* III, LXV, LXXV.

(5) De Rossi. *Bullet, d'arch. crist.* 1864, pág. 69 y sig. 92 y sig., 1865, pág. 93.

(6) *Inscriptiones parietariæ*, núm. 679.

la tienda de un comerciante en vinos; léese la palabra VINA: tal vez, como sucede con los garabatos de los alrededores, no debe verse en ello otra cosa mas que apuntes de un comerciante trazados con carbon sobre la pared, para llevar sus cuentas ó el buen órden de su establecimiento. En todo caso, la inscripcion tendrá que ser poco anterior á los años 78 ó 79, pues las inscripciones de esa clase se conservan poco tiempo. Ahora bien; en los años 78 ó 79 no hubo ciertamente ningun acto público de persecucion.

ERNEST RENAN.

(Journal des Savants.)



LOS HIJOS SIN PADRES.



I.

Por calles en que apenas pasa gente,
Y chispas á las piedras arrancando,
Cierta noche sombría, velozmente
Cruzó gran parte de Madrid un coche
En su interior una mujer llevando,
Cuya inquietud revela claramente
Que su alma está más negra que la noche.

La faz por denso velo recatada
Iluminarse á veces parecia
Al resplandor febril de la mirada
Que la mujer en torno revolvia,
Como el que huyendo va de un enemigo
Que imagina cercano,
Y aún siente el rudo peso de su mano
Y el dolor del castigo,
Cual si hubiera probado sus enojos;
Que tales son del miedo los antojos.

Nadie sigue su huella;
 ¿Qué causa, pues, en su inquietud la abisma?...
 ¡Ay! lo comprende bien y el labio sella;
 Su mayor enemigo va con ella,
 Su contrario mayor es ella misma;
 Que al ocultar al mundo
 Misteriosos afanes,
 Abre del alma suya en lo profundo
 Ancho circo á una guerra de titanes,
 Terrible, sin igual, desconocida,
 Guerra que durará toda la vida,
 Luchando siempre dos en competencia;
 Uno, se llama culpa; otro, conciencia.

—
 Despues de atravesar calles y calles
 Que forman cuestas y tendidos valles,
 Para ocultarse al que seguirla intente,
 Parando de repente
 El carruaje, y á la luz confusa
 Leyendo de espirante reverbero
 Los dos breves renglones de un letrado
 Que en la córte piedad y vicio acusa,
 Dijo, despues, apeándose, el cochero:
 —Señorita, la Inclusa.

—
 Descompuesto el semblante,
 En su pecho infeliz ahogando un grito,
 Ella tambien escrito
 Con palabras leyó dignas del Dante,
 Que las palabras del cochero abonan
 Sin que su faz serena se sonroje:
 MIS PADRES ME ABANDONAN;
 LA CARIDAD LO HA VISTO Y ME RECOGE (1).

Y con presteza y convulsion extrañas,

(1) El letrado que hay junto al torno de la INCLUSA en esta córte, dice:
 ABANDONADO DE MIS PADRES
 LA CARIDAD ME RECOGE.

(N. del A.)

Depositó en el torno prevenido
El ángel en sus brazos adormido,
Como ántes de nacer, en sus entrañas.
Mas al ponerlo allí, sonó un gemido:
¿Era una maldicion? ¿Era una queja?
¿Era un eterno adios? ¿Quizá sería
Delirio de su enferma fantasía,
Que descansar un punto no la deja?...

Con pena tan aguda
El gemido infantil la traspasaba,
Que en su resolucion vacila y duda
Y al torno locamente se abrazaba.
El torno ya giraba,
Lento, muy lento, sí, mas en su giro
Ella creyó sentir que le arrancaba
El corazon, con espantoso tiro,
Y que todas sus fibras devanaba.

De la culpa agobiada bajo el peso,
Inclinando, por fin, la frente impura,
Selló la de la pobre criatura
Con la tierna explosion de casto beso.
Pues aunque al vicio asolador no cuadre,
Hay algo incorruptible, porcion sana
En la madre más fria y más liviana:
Que es una la mujer y otra la madre.

Sintiendo el beso, pues, tan limpio y santo
En el cáliz bebido de su boca,
La criatura suspendió su llanto,
Que el llanto provocara de una roca;
¡Ay! brevísima tregua en que tranquila
Dejar á la mujer la madre pudo;
Porque, en tanto el dolor, severo y mudo,
Nubes de interna tempestad apila.

¡Oh, quién pudiera el bárbaro tormento
Pintar—aunque esperado,
Temido—del momento
En que le fué por siempre arrebatado
El fruto de su amor desventurado!

Imaginóse ver desde la orilla
 De proceloso mar, luchando á solas
 Con las revueltas olas,
 Desamparada y frágil navecilla,
 Sufriendo el rudo empuje
 Del negro abismo que en tumulto ruge.
 El torno era una puerta
 A la insondable eternidad abierta;
 Lugar de las más tristes despedidas
 Que pueden concebirse entre dos vidas;
 Féretro que conduce, helada y muerta,
 La ilusion de una madre, que la llora;
 Fúnebre carro de risueña aurora
 Que de un hogar naciente ser debía
 Esperanza y orgullo y alegría.
 Todo esto imaginaba
 La que el sér inocente abandonaba
 Al peligroso piélago del mundo,
 Cual un tiempo á Moisés su madre al Nilo,
 De curso más tranquilo
 Y en naufragios y horror ménos fecundo.

—

Mientras la madre, silenciosa, gime,
 Si arrepentida nó, desesperada,
 La Caridad sublime,
 Siempre fija en el torno la mirada,
 Vió de fuera venir una oleada,
 Y sobre ella flotando
 Una niña llorando,
 Que en su regazo recogió, bendito:
 ¿Qué razon haber puede que convenza
 A su amor infinito,
 De que, segun pregona el social grito,
 Es la maternidad una vergüenza
 A veces y un delito?
 Culpe el juicio comun á la culpable,
 Ella es amor, y amor no reflexiona;
 Cuando el mundo castiga, ella perdona

Y consuelos ofrece al miserable.
 En su dulce ignorancia
 Ni sabe ni concibe qué es la muerte,
 Y donde sed advierte
 De su ánfora divina el bien escancia.

—

Cuando el pié en el estribo ya ponía
 La dama para huir, hubo un instante
 En que libre creyóse y triunfante
 Del acerbo pesar que la afligia.
 —Mi honor está salvado (se decia);
 Ya puedo, sin sonrojos
 Que nublarían mi serena frente,
 Del suelo alzar los ojos,
 Y sostener del mundo maldiciente
 La mirada importuna é insolente;
 Mi falta ignoran todos.—

¡Qué demencia!

¡Como si Dios no hubiese, ni conciencial
 ¡Pobre, ilusa mujer! no se redimen
 Las faltas con el crimen,
 Tú hiciste lo que haría el insensato,
 Que, creyendo tapar un agujero
 Para que nadie ya lo descubriese,
 Otro mayor abriese
 El círculo ensanchando del primero.

II.

Como nada que hacer allí le queda,
 Abandona la dama aquel paraje,
 Y nuevamente rueda
 Rápido por Madrid el carruaje.
 De nadie va seguido
 Tampoco entónces; sin embargo, un ruido
 Horrible, singular, que crece y crece
 Entre el silencio de Madrid dormido,
 A la dama estremece,

Como fiera traílla
De perros azuzada,
Asusta á la medrosa cervatilla
Por ellos en el monte acorralada.

Observa en derredor, y sólo sombra
Ve la mujer en cuantas calles cruza;
El oído sutil atenta aguza,
Y delante y detrás álguien la nombra;
Pero cerca, muy cerca, de tal modo,
Que á su juicio estas voces,
Reales ó fantásticas, feroces,
Eco son de otras voces y otra lucha
Que de sí misma en lo profundo escucha.

Y no era sueño, no: roncos, hambrientos,
Arrojando ladridos infernales,
Dentro de su alma van como chacales
En rabioso tropel remordimientos,
Que en torturarla gozan
Y en su cerebro inexorables hozan.

Sus pensamientos en la culpa fijos,
Murmurar sordamente le hace el miedo:
—¡Oh, volveré por ella; así no puedo
Vivir! Renuncien otras á sus hijos:
¿No hay séres que á una madre compadezcan?
Pues que me pisen, odien y escarnezan,
Lo sufriré sumisa y sin quejarme;
¿Quién este inmenso amor osa robarme?—

Y despues, el juez íntimo y severo,
Del suplicio variando los rigores,
Llena el espacio entero
De infantiles sollozos y clamores.
Aquellas tiernas bocas invisibles
Tenazas son que el corazón la apresan;
La llaman, la maldicen y la besan
Con palabras y gestos increíbles.

—¡Andá, madre cruel! (le grita alguna).
¡Huye, mujer sin Dios y sin entrañas!
Vé si encuentra tu crimen, por fortuna,

Un áspero desierto en las montañas,
 Un abismo en el centro de la tierra
 Donde jamás el sol que el aire dora
 Y á los malos aterra,
 Penetre con mirada acusadora.

¡Vacilas, gimes, cedes!...
 ¡Comienzas á temer y á despreciarte!
 ¡Huye sin descansar! ¡Vé si ocultarte
 De Dios, del universo y de tí puedes!
 ¡Nó, no podrás! Si á los desiertos fueras,
 Allí mismo hallarias, con espanto,
 De ternura y piedad ejemplo santo
 En los tigres salvajes y panteras!—

Y volaba, y volaba
 El coche; y la conciencia de la madre
 Nuevamente soltaba
 Para que dentro de ella y en pos ladre,
 El furioso tropel de los castigos
 Noche y dia sin tregua y sin testigos.

III.

Casóse esta mujer: ¡boda nefasta
 La que el afecto mútuo no apadrina!
 Aquí, la vanidad fué la madrina,
 Y un corazon objeto de subasta.
 El hombre de ella amado,
 El cómplice en su negra desventura,
 No podia subir hasta su altura;
 Se lo hubieran vedado
 La humildad y pobreza de su estado.
 Que en doradas regiones,
 Aún al moderno hogar sirven de base
 Orígenes de clase
 Y dudosa limpieza de blasones.
 Aún hay quien á la falsa conveniencia,
 Que un orgullo insensato glorifica,
 Todó lo sacrifica;

Decoro, gusto, juventud, conciencia.
 Del suspirado bien, así, no es cumbre
 El tálamo nupcial, es cementerio,
 Monton de podredumbre
 Donde brota la flor del adulterio.
 ¡Oh, cuántas que esta ley acatan necias
 Olvidan su deber, ó luchan tibias,
 Sin el casto valor de las Lucrecias,
 Y mañana serán por sus lascivias
 Mesalinas, Frinés, Julias y Livias!

—

La palidez del rostro, interesante,
 En la dama gentil de nuestra historia,
 De los salones cortesanos gloria,
 Cubrióse de rubor en el instante
 De leer el sacerdote, ante un retablo,
 La epístola elocuente de San Pablo.
 ¿Era el vivo rubor de la alegría
 Que no turba la sombra del delito?
 ¿Acaso algun recuerdo la mordía,
 Y aquel matiz de rosas era un grito,
 Como es poema de dolor, no escrito,
 A veces un suspiro, una mirada
 Que se asoma á los ojos aterrada?...

El acto sério terminado apenas,
 Lo cierto es que formaron los testigos
 Con parientes y amigos
 Un coro general de enhorabuenas.

—

¡Buen negocio! ¡Gran boda!
 La heredera de un título, que es toda
 Belleza, juventud, pasión, anhelo;
 Que en el mundo soñaba un paraíso
 Donde Dios poner quiso
 La fuente del consuelo,
 Que si no cura, por lo ménos calma
 La sed continua que devora á el alma,
 La nostalgia del cielo;

Esa mujer, divina por lo hermosa,
Con un viejo aristócrata liviano
Inmensamente rico se desposa;
Es decir, á un cadáver da la mano,
Y á su antigua mansion, que se derrumba,
Por cimiento una tumba.

Coronada de azahar y blanco lino
Que cubre por detrás su talle esbelto,
En armoniosos pliegues ámplio y suelto
Y es marco de su rostro peregrino
Cuya hermosura exalta,
Cuando ella por ahogar la pena lidia
Que el corazon le asalta,
La contemplaban otras con envidia.
Por el orgullo paternal impío,
Con tan absurda boda satisfecho,
Esta débil mujer compró el derecho
De la deshonra cierta y el hastío.

—
¡Oh de la Caridad santa milicia!
Tú la viste alistarse en tus banderas,
Velando al mundo las torturas fieras
Con que su propia culpa la ajusticia,
Aunque tú en su favor milagros obres,
Y socorrer las niñas incluseras,
De las pobres del mundo las más pobres.

A la Inclusa fué un día,
Cuando la entraña, fuente de ternura,
Más árida y más dura
Que insensible peñasco ya creía,
Y sintió acrecentarse turbulento
El antiguo tormento,
Al oír un gemido,
Un eco plañidero parecido
Al de cien y otros cien que en noche aciaga
Traspasaron su pecho como daga.
¿Era la misma voz acusadora
De aquella triste noche, la que ahora

Del fondo de la sala se desprende
 Y por su faz la palidez extiende,
 Palidez semejante á la de un muerto?
 Porque el gemido aquel, aislado, agudo,
 Que con falso valor resistir pudo,
 Principio fué del lúgubre concierto
 De toda la nidada,
 Por tantos niños huérfanos formada.
 Que allí, en pobres mantillas,
 Con caridad y con limpieza sumas
 Envueltas como el pájaro en sus plumas,
 Estaban como están las avecillas,
 Siendo nidos las cunas, desde donde
 Llamaban ¡ay! con pio penetrante
 A una madre feroz, que no responde,
 Que las huye, que ha muerto lo bastante,
 Cuando en su corazon, helado y seco,
 La miseria filial no encuentra un eco.

IV

Muchas veces, radiante de belleza,
 Desde el coche en que pasa y se reclina,
 Ve desfilas, con orden y tristeza,
 Modelos de trabajo y disciplina,
 Las Niñas de la Paz; y en el vacío
 De su pecho se arrastra cual serpiente
 El largo escalofrío
 Con que el recuerdo acosa al delincuente.

Ni alegría infantil, ni rostro bello,
 Ni la frescura que la flor lozana
 Ostenta de su vida en la mañana
 Y es de salud y robustez destello,
 Nada en ellas le dice, aunque se fija:

—¡Esa que ves pasar, esa es tu hija!—
 Su origen las selló con igual sello.
 ¿Cuándo competir pudo con la rosa
 Nacida en aire puro y sitios sanos,

De la tierra en la cuna cariñosa,
 La flor del lupanar y los pantanos?
 Hay algo en sus sonrisas que da pena,
 Sombra que las deslustra y oscurece;
 La más gentil, es débil azucena
 Que á muy poco de abrirse languidece
 El vulgo, que no olvida ni perdona,
 Con brutales sarcasmos las saluda,
 Y si á llevar la cruz no les ayuda,
 Pone esa espina más en su corona.



Tuvieron hambre y frío, y fué cubierta
 Su desnudez; y el pan de cada día
 Pidió, con esperanza siempre cierta,
 Por ellas la social filantropía,
 Llamando de alma en alma y puerta en puerta.
 Sed tuvieron, y pecho mercenario
 Humedeció su boca,
 Antes que ellas subiesen al Calvario
 Que recorrer á su desdicha toca.
 ¿Mas dónde está el viático divino,
 Ese pan que se llama amor materno,
 El sol de toda noche y todo invierno,
 Lo sin par, lo indecible, lo que excede
 A lo más grande y santo que haber puede?
 ¿Qué cuna, ni de reyes, ó qué brazo
 Más amigo, más blando, más suave
 En la alegría y en la pena grave,
 Que el maternal regazo?

Esto no lo tendrán, no lo han tenido;
 Engendros de la culpa, la mejera,
 Méenos madre mil veces que una fiera,
 Arrojólos al pozo del olvido.
 Mas ellos se vengaron;
 En himnos y oraciones
 Sus labios inocentes pronunciaron
 Palabras de piedad y bendiciones
 Por las mismas que allí los arrojaron;
 De este modo perdía su alma pura

Toda amarga y funesta levadura:
Con la plegaria tierna
Que el niño abandonado murmuraba,
El rigor se amansaba
De la Justicia eterna.

Pasarán, sombras leves,
Los años, siempre breves;
Y la soberbia frente de la hermosa
Ornada como un árbol opulento
De cabellera juvenil, frondosa,
Que loco besa y perfumado el viento,
Cubriráse de canas;
En sus frescas mejillas.
Pondrá el tiempo, no oyendo quejas vanas,
La mustiez de las hojas amarillas.
Rodeada de lisonjas y riqueza
Entre la alegre agitación del mundo,
Mil veces inclinando la cabeza
Se creará solitaria, y con tristeza
Maldecirá su tálamo infecundo.
Y cuando al fin, en rápido proceso,
Del delito cargada con el peso,
Del sepulcro hasta el pie su edad la lleve,
No galvanizarán su alma de nieve
Las corrientes magnéticas del beso,
Los consuelos prolijos,
El amor de los hijos de sus hijos.
Y su conciencia, entónces más airada,
Le pedirá junto á su lecho erguida
La cuenta del culpado más temida,
Mostrándole la pobre abandonada
Por ella, un tiempo compasiva, buena,
Adorable, modelo de hermosura,
Que debía á su Dios cuanto asegura
Una vida de paz y de honor llena.

VENTURA RUIZ AGUILERA.

LECCIONES MILITARES

QUE

SE DEDUCEN DE LA GUERRA DE 1870.

Por mucho tiempo vivirá en la memoria del mundo civilizado la sorpresa que causó la guerra de 1870. Aquella gigantesca contienda pareció eclipsar las hazañas militares de todos los pasados tiempos y pronosticar resultados tan decisivos y finales como la caída de Roma ó la destrucción de Cartago. Una potencia que se habia sostenido contra toda la Europa armada y que habia triunfado muchos años en esta desigual lucha, fué repentinamente destrozada por una sola nación inferior en riqueza y otros recursos; y despues de una série de horrendos reveses, se vió obligada á pasar bajo el yugo del conquistador y reducida á lo que tenia todas las apariencias de una postracion sin esperanzas.

Los renombrados y veteranos ejércitos de Francia que casi en nuestros dias se habian paseado por el continente, quedaron sencillamente aniquilados en unas pocas semanas, en su propio territorio, por un enemigo en otro tiempo desdeñado; y Metz y Sedan excedieron á todo lo que la historia registra en desas-

tres de guerra. Cuando el pueblo francés trató también como en 1793 de luchar contra el invasor, después de la pérdida de todas sus fuerzas regulares, la tentativa resultó á la larga infructífera y sólo sirvió para hacer mayor la suma de infortunios. La inesperada resistencia de París durante algun tiempo confundió á los caudillos alemanes; pero la capital, por último, abrió sus puertas, con medio millon de hombres armados dentro de ellas; las numerosas levadas hechas por Gambetta molestaron, más aún, pusieron en peligro á las huestes alemanas, pero no ménos seguramente fueron abatidas por éstas: la catástrofe de Bourbaki, en el Este, no hizo más que apresurar un desenlace ya cierto; y el término del conflicto fué mera repetición de los terribles resultados de sus primeras escenas, con nuevos ejércitos prisioneros, otras fortalezas más en poder de los vencedores, Francia más aplastada y humillada que nunca. ¿Debemos, pues, maravillarnos de que los espíritus de los hombres al contemplar al principio este poderoso encuentro estuvieran en la mayor parte de los casos, perplejos y confundidos, y de que sus agitados juicios se equivocaran muchas veces, sobre todo, en lo tocante á los acontecimientos militares que en tan horrible sucesión pasaban ante su vista?

Ciertamente que es curioso aún ahora notar, aunque han pasado poco más de cinco años, las conclusiones generales de la gran mayoría de los escritores del día sobre la guerra y sus consecuencias. Francia, se dijo casi universalmente, ha sido borrada de la lista de las potencias militares, como si Richelieu no hubiera sucedido á la paz de Vervins; como si Burke no se hubiese burlado de la «extinción de las Galias,» precisamente ántes de los tratados de Luneville y Amiens. Asimismo los soldados franceses que habian sido por muchos años la admiración de los ejércitos europeos, y que en la primera parte de este siglo, habian plantado la bandera tricolor en Madrid y Moscow, eran declarados cobardes, corrompidos é indignos; y las derrotas, sin ejemplo, de Napoleon III y el fracaso del sistema militar francés eran atribuidos por completo á la locura insensata, á la incapacidad ó á la ciega ignorancia de Napoleon y de dos ó tres de sus mariscales. En las vicisitudes de la segunda fase de la contienda, la grandeza de

la resistencia nacional de Francia, el heroísmo desplegado en la defensa de París, á pesar de debilidades y faltas, el verdadero carácter del prolongado sitio, y los peligros que amenazaron á las huestes invasoras á consecuencia de los malos cálculos de sus jefes, ó pasaron desapercibidos ó no se les dió importancia; y la lucha, oscurecida por el resplandor del triunfo, fué comunmente considerada sólo como demostracion del axioma de que los ejércitos improvisados no pueden haberse las con buen éxito contra fuerzas maduras. Por otra parte, se magnificaron como cosas de que no hubiera habido ejemplo las excelencias de las tropas alemanas, su «solidez, energía, fuerte sentimiento del deber, disciplina sin rival y proezas en el campo»: un ejército prusiano por su instruccion, por sus maniobras, por su marchar y combatir, era nada ménos que la perfeccion, y Von Moltke y los demas jefes alemanes habian hecho descubrimientos en la ciencia militar y realizado maravillas en la guerra, que los elevaba sobre todos los demas que han tenido mandos. Estaba á la verdad demostrado que el Estado mayor aleman habia creado «una nueva estrategia,» que era el gran arcano de los triunfos alemanes; y la organizacion, y la ingeniería y la táctica alemanas no tenian absolutamente faltas y podian hacerlo todo. Francia, en una palabra, habia caido y para siempre, porque su grandeza militar habia sido ilusoria y su vida nacional estaba en decadencia perpétua; y Alemania podia sin riesgo descansar sobre sus laureles, segura de que sus ejércitos no verian nunca otros iguales y de que sus generales tenian encadenada á la suerte.

El tiempo ha disipado muchas de estas imperfectas conclusiones, y la crítica y el estudio han ido poniendo gradualmente en claro las realidades de la guerra de 1870. El asunto, sin embargo, no está agotado, y nosotros vamos á trazar con brevedad para nuestros lectores las verdades de más bulto en la memorable lucha y á indicar lo que á nuestro modo de ver enseñan.

El primer gran hecho en que hay que fijarse es la extraordinaria diferencia entre los beligerantes en el punto importantísimo de disposicion para la guerra, cuyos resultados no deben perderse de vista ni un momento. Francia tenía una

poblacion igual á la de Alemania; tenía elementos de poder muy superiores, riqueza más abundante, más extendido comercio, y tenía además la fuerza que dan un Estado antiguo, la unidad nacional y las grandes tradiciones. En material y recursos de campaña en general, tampoco estaba detrás de su enemigo; y es un error suponer que no poseía tantos hombres á quienes armar; porque sus fuerzas nominales, lo mismo que las de la Alemania, eran 1.100.000 hombres próximamente. Pero los sistemas militares de los dos países dejaban á Francia relativamente sin preparacion para hacer en un corto tiempo un gran esfuerzo, y aseguraban para Alemania esta inmensa ventaja; y en los acontecimientos que siguieron, esta diferencia pesó mucho en la balanza de la fortuna. Francia tenía un hermoso ejército activo y una vasta reserva en el papel, y en el caso de una lucha dilatada, esta segunda línea de fuerzas nacionales hubiera sido un precioso complemento de la primera, y hubiese demostrado en sus verdaderas proporciones los grandes medios inherentes á la nacion. Pero en 1870, la reserva de Francia estaba formada en sus cuatro quintas partes al ménos, por la guardia móvil con fuerza de 500.000 hombres, cuerpo ineducado y sin organizacion y por consiguiente completamente inútil para una campaña grande, rápida y decisiva, y que solamente servia para aislar y exponer al ejército regular. De la otra parte, el ejército activo de Alemania era próximamente igual al de Francia; pero como poseía además una enorme reserva, la cual se componía en su totalidad de soldados expertos y estaba lista para salir á campaña instantáneamente, esto le dió, al poner á la prueba repentinamente su fuerza, una preponderancia que quizás nada podia contrarrestar. Alemania en verdad tuvo los medios de oponer á Francia en todas circunstancias, cuando empezaron las hostilidades, más del doble de tropas instruidas; y esta sola diferencia—tal como se dirigió la guerra—contribuyó grandemente á todo lo que sucedió. Sin embargo, ni aún esta era tanta para explicar la inferioridad de Francia respecto á su antagonista en el gran punto de la preparacion para entrar en campaña.

La administracion militar de Francia estaba indebidamente centralizada, y sin una órden del ministro de la Guerra y la

superintendencia de sus oficiales, apénas podia darse un paso, aún en las provincias más remotas, para alistar, levantar ó reunir tropas. Por la misma razon estaba almacenado en Francia el material de guerra en unos cuantos grandes depósitos, y como resultado inevitable, al tener que salir á operaciones, era lenta, confusa, y á veces inconveniente, la distribucion al recién formado ejército de todo lo que más esencial le era. Además, y esto acaso es lo más importante de todo, los elementos del poder militar de Francia estaban diseminados por todo el país; los regimientos no formaban divisiones y cuerpos, excepto en dos ó tres lugares muy conocidos; y cuando se preparaba y reunia un ejército, aún las primeras unidades necesarias para poner en pié de guerra á los regimientos estaban frecuentemente á gran distancia de ellos. Las consecuencias fueron tardanzas é incertidumbre, y la movilizacion de las fuerzas en Francia en 1870 fué, como lo demostraron los acontecimientos, un procedimiento lento, lleno de dificultades é imperfecto. Por otra parte, la organizacion militar de Alemania es local en el más alto grado; las divisiones militares del imperio tienen cada una una administracion separada para la guerra, únicamente sujetas á una direccion general; el material de campaña está extensamente esparcido, y siempre en el punto en donde es necesario; las tropas están reunidas en sus diferentes distritos, y aún en tiempo de paz forman ejércitos diminutos, y estos grupos distintos é independientes tienen respectivamente sus reservas tan inmediatas á ellos, que pueden rápidamente completar el total de sus fuerzas. Este sistema no deja de tener serios inconvenientes; pero funcionó admirablemente en 1870, y la experiencia ha demostrado que cuando funciona bien, puede movilizar masas formidables de hombres y enviarlas equipadas contra el enemigo con una celeridad, precision y perfeccion que por otros medios son inasequibles.

Esta diferencia en lo tocante á la preparacion para campaña obtuvo pronto inmensos resultados. Napoleon III cuando formó su plan de ataque, creyó que la primera línea del ejército francés se compondria de unos 400.000 hombres, frente á una primera línea alemana de igual fuerza; pero calculaba

que como en otras guerras precedentes, estarían prontos los franceses delante de sus enemigos, y esperaba que un triunfo pronto y rápido compensaría con exceso la falta en Francia de una reserva bien organizada y eficiente. Nunca, sin embargo, salieron las esperanzas más cruelmente fallidas, á causa principalmente de la diferencia en la organizacion militar de las naciones combatientes. A las tres semanas de la declaracion de guerra no habia más que 240.000 franceses reunidos sobre el Mosela y el Saar, exigiendo la movilizacion de Francia, como lo dijo el emperador, ajustar primero la máquina con infinito trabajo en todas sus partes ántes de que pudiera llenar sus funciones cumplidamente. Pero con el sistema aleman, tal cual entónces se manifestó, la máquina, siguiendo la imágen, estaba completamente lista y no hubo más que ponerla en movimiento para que se reunieran en el Rhin cerca de 500.000 alemanes en el mismo tiempo que la mitad de sus enemigos. Ni áun ésto da la verdadera medida de la inferioridad del poder del beligerante más débil. Detrás del ejército francés, inferior por su número, sólo habia los rezagados que todavía no se le habian unido y una reserva grande, pero inútil por el momento; las huestes alemanas, inmensamente más numerosas, estaban alimentadas por una reserva de 300.000 soldados disciplinados y con instruccion completa. Francia estaba, pues, en la frontera dominada, cuando ménos, en la proporcion de tres á uno. Este asombroso resultado, naturalmente, puso fin desde luego al plan de ataque del emperador; pero no se seguia de aquí que todo estuviera perdido y mucho ménos que el mundo tuviera que presenciar escenas como las capitulaciones de Metz y de Sedan. Para comprender ésto, consideremos imparcialmente el estado de las cosas en los primeros dias de la campaña. Ya entónces sabian los caudillos franceses que el enemigo era grandemente superior en fuerza, y tenia que ser óbvio que el ejército francés, diseminado en una línea de frente muy extensa, iba sin remedio á una derrota, si solo y aislado, con todas las probabilidades en contra, intentaba rechazar las enormes masas alemanas que hábia en la frontera francesa. Sin embargo, era igualmente cierto que esta misma fuerza, estando bien dirigida y no des-

perdiciada, podía tener en jaque por mucho tiempo al enemigo más poderoso y hasta retardar la mayor de las invasiones, y se demostró suficientemente que ganando tiempo, la fuerza militar de Francia aumentaría mucho, y que á cada paso que dieran dentro del país, disminuiría el número de las fuerzas alemanas igualándose más con las de Francia, con tal de que no fueran éstas temerariamente comprometidas. Las fronteras orientales de Francia presentaban además numerosas posiciones de defensa; detrás corrían las líneas del Mosela y del Mosa, y últimamente las del Marne y del Sena, memorables por los hechos de 1815; á retaguardia de todo estaba la altiva capital, entónces una fortaleza colosal de primer orden y era demasiado esperar que teniendo en cuenta estos varios obstáculos pudieran por último los ejércitos franceses resistir á los invasores y luchar con probabilidades racionales de triunfo? Todas las consideraciones de prudencia, por lo tanto, exigían que el ejército francés se hubiese retirado de la frontera para concentrarse cuando ménos detrás de los Vosgos; que se hubiera contentado con detener al enemigo hasta que su marcha de avance y la operacion necesaria de guardar sus comunicaciones y de evitar las fortalezas, hubiese reducido grandemente su número; que se hubiera hecho todo lo posible para prolongar la lucha evitando con seguridad una defensa meramente pasiva y haciendo un hábil uso de todos los puntos de superioridad, pero peleando tan sólo cuando hubiera probabilidades razonables de victoria, como á no dudarlo hubiera sucedido alguna vez que otra; y por último, que hubiera arriesgado grandes batallas únicamente cuando se le hubieran incorporado todas las reservas, cuando hubieran estado algun tanto formadas á ser posible, y cuando el patriotismo de Paris y de toda la Francia hubieran acumulado los medios de resistencia general. Una defensa juiciosa, aunque no tímida, que fatigara poco á poco á los ejércitos invasores, que hubiera traído probablemente la guerra á las mismas murallas de Paris, y tratar de desarrollar el poder de la nacion, era evidentemente en resúmen la verdadera estrategia francesa en esta coyuntura crítica, pero no desesperada.

Los acontecimientos mismos de la guerra indican que si se

hubiera seguido una conducta parecida, nunca hubiera firmado Francia el tratado de Franckfort. El objeto de los alemanes, es cosa bien sabida, era avanzar sobre Paris con la mayor presteza posible, porque creían que la capital no sufriría un sitio, y calculaban que por la superioridad del número podrían intentar sin riesgo este atrevido movimiento. Paris, sin embargo, hubiera podido ciertamente resistir al enemigo en cualesquiera circunstancias, y ha confesado el Estado Mayor alemán que si el ejército relativamente pequeño que Mac-Mahon reunió en el campamento de Chalons se hubiera empleado en defender á Paris, se hubiese hecho imposible el sitio y los proyectos de los alemanes hubieran quedado del todo frustrados. ¿Cuál, preguntamos nosotros, habria sido el resultado si en vez de ser casi destruidas las fuerzas de Francia, se hubieran retirado intactas de la frontera durante los primeros dias de Agosto? ¿Será decir demasiado que en este supuesto la guerra hubiera tomado un giro diferente y los invasores, ya metidos é internados en el país, podrían haber corrido peligros seguros y quizás grandes? Las operaciones de los franceses no solamente fueron opuestas á los principios sólidos, sino que á primera vista parecen tan extravagantes que literalmente están en pugna con la razon más simple. El ejército francés lanzado á la frontera quedó allí esparcido, desde Thionville á Belfort y separado por la cadena de los Vosgos, mientras que su enemigo se reunía completamente á su lado; y estuvo expuesto, en lugares donde á duras penas podia moverse, á un ataque de fuerza materialmente irresistible. No se hizo cambio alguno en esta falsa posicion hasta que los alemanes estuvieron sobre el Saar; y entónces, como acontece á menudo en casos tales, fracasó un precipitado esfuerzo para concentrarse, y los franceses quedaron cogidos justamente en las peores condiciones en que la campaña podia haberse inaugurado para ellos. Fué el resultado que en Woerth y Forbach, el insignificante y débil frente de Napoleon III quedó roto por dos terribles ataques; y Mac-Mahon fué derrotado y arrojado de la Alsacia, mientras que el resto del ejército del Rhin fué compelido á retirarse, sin su ala derecha, por la Lorena. Pudieron, sin embargo, repararse estas derrotas; porque, no obstante cuanto se ha dicho, la per-

secucion de los alemanes fué lenta y cauta; y las fuerzas de Francia pudieron todavía haberse reunido y haberse dirigido juntas detras del Mosela, y allí pudieron haber empezado otra vez la lucha, no sin esperanza si eran dirigidas con prudencia. Pero mientras que Mac-Mahon retrocedió á Chalons, la izquierda y el centro del ejército derrotado se detuvieron y tomaron otra vez la ofensiva, y cuando este esfuerzo fracasó, como no podia ménos de suceder, sus jefes todavía se fijaron en Metz y vacilaron en abandonar la Lorena. Esta ruinosa demora hizo posible que los alemanes cruzaran el Mosela delante de Bazaine y que interceptaran su retirada al Mosa; y siguieron las grandes batallas cerca de Metz, siendo el resultado que la flor y nata del poder militar de Francia fuese aniquilada despues de una severa resistencia y arrojada á la fortaleza por fuerzas superiores. Quedaba sólo el ejército de Mac-Mahon; y ninguna duda puede caber que debiera haberse retirado lo más pronto posible á la capital, verdadero punto de resistencia en lo sucesivo. El mariscal, sin embargo, como todo el mundo sabe, emprendió la desesperada marcha al Mosa, con la vana esperanza de libertar á Bazaine; esto es, empezó un movimiento ofensivo que le expuso á un ataque muy desastroso, y se metió entre las mismas garras de un enemigo engreido con las victorias y de fuerza muchísimo mayor. Innecesario es detenerse sobre el desastre que fué la consecuencia, porque en Europa entera tuvo resonancia su tremenda historia. El ejército francés, débil y mal organizado, y completamente inferior en número á su enemigo, fué hábilmente embarazado por una fuerza que le detenía, hasta que se vió atacado por retaguardia; y entónces, derrotado, destrozado y casi rendido, entró á la fuerza en Sedan y á la fuerza dió una batalla, que más bien fué una matanza que obligó á los restos de él á deponer las armas.

Por estos repentinos é inmensos reveses, quedaron fuera de juego en pocas semanas todas las fuerzas organizadas de Francia, tan completamente perdidas para ella como si se las hubiera tragado la tierra. La catástrofe de Hohenloe y Mack ya habian sido sobrepujadas; y ¡extraña ironía ó capricho de la suerte! eran las víctimas el sobrino de Napoleon I y el sucesor

moderno del Gran Ejército. Como ya hemos dicho, la dirección de los generales franceses parece, cuando por primera vez se examina, haber sido una tontería: y aún obteniendo la clave verdadera, preciso es declararla, después de todas las concesiones posibles, falta de recursos y vigor. Todavía cuando estaban los alemanes sobre el Saar, el ejército francés pudo haberse reunido más hábilmente de lo que realmente lo hizo; De Failly pudo haberse unido á Mac-Mahon en Woerth; Bazaine pudo haber enviado socorros á Frossard, y en uno y otro caso, las dos primeras derrotas de la campaña hubieran sido ménos terribles. Después de haber formado la decisión de retirarse de Metz, Bazaine no estuvo á la altura de su árdua tarea: perdió muchas horas en cruzar el Mosela; peleó en Borny contra sus propios intereses, y es posible que hubiera rechazado á los alemanes si hubiera obrado con verdadera energía en Mars-la-Tour. En la gran batalla de Gravelotte, también dejó de aprovechar más de una oportunidad: probablemente hubiera conservado la posición si hubiese enviado á tiempo la guardia imperial á reforzar su derecha comprometida; y en todas sus operaciones manifestó una timidez y una incapacidad para las grandes combinaciones que le acreditan de jefe inferior. En cuanto al calamitoso avance de Mac-Mahon desde Chalons, aún admitiendo el malísimo estado del ejército francés, el mariscal tiene mucha responsabilidad por la tardanza, y así dejó escapar la única probabilidad de éxito que presentaba empresa de tan mala estrella. De Failly, además, fué vergonzosamente sorprendido en los momentos de cruzar los franceses el Mosa; la batalla de Beaumont fué mal dirigida, y la retirada de Sedan un movimiento falso; y el perdido ejército, ó al ménos parte de él, pudo al parecer haberse escapado si hubiera tenido á la cabeza un gran general, y si desde luego se hubiera retirado sobre Mezieres en vez de provocar un encuentro sin esperanzas. Estos errores y estas faltas, sin duda, hicieron más grave la ruina que sobrevino á las armas francesas; pero la verdadera razón de parecer la estrategia francesa tan descuidada y de estar tan llena de faltas, hay que buscarla en otra parte; ni Napoleón III ni sus mariscales estaban tan desprovistos de sentido como comunmente se ha supuesto. La verdad lisa es que,

despues de Sedan, las sanas reglas militares se pusieron á un lado con la esperanza de alcanzar otros objetos, y como frecuentemente ha sucedido en casos análogos, las consecuencias fueron inmensas y decisivas. Napoleon III avanzó hácia la frontera, como los prusianos hicieron delante de Jena, en parte por la esperanza de agradar á la nacion y en parte por la de ganarse aliados á quienes atraeria, creía él, una ofensiva atrevida. Por la misma razon vaciló en tomar precauciones para la defensa hasta el último momento; y aunque conocia la superioridad numérica del enemigo, retardó, sin embargo, el retroceder desde luego. El deseo de recuperar el crédito del ejército imperial y de mitigar los terrores é indignacion de Paris, indujo á la débil tentativa de ataque en la Lorena, que se hizo aún despues de Woerth y Forbach, y motivos parecidos fueron el origen de las fatales irresoluciones y tardanzas en Metz, que colocaron á Bazaine en peligro tal desde el principio y que terminaron con la pérdida de dos grandes batallas y por encerrar dentro de una fortaleza, con poquísimas probabilidades de escape ó de socorro, á la gran masa de las fuerzas francesas. En cuanto á la ruinosa marcha hácia el Este fué emprendida y despues continuada solamente en deferencia á las exigencias de la capital; Napoleon III y el mismo Mac-Mahon protestaron contra ella en los términos más fuertes, y realmente, el miedo á la *revolucion en Paris*, empujó al mariscal francés á su desgracia de Sedan. De esta manera la direccion general de los ejércitos franceses y las grandes operaciones de que todo dependia, fueron determinadas, no por razones militares, sino por consideraciones las más veces incompatibles con éstas: y aquí es donde encontramos la verdadera causa de las tremendas equivocaciones y de la falsa direccion en los generales, demasiado difíciles de entender en un principio.

Esta subordinacion, por parte de los franceses, del arte de la guerra á los designios políticos, es uno de los rasgos más salientes de las primeras escenas de la lucha. Volviendo ahora á la estrategia de los jefes alemanes, la crítica que merece dista mucho de la ciega admiracion que vulgarmente se le ha tributado. La cualidad más elevada de un gran general en jefe es

hacer que la habilidad compense la falta de fuerza en un teatro extenso de operaciones, y arreglar sus planes, maniobrar y combatir de manera que un ejército de fuerza menor lleve la mejor parte contra otro superior en todo el curso de una campaña importante. Acaso posea Von Moltke este trascendental arte; pero como los ejércitos que mandó han superado inmensamente á sus enemigos en número, jamás ha tenido una ocasión en que demostrarlo; y no puede comparársele en este concepto con el general que en una roca cerca de Lisboa, hizo frente al poder de las tres cuartas partes de Europa, ó con el guerrero que, con unos pocos miles de hombres, hundió á la monarquía austriaca en el Adigio. Tampoco puede decirse que la estrategia alemana ha desplegado esa grandeza y esplendor de designios que distingue á algunas de las grandes concepciones de la guerra; ni que haya dado pruebas de esa percepción rápida, de esa constancia indomable, de ese dominio de las cosas, que han sido los atributos de algunos grandes jefes. No hubo movimiento alguno en la invasion de Francia tan hermoso como la marcha de los Alpes en 1800, las profundas combinaciones para encerrar á Ulm, las sorprendentes maniobras de 1814; ninguna de las batallas alemanas se señaló tanto por genio, fecundidad de recursos y precision de juicio, como Rivoli, Austerlitz y Salamanca. Es absurdo tambien suponer, como generalmente se ha hecho, que no tuvieron faltas las operaciones alemanas; como siempre sucede en asuntos militares—cuando es necesario obrar con un conocimiento imperfecto, y los proyectos mejor trazados se desbaratan algunas veces por accidentes de diversos géneros—aquellas tuvieron la debida proporcion de errores en los detalles, ahora que las estudiamos despues del suceso. El ataque en Woerth no estuvo bien dirigido, porque nunca debió Mac-Mahon haber tenido una sola probabilidad de triunfo contra un enemigo tres veces más fuerte; y el asalto de Kamecke en las alturas de Spicheren no tiene justificacion, en el sentido militar. Es extraordinario tambien que, despues de Woerth, escaparan Mac-Mahon y De Failly y hasta eludieran completamente á su enemigo; ni el movimiento de avance de los alemanes por la Lorena fué tan rápido que no dejara á los franceses

pasar el Mosela. Además, en Mars la Tour se dió á Bazaine una oportunidad de que pudo aprovecharse; y los ejércitos alemanes, al día siguiente, perdieron de vista incuestionablemente al mariscal francés, circunstancia que hizo que Gravelotte fuera ménos decisiva de lo que debió haber sido. A pesar de todo esto, sin embargo, los generales alemanes demostraron altísimas facultades en esta parte de la contienda, y excedieron á todo lo que nuestra generacion ha conocido. Von Moltke comprendió los verdaderos puntos para la invasion de Francia y al mismo tiempo para la defensa de Alemania; y la concentracion de los ejércitos alemanes en las provincias del Rhin, fué un hecho notable. En las primeras operaciones de la campaña tambien logró á fuerza de trabajo, con grandísima habilidad, un plan bien trazado y excelente; y aprovechó, con rara habilidad y energía, los extraordinarios errores de sus antagonistas. La vuelta para envolver á Bazaine atravesando el Mosela fué una maniobra digna de un gran general, y aunque hubo equivocaciones al llevarla á cabo, tuvo en su principal objeto un completo éxito. El destacar tambien al príncipe heredero de Sajonia, cuando Mac-Mahon habia levantado el campo de Chalons, á cubrir la derecha de la línea alemana y á impedir la tentativa de socorrer á Bazaine, da á entender juicio y precision notables; y la persecucion del mariscal más allá del Mosa, fué dirigida con perspicacia y vigor admirables. Los jefes alemanes, en una palabra, han demostrado que pueden hacer la guerra en la mayor escala, con dominio de su arte y éxito maravilloso; y prueba su estrategia una reflexion madura, verdadera ciencia militar y cuidadosa precision para las exigencias y peligros de la campaña. En un concepto, sin embargo, los planes alemanes en la guerra de 1870 estuvieron fundados en el error: el Estado Mayor aleman, como lo hemos visto, resolvió avanzar sobre Paris lo más pronto posible, creyendo que la capital sucumbiria en seguida; y esta equivocacion, como hemos tratado de demostrar, pudo haber costado cara á los atrevidos invasores, si el poder de Francia hubiera sido convenientemente empleado. Aún despues de Sedan, expuso á los conquistadores á peligros que no pudieron impedir ni ocultar, cuando Francia no tenia más

que levas rudas que oponer á inmensos ejércitos victoriosos.

La superioridad numérica de las huestes alemanas, la completamente errónea dirección de los generales franceses, y la capacidad y habilidad con que sus adversarios, por regla general, condujeron la guerra, explican suficientemente los tremendos desastres de Francia en la primera parte de su contienda. Es imposible, sin embargo, á nuestro juicio, la duda de que el ejército francés, aún sin contar su inferioridad numérica, era inferior como instrumento militar en algunos conceptos respecto al alemán su enemigo; y esta diferencia produjo sus efectos también, aunque fué considerablemente menor de lo que en general se ha supuesto. En ciertos puntos, los franceses tenían una ventaja real; sus armas pequeñas eran mucho mejores; tenían soldados más estrictamente profesionales, y sus oficiales subalternos eran más prácticos y más experimentados en los deberes militares. Es ocioso también poner en tela de juicio la bravura de los franceses en 1870 ó atribuir los resultados de la guerra á la *natural superioridad* de la raza teutónica. El heroísmo del ejército derrotado en Gravelotte y Woerth supera á todo elogio, y los hombres que triunfaron en Sedan y Forbach eran los hijos de aquellos que, desde Valmy á Ligny, habían sido casi siempre batidos por franceses. Además también se ha hablado mucho sobre «la excelencia no sobrepujada» de los soldados alemanes; su mérito ha sido indebidamente exagerado, y los defectos que en ellos pudieron observarse han sido olvidados y se ha prescindido de ellos. La firmeza, por ejemplo, la estricta disciplina, la solidez y el poder de fuego que en 1870 fueron tan admirados, estaban contrarrestados por algunas faltas; y á pesar de todo lo que hemos oído, las marchas hechas por las masas alemanas rara vez fueron rápidas ni bajo ningún concepto sorprendentes. Los observadores atentos, vieron también puntos débiles en el sistema militar de Prusia, aún en medio del esplendor de su triunfo: los soldados bisoños que componían la primera línea alemana, sufrieron mucho más de lo que comunmente se cree por el cansancio y los efectos de las privaciones, y sus pérdidas de esta clase hubieran sido prodigiosas si los franceses hubiesen hecho una defensa bien ordenada. A pesar de todo, el

ejército francés de 1870 era, en general, ménos bueno que el alemán, ménos digno de confianza y eficiente en el campo. Francia se habia dormido muchos años sobre sus laureles: habia sufrido los efectos del lujo y de los cambios y pasiones revolucionarios; Alemania se habia estado preparando mucho tiempo para la guerra, no estaba enervada por la riqueza ó por el renombre y sí mas firmemente gobernada que su rival, y estas circunstancias—áun prescindiendo de las organizaciones militares de los dos países—se echaron de ver en los dos ejércitos en cuantas ocasiones pudieron ser imparcialmente comparados. El ejército de Francia en 1870 era en gran parte una fuerza mercenaria sin un fuerte sentimiento patriótico: aunque habia en él muchos soldados veteranos, contenia asímismo una inmensa mezcla de hombres mal instruidos é ignorantes; dejaba mucho que desear en cuanto á estricta disciplina y sentimiento del deber tranquilo y bien regulado. Su táctica era tambien mala ó anticuada; no poseian sus jefes el secreto de dar siempre el mejor empleo á las tres armas, y de poner en juego los movimientos modernos: la infantería estaba imperfectamente instruida; la caballería habia olvidado sus más importantes funciones como fuerza para descubiertas y exploraciones, y creia que podia pelear como en los tiempos de Brown Bess: la artillería tenia un material inferior y el servicio del Estado Mayor distaba mucho de ser lo que se necesitaba. Un ejército semejante, aunque era bravo y orgulloso, carecia de fuerza moral y cohesion y estaba expuesto á ser vencido en las maniobras y sorprendido; y estos defectos fueron visibles en la mayor parte de las batallas desde Forbach y Woerth hasta Gravelotte y Sedan. El ejército alemán, por otra parte, aunque con elementos débiles que le son propios, era realmente la nacion armada: su espíritu era elevado y su instruccion excelente; y los soldados, aunque por lo general jóvenes, estaban mejor disciplinados, eran más iguales en fuerza, más firmes como conjunto, que las mal compactas filas de sus contrarios. En 1870, ademas, la táctica alemana era sin disputa mejor que la francesa: cada arma tenia el empleo que mejores efectos habia de producir, y la superioridad en este concepto que hace setenta años estaba toda de parte del ejército francés, en la última

guerra la tenían sus enemigos. El Estado Mayor alemán parece haber sobrepujado al francés en 1870 en todos conceptos; y en general no cabe duda de que division por division y cuerpo por cuerpo, el ejército alemán se llevaba la palma, aunque, repetimos, que la diferencia no era tanta como han dicho las gentes superficiales.

De Sedan, volvemos á la segunda fase de la guerra, la agonia y derrota definitiva de Francia. El hecho más prominente en esta lucha á muerte, fué la energía desplegada por el pueblo francés, y, en nuestra opinion, no se ha hecho la justicia que merecen á sus nobles esfuerzos. Si tenemos presente en qué condiciones se empeñó la terriblemente desigual contienda; con qué constancia se peleó hasta lo último; y cómo Europa, que en un principio habia creído vana la posibilidad de la resistencia, vió sus cálculos aniquilados, debemos admitir que la historia nos enseña pocos ejemplos parecidos de una defensa nacional. Despues de Sedan, estaba Francia sin ejército: la recorria medio millon de hombres en el más alto estado de poder militar: nada tenia que oponer á esta fuerza colosal sino reclutas jóvenes y unas pocas plazas fuertes; estaba destruida por horrorosos reveses, y sólo Paris, por el momento, poseia los medios de detener siquiera el progreso del invasor. Sin embargo, la capital y la nacion no vacilaron, y con un valor que es más que compensacion cumplida á la debilidad que Francia habia desplegado, aceptaron las terribles probabilidades en su contra y se esforzaron preparándose para un conflicto mortal. Tampoco fueron sus esfuerzos, ni los resultados de éstos, indignos de su heróica resolucion aunque condenados generalmente al principio como mera vanidad temeraria. Es fácil ridiculizar todo lo que fué grotesco é infortunado en la defensa de Paris, burlarse de una poblacion que juega á los soldados, tener en poco la excitabilidad de los parisienses, insistir en las faltas de todas clases, y graves errores militares que indudablemente se cometieron; no se hizo todo lo que pudo hacerse con los inmensos recursos y posicion favorable de la ciudad sitiada; y los crímenes, las locuras y los horrores de la Commune, desacreditan lo que ántes allí acaeció. La defensa hecha por Paris, fué, sin embargo admirable, y su

actitud sorprendió al mundo civilizado. Una capital vasta, lujosa y refinada, centro de placeres y de ardientes pasiones, vió casi sin un murmullo sujeta su vida libre por un gobierno militar sin limitaciones; se resignó al aislamiento completo; sufrió meses de necesidad con severa y callada paciencia; no la espantaron los temores y peligros de la guerra, y únicamente se rindió al *Hambre* cuando este inhumano destructor habia extendido su fatal influencia en todos sentidos y de todas maneras. Durante todo este tiempo, los ciudadanos prodigaron sus riquezas y trabajos en acudir á la defensa; sus esfuerzos, si muchas veces mal dirigidos, no fueron por esto ménos grandes y desinteresados, y merced á ellos, se armaron cientos de miles de hombres, á los cuales se dió instruccion y equipo en pocos meses: fueron reparadas las fortificaciones y obras de la plaza que se extendieron como por magia; y si las tentativas de romper el sitio resultaron inútiles, á precio terrible fueron rechazadas y alarmaron y molestaron sériamente á los sitiadores. La nacion tampoco dejó de responder al impulso iniciado por la desafiadora capital. Llámese como quiera, desesperacion ó efectos de la tiranía, Francia se levantó en armas como un solo hombre; jóvenes y viejos corrieron en masa á alistarse bajo las banderas, y áun cuando apenas existia un gobierno regular y parecia ser desesperada la contienda, pocos dejaron de responder á lo que el deber les exigia. A los tres meses de la capitulacion de Sedan, tenia Francia cuatro cuerpos organizados en campaña, no enteramente indignos del nombre de ejércitos; y si contamos á los defensores de Paris, reunia en verdad cerca de un millon de hombres armados, despues de la ruina de todas sus fuerzas regulares, resultado que no tiene ejemplo alguno en los anales de la guerra.

No dejaron de dar su fruto estos gigantescos esfuerzos, áun cuando no evitaran el fatal desenlace. La imprevista resistencia de Paris detuvo la abrumadora corriente de invasion, ganó tiempo para que la nacion demostrara de alguna manera su prodigiosa fuerza innata y con los esfuerzos de los alistamientos provinciales colocó más de una vez en peligro al enemigo. El sitio de Paris, hoy ya es sabido, hubiera tenido que abandonarse á no ser por la rendicion de Metz—episodio que sos-

pechamos fué efecto de una traicion vergonzosa—con resultados que nadie es capaz de decir; y dos veces cuando ménos faltó poco al ejército del Loira para alcanzar importantes triunfos. Von Moltke, admitió que hasta la rendicion de la capital no estuvieron seguros los ejércitos alemanes; y esto es evidente, si reflexionamos que habian marchado con precipitacion al corazon de Francia, y que, con sus comunicaciones expuestas á un ataque y una cadena de fortalezas á su retaguardia, estuvieron expuestos por espacio de meses, en una posicion arriesgada, á un fiero y tremendo alzamiento nacional. Tampoco, aunque Francia sucumbió, fueron vanas sus luchas, aun para el más reducido criterio militar—y aparte la cuestion del honor nacional—ya lo pensarian detenidamente los alemanes ántes de invadir otra vez un país que, cuando ya todo parecia perdido, impuso á los conquistadores terribles trabajos.

En esta crisis, sin embargo, faltó á Francia, entre otras muchas cosas, una direccion superior. Ciertamente que los movimientos de los nuevos reclutas, si exceptuamos la desgraciada expedicion de Bourbaki, no fueron tan contrarios á las reglas militares, como habian sido los del ejército imperial, y mucho hay que dispensar por faltas cometidas en coyuntura tan grave y tan de prueba. La carencia, sin embargo, de un plan madurado, de la unidad de esfuerzo, del genio de mando, se echó de ver en general en las operaciones francesas; y aunque ésto pueda no haber decidido el desenlace, contribuyó á él en grado no insignificante por cierto. La defensa de Paris, estuvo marcada por mucha indecision y debilidad, y á haber aparecido un verdadero caudillo, quizás la ciudad no hubiera sucumbido. Trochu, en vez de dominar los sucesos, no hizo más que seguirlos; dejó que sus proyectos quedaran reducidos á la nada por ignorantes y presuntuosos esciolos; repetidamente cedió, con débil complacencia, á las demandas de una caterva de turbulentos demagogos, y las consecuencias fueron desastrosas en extremo. Más de una vez dió eficazmente su consentimiento á operaciones militares, sabiendo muy bien que habian de fracasar; se dejó persuadir á la fuerza para abandonar el plan que habia concebido con objeto de levantar el sitio; y sus medidas, con respecto á la Guardia nacional, disminu-

yeron considerablemente el valor y número de las fuerzas utilizables para la defensa. Tampoco manifestó nunca habilidad de un orden muy elevado para oponerse al enemigo; no hay duda de que se desplegó una inmensa industria, sobre todo en hacer fuertes las fortalezas de la línea; pero la sucesión de colinas exteriores que rodean á Paris, barreras naturales suyas en el día de hoy, se abandonaron sin disparar un tiro; jamás se hizo un esfuerzo bien sostenido para forzar el sitio por medio de contra-aproches. Las salidas, además, no fueron bien efectuadas, y cuando ménos en una ocasión, un ataque más atrevido hubiera podido forzar las líneas alemanas y tener seguramente en parte, un buen éxito. En cuanto á las operaciones de los ejércitos en el campo, admitiendo de lleno su inferior calidad, fueron con demasiada frecuencia temerarias, incoherentes y faltas de objeto alguno. Como ya hemos dicho, la marcha de Bourbaki al Este, no puede justificarse de modo alguno; fué un movimiento extravagante y casi sin esperanzas, y terminó en una catástrofe horrenda. D'Aurelle, también perdió una buena oportunidad, y, aunque buen organizador, fué un jefe temido, y la perspectiva de éxito cuando avanzó desde Orleans, fué en gran parte desconcertada y manchada por la inexperiencia y entrometimiento de Gambetta. Chanzy, como general, forma, sin embargo, una señalada excepcion en esta lista de errores. La campaña en el Loira de este distinguido soldado, fué una muestra verdadera de habilidad militar: y su delicada estrategia defensiva, que molestó á los alemanes y los debilitó más de lo que á ellos les importaba confesar, hizo ver lo que podia aún llevar á cabo un verdadero jefe. Pero independientemente de las faltas en detalle, hay razones para dudar de si el plan general para la defensa de Francia, tal cual parece haber sido, no estaba fundado en un principio equivocado; cuando ménos parece dejar flanco á graves objeciones.

El plan lo dejaba todo pendiente del sitio de Paris; la capital estaba llena de masas armadas, en las cuales se esperaba para romper la línea de los sitiadores, y los esfuerzos de los alistamientos provinciales tenían siempre á la vista el socorrer á la ciudad. Una ofensiva continúa contra un enemigo de enorme fuerza y entusiasmado con el triunfo, y además en las

peores condiciones, era por tanto la idea principal del plan, y esto, en el estado á que las cosas habian llegado, no era probablemente la conducta más conveniente de seguir. Debiera de haber sido el gran objetivo prolongar la lucha y atender á la defensa, y con este objeto hubiera debido dejarse en Paris solamente una guarnicion de bastante importancia, y haber reunido, instruido y formado económicamente en ciertos puntos las fuerzas de Francia, de modo que cuando al fin hubiese caido la ciudad, pudiera haber habido medios de seguir la lucha y de sostener una guerra nacional general. De esta manera, el poder militar del país no se hubiera malgastado en un juego desesperado, la pérdida de la capital no hubiese sido causa de la sumision final del pueblo francés, y posible es que el enemigo, convencido de que tenia aún que subyugar á un pueblo con las armas en la mano, hubiese firmado una paz honrosa. Hay que tener en cuenta ademas, que Francia no hizo uso de su superioridad por mar en este período de la guerra, y que si sus escuadras hubiesen lanzado una gran fuerza desde las costas septentrionales sobre las comunicaciones de su adversario, pudiera el resultado haber sido importantísimo, y es extraño que nada se intentara en este sentido.

En cuanto á la estrategia de los generales alemanes, se presenta ménos excelente en esta fase de la guerra que en la primera parte de la campaña. Los aristocráticos nobles de Prusia, ignorando la fuerza del sentimiento popular y del profundo y ardiente sentimiento nacional—verdadero defecto en sus planes militares,—creyeron, hemos dicho, que Paris se rendiria en cuanto sufrieran una derrota los ejércitos franceses, y, como ya hemos indicado, este error capital, que afectó á su plan general de invasion, pudo haberles costado caro, si la guerra hubiera estado dirigida por parte de los franceses con buen sentido desde el principio. Despues del abrumador desastre de Sedan, juzgaron que poco quedaba por hacer, y dirigieron desde luego sus colosales ejércitos sobre Paris, sin tener en cuenta el hecho de que no habian dejado seguras y completas sus comunicaciones, y que habian dejado detrás numerosas fortalezas que, en gran parte, impedian sus movimientos. Cuando, en contra de lo que esperaban, rehusó ren-

dirse la gran ciudad, esta falta de cálculo tuvo resultados de bulto á pesar de lo caído que estaba su derrotado enemigo. Se hizo necesario mandar grandes destacamentos del ejército sitiador para procurarse provisiones y para mantener abiertos los caminos al Este; y para asegurar la base del invasor fueron sitiadas y tomadas varias plazas fuertes á costa de muchos hombres y de un material inmenso. Como consecuencia inevitable todo el plan de los generales alemanes quedó más ó menos burlado; el asedio de Paris fué mantenido muy débilmente; hubo que llamar reservas de Alemania, y se le dió á Francia un corto tiempo de respiro para prepararse á la renovacion de la lucha. En Noviembre de 1870 vió el mundo con asombro que la gran hueste que habia triunfado en Sedan se extendia alrededor de Paris en una arriesgada posicion y tomando en realidad una actitud defensiva, y hubo grandes temores en Versalles cuando D'Aurelle, despues de su triunfo en Coulmiers, pareció por un momento amenazar avanzar desde Orleans. Seis semanas despues todavía, los hechos de Chanzy causaron seria alarma en el campamento aleman, y obligaron á que se hicieran nuevos reclutamientos en Alemania; y, como ya hemos dicho, si Metz no hubiera caído en el momento más crítico, para valernos de la frase de un jefe aleman, el sitio de la capital hubiera fallido.

Todo esto hizo que las operaciones alemanas fueran relativamente vacilantes é inciertas durante algun tiempo, ni puede tampoco decirse que no tuvieran errores de detalle muy palpables. El sitiar á Paris fué un hecho asombroso; y todavía más admirable fué el sistema militar por el cual fueron alimentados y provistos los sitiadores por espacio de algunos meses en el corazon de Francia y en lo más crudo del invierno. Pero generalmente se ha admitido que el sitio de la ciudad fué muy débilmente dirigido. Difícil es entender por qué no se hizo más pronto una tentativa para atacar y reducir los fuertes, y por qué los ejércitos alemanes permanecieron tanto tiempo inactivos rodeando la ciudad. Las obras ofensivas de los ingenieros alemanes no estaban, segun parece, bien construidas, y el bombardeo fué un ignominioso fracaso. Tambien en el campo se cometieron errores. Von der Tann escapó difícil-

mente de la ruina: si Chanzy hubiera estado en el lugar de D'Aurelle, el gran duque de Mecklemburg pudiera haber tenido motivo para lamentar su mal meditada marcha al Oeste, que abrió realmente el camino de Paris; y por alguna razon desconocida no se descubrió el movimiento de Bourbaki en mucho tiempo. A pesar de todo esto, la estrategia alemana hizo ver una decision, una fijeza de fines, una precision, una fuerza, que es imposible encontrar en la de los franceses, y considerada en conjunto, fué delicada y hábil. Cuando los efectos del mal cálculo respecto á Paris habian desaparecido por el rápido aumento de las fuerzas militares de los invasores, hubo pocas faltas, al ménos en el campo, y las operaciones contra las masas de reclutas que avanzaban á socorrer á la capital fueron en general admirables en el más alto grado. Se sacaron tropas del sitio y se le añadieron en los momentos precisos de una manera maestra; se enviaron destacamentos contra Faidherbe y Chanzy con extraordinarios juicio y arte, y últimamente, todos los esfuerzos del enemigo fueron postrados, paralizados y reducidos á la nada. El ejemplo más notable, sin embargo, de la direccion de los generales alemanes en esta coyuntura fué la marcha contra el ejército de Bourbaki al Este, y el lanzarle al otro lado de la frontera francesa: esto basta para demostrar que Von Moltke posee la capacidad de un gran general en jefe.

En esta segunda fase de la guerra, sin embargo, la principal diferencia entre las naciones contendientes, estriba en la calidad de los ejércitos respectivos. Las tropas alemanas sufrieron mucho incuestionablemente; no faltaron señales, conforme procedia la campaña, de que los recursos de Alemania estaban gravemente violentados, y la suficiencia de las huestes alemanas disminuyó evidentemente no poco. Cuántas fueron las pérdidas de los invasores puede conjeturarse del hecho de que el primer cuerpo bávaro, al principio, de 30.000 hombres y reforzado por contingentes que llegaron de la patria, habia disminuido en número hasta 6.000 despues de la batalla de Chanzy en el Loira; y la gran salida de 30 de Noviembre costó á los sajones casi una cuarta parte de su gente. Con todo, el sistema aleman probó estar á la altura de las circunstancias: las pérdidas de la guerra fueron cubiertas con exceso por nue-

vas llamadas á las reservas nacionales. Cuando cayó París, pisaban el suelo de Francia triunfantes 700.000 invasores, los cuales, distinguiéndose en esto de los jóvenes reclutas franceses, eran en su mayor parte soldados hechos é instruidos, que encontraron con abundancia cuanto necesitaron. Debe de observarse además que la falta de simpatía entre la landwehr y el ejército regular, manantial de debilidad en las fuerzas de Prusia, no llegó á verse en 1870; tal fué el impulso de los repetidos triunfos: y en resúmen, la invasion, al fin, se asemejó á la incursion de una de aquellas gigantescas hordas que más de una vez derribaron el poder de Roma, con la única diferencia, de que los que atacaban poseían la ventaja de civilizacion y ciencia, y direccion, instruccion y disciplina superiores. Compárese con esta terrible ostentacion de fuerza la calidad de los nuevos ejércitos franceses, y, ¿podemos asombrarnos del término que tuvo el conflicto? Hemos visto que Francia levantó cerca de un millon de hombres; pero en su gran mayoría eran reclutas no formados, y las organizaciones de ellos compuestas, tenían todos los defectos de las creaciones precipitadas. Debido en gran parte á las faltas de Trochu, como jefe, el número en Paris de lo que puede llamarse tropas—esto es, de hombres capaces de pelear fuera de murallas—no excedió nunca, segun parece, de 150.000 hombres, y éstos, á no dudarlo, dieron con frecuencia pruebas de brillante valor y noble lealtad. Pero á la gran mayoría de la guardia móvil se dejó demasiada licencia para convertirla en soldados; la guardia nacional desde el principio hasta el fin fué de muy poca utilidad militar, y áun perjudicial, por cuanto absorbía hombres que de otro modo hubieran podido prestar buenos servicios, y de esta manera hay que hacer una inmensa deduccion de la fuerza efectiva de las multitudes armadas que defendieron á Paris. Los reclutas en el campo eran fuerza mucho más efectiva: probablemente ascendian á 500.000 hombres, y sólo el que llegaron á regimentarse es admirable prueba de lo que pudo hacer la energía de Francia. Pero estos cuerpos de bisoños no podian sufrir el choque de ejércitos bien ordenados, y usualmente no pudieron haberse las con éxito contra sus firmemente compactos é instruidos antagonistas. No es que estos jóvenes evitaran el peligro y el

pelear; á menudo desplegaron un valor heróico, y algunas de las batallas sobre el Loira; fueron reñidas con notable vigor. Pero no podian soportar las fatigas de la guerra; no poseian la fuerte cohesion que es propia de una fuerza bien organizada; tenian malos oficiales y escasas provisiones; sus movimientos eran inconstantes y pesados, y como consecuencia, eran deficientes militarmente hablando, y se disolvieron y fracasaron sometidos á prolongadas pruebas. Es, sin embargo, un error completo suponer que los jóvenes reclutas franceses de 1870 y 71 eran inferiores á los de 1793 y 94; unos y otros desplegaron las mismísimas cualidades, pero hubo la diferencia de que en 1793 y 94 el ejército de la antigua monarquía de Francia dió consistencia á lo que era informe y débil, y que este elemento faltó en 1870 y 71; y todavía más, que no puede haber verdadera comparacion entre la imbecilidad de la liga á las órdenes de Coburgo, y la energía y poder de la última invasion alemana.

Tales fueron los hechos, á grandes rasgos, de la guerra de 1870, ¿qué deducciones generales sacaremos de ellos? Los acontecimientos de la contienda fueron sin duda notabilísimos y sin paralelos en esta generacion, aunque apenas sobrepujan á los de la campaña de Jena, de la retirada de Moscow y de la lucha de 1875. Pierden, sin embargo, cuando se examinan con calma, el carácter maravilloso y transcendente que tienen á los ojos de los que precipitadamente los observan; y aunque dan enseñanza nueva é importante, no forman, por decirlo así, el punto de partida en adelante de la ciencia militar. Todo lo que se ha dicho ademas sobre la evidente decadencia é inferioridad de los franceses como raza, puede desecharse como indigno de reparar en ello; y ni fueron los generales franceses meros mentecatos atolondrados, ni los jefes alemanes infalibles en el mando y superiores á todos los maestros anteriores de la guerra. No son en manera alguna de un género extraordinario las más conspicuas verdades que hay que aprender del exámen atento de todo lo que ocurrió, y simplemente coinciden con lo ya sabido anteriormente. Una nacion preparada del todo para la guerra derrotará á otra que no lo esté: un sistema militar que funciona bien será superior á aquel que lo hace mal;

grandes ejércitos mejor disciplinados y conducidos pueden aniquilar á los pequeños y de mala instrucción; da las más veces malos resultados sacrificar los fines militares á los objetos políticos; los reclutas bisoños no pueden tener el valer de las tropas bien formadas y veteranas: estos son los grandes fenómenos de la poderosa lucha, y ellos se repiten, con más ó ménos claridad, en todos los conflictos importantes, desde los dias de Anibal á los de Napoleon. Ni aceptamos tampoco sin reserva ni calificación de alguna clase, ciertos descubrimientos militares, que así los llaman, que se suponen indicados por la última campaña. Las guerras, se afirma ahora, tienen que ser asunto de pocos meses, porque el poder y recursos de los Estados modernos ponen en campaña enormes masas; éstas pueden moverse con extrema rapidez á los puntos más importantes del teatro, y, por consiguiente, decidirán con prontitud la contienda. No dudamos de que alguna verdad hay en esto; probablemente no volverá Europa á ser testigo de la agonía de una guerra de treinta años; pero, ¿no es, y con mucho, demasiado absoluta la conclusion antecedente, y no está fundada en una somera opinion sobre los recientes triunfos alemanes? Si la organizacion militar y la fuerza efectiva de dos naciones son próximamente iguales, el hecho de que sus ejércitos sean más grandes y puedan moverse más pronto de lo que era posible hace cincuenta ó sesenta años, no prueba de modo alguno que necesariamente una guerra entre ellas haya de concluir en un tiempo breve; estando equilibrados los antagonistas podrian prolongar la guerra años y años, y en ese caso, la bolsa más repleta, ahora, como en todos tiempos, obtendria el triunfo. La verdad es que la guerra de 1870 y la de 1866 fueron cortas simplemente porque los vencedores eran infinitamente más fuertes que los vencidos, no porque las fuerzas empeñadas fueran inmensas; y cuando ha ocurrido una desigualdad como esta, ha sido muchas veces corta la lucha, y sirvan de ejemplo las campañas de Jena y Waterloo, aún siendo los ejércitos contendientes relativamente pequeños. Se ha dicho además que la reciente experiencia demuestra que una atrevida y rápida ofensiva es hoy de más efecto que nunca en la guerra; que ya pasó el tiempo de las guerras á la defen-

siva, y que una estrategia defensiva paciente y científica nunca conseguirá otra vez lo que en un tiempo lograra. Aquí también quizás hay un grano de verdad; pero la impresión general no está justificada por completo ni mucho menos, por la guerra de 1870. Los alemanes estuvieron en disposición de invadir á Francia con más presteza de lo que anteriormente era posible; pero la principal razón para que su triunfo fuera tan grande fué que era inmensa su superioridad de fuerza, y que el enemigo se metía siempre entre sus garras; y nadie hay que pruebe que si Francia hubiera sido igual en fuerza, ó si hubiera hecho solamente un buen uso de sus ejércitos, hubiera sido vencida, quedándose á la defensiva; más aún, hay razones para creer lo contrario. Debe además de recordarse que, si la estrategia ofensiva puede ser más terrible hoy que en otros tiempos, también puede ser muchísimo más peligrosa: un invasor puede rápidamente llegar al mismo corazón de un país, apoderándose de las líneas principales de sus caminos de hierro; pero mal lo ha de pasar si su enemigo se hace dueño de estos vitales aunque delicados medios de transporte, de los cuales tiene que depender para todo el ejército que avanza. Posible es también que el aumento considerable de fuerza que la defensiva ha adquirido en el campo de batalla y en la táctica por cambios recientes en las armas portátiles, pueda compensar, y en medida grandísima, lo que en estrategia haya ganado la ofensiva; y un cauto investigador acaso decida que la cuestión dista mucho de estar resuelta todavía.

La guerra de 1870, sin embargo, enseña nuevas é importantes lecciones. La más notable entre ellas, quizá es la manifestación en amplísima escala del poder del sistema militar alemán y del buen resultado con que puede combinar ejércitos y enviarlos listos del todo al campo de batalla. Estos distintivos ciertamente no habían pasado desapercibidos para los verdaderos maestros de la ciencia de la guerra; un notable pasaje de las obras de Napoleón prueba que él meditaba para las fuerzas de Francia una organización parecida en lo principal á la que después ha perfeccionado Prusia; y el mariscal Marmont claramente predijo que las instituciones de Prusia producirían ejércitos de formidable fuerza y rápidamente movilizados. La

verdad, sin embargo, no fué puesta en claro ante Europa hasta la última invasion de Francia, y la impresion que hizo resalta del hecho de que todos los grandes poderes continentales han más ó ménos adoptado el sistema aleman en la constitucion y arreglo de su poder militar, y que la misma Inglaterra en sus últimas reformas del ejército ha tomado algo de Prusia. Es á mi juicio imposible negar que la organizacion de Alemania para la guerra es en teoría de rarísima excelencia; y ha visto el mundo cómo en ciertas circunstancias puede alistar ejércitos verdaderos y bien armados y puede *movilizarlos* con celeridad extremada. El principio de que con unas cuantas excepciones determinadas toda la poblacion masculina de un Estado está obligada cuando se la llama á tomar las armas, tiene á la fuerza, aplicado realmente, que hacer gigantesca la fuerza militar de una nacion durante algun tiempo cuando ménos; de esta manera fué como en 1793 puso Francia en pié de guerra sus *catorce ejércitos*, y poseia entónces más hombres en sus listas que la coalicion formada en su contra. Así tambien el principio de que un sistema local es el que mejor se adapta á los asuntos militares, de que cada division del Estado posea los elementos de una fuerza completa y de que las tropas se organicen en ellos en grupos separados y con sus reservas prontas, tiende de un modo evidente á asegurar la sencillez y celeridad en la movilizacion para campaña; y ya hemos visto que en 1870 fueron los resultados sorprendentes en el más alto grado. Pero si la adopcion de estas reglas parece haber hecho recientemente á Alemania todopoderosa, no se sigue de aquí, aún en su caso, que otra vez volveria á suceder lo mismo, y todavía ménos que obren sábiamente otras naciones al tratar de imitar su sistema propio. Cualquiera cosa que se parezca al servicio militar universal, á no ser bajo un fuerte impulso nacional—buena prueba la conscripcion en Francia—se convierte en último resultado en cosa casi imposible en un estado civilizado y progresivo; es enorme y molesta carga para los recursos de la comunidad más poderosa y va acompañado de graves peligros, quizá fatales en el caso de una nacion que no esté bien unida y sí expuesta á choques y cambios revolucionarios. Sin hablar de Inglaterra, donde, innecesario es de-

cirlo, tal exigencia hecha al pueblo no sería tolerada, indican estos hechos que lo que constituye la primera condición de la organización militar de Alemania no durará mucho probablemente, y sólo el tiempo probará si á la postre no resultará institución de malos efectos en muchos de los países en los cuales se ha establecido. Además, el local sistema militar de Alemania ha funcionado admirablemente con buenos jefes locales, y bajo una vigorosa y hábil dirección central ha realizado grandes cosas cuando la nación alemana en masa desde el Dniemen hasta el Rhin estaba animada de un fuerte propósito común y movida por una pasión que se extendía en todas direcciones, y ha obtenido un éxito perfecto en campañas cortas en las que los ejércitos alemanes han marchado siempre á la victoria. ¿Pero qué hubiera sido si como pudo suceder, las autoridades locales en diversas provincias hubiesen abusado de los grandes poderes á ellas encomendados, y el gobierno central hubiese sido débil ó corrompido; si el descontento local hubiese prevalecido en grandes extensiones, y Posen, por ejemplo, se hubiera levantado en revolución, ó Baviera y Baden hubieran peleado con Prusia, ó finalmente, si hubiesen encontrado los alemanes enormes desastres y tres ó cuatro de los contingentes provinciales hubieran sido aniquilados ó grandemente mermados sus números? En estos casos ¿hubiera sido la movilización de Alemania tan rápida como fué? ¿Hubiera visto el mundo el asombroso espectáculo de una nación que empuña las armas como un solo hombre y que marcha al campo con insólita presteza? ¿Habrían las localidades, privadas de la flor de su juventud, cubierto con prontitud los huecos de los ejércitos, especialmente cuando por decirlo así, no fueran éstos en la misma proporción general en todos, y hubiera distritos que no tuvieran que contribuir? Estas consideraciones tenderían á hacer ver que aun siendo grande en teoría el sistema alemán, no es probable que resulte permanente en ninguna parte, que su éxito ó fracaso depende de condiciones que le son ajenas y que deben de ser tenidas en cuenta, y que ni en Alemania ni en otro país alguno producirá necesariamente las consecuencias inmensas que en globo se le han atribuido. Grandes son sin duda sus excelencias; pero hay contra él

graves objeciones, y que triunfara en 1870 no fué debido solamente á sus méritos reales, sino á una singular combinacion de circunstancias que no es probable ni mucho ménos que vuelvan á presentarse.

En la estrategia sugiere la guerra reflexiones que tambien merecen ser pesadas y tratadas. Los grandes principios del arte permanecen indudablemente los que siempre fueron; y ahora, como hasta aquí, tiene que ser el objeto del general en jefe de un ejército operar sobre los puntos decisivos del teatro, atacar la parte más vulnerable del enemigo, disponer sus fuerzas de modo tal que sean superiores en número y fuerza en el dia de batalla. Podemos tambien pasar por la infundada asercion de que Alemania ha descubierto una nueva estrategia, ó de que el sistema de vastos ataques concéntricos es el verdadero secreto del triunfo aleman; esta es la equivocacion de los que no pueden comprender que las mismas verdades tengan aspectos diversos. A pesar de esto, los métodos por los cuales la estrategia alcanza sus fines pueden haberse alterado algun tanto; las formas en que exhibe sus facultades pueden variar de lo que anteriormente han sido. El aumento en el tamaño de los ejércitos modernos y la multiplicacion de caminos y ferro-carriles hacen posible, más todavía, hacen forzoso para los generales moverse en líneas más numerosas que en otros tiempos; y el telégrafo de campaña evita de algun modo el peligro de operar desde puntos distantes y con masas divididas contra un enemigo unido. Los ejércitos están hoy más separados de lo que ántes se juzgaba prudente; y parece cada vez más que consisten las grandes maniobras en extensos movimientos de flanqueo, en los cuales se coge y se derrota al adversario, entre enemigos que de todos lados se agolpan contra él. La importancia de las líneas interiores, esto es, de una posicion desde la cual un general puede alcanzar y batir á su enemigo, mientras éste está dividido, manteniendo toda su fuerza bien reunida, quizás no es lo que en un tiempo fué: la campaña de 1870 nada tuvo como lo que Napoleon realizó en 1796, contra Beaulieu, Alvinczy y Wurmser, ó en 1814 contra Blücher y Schwartzenberg. Estos cambios, sin embargo, bien pueden ser ménos decisivos de lo que al principio apa-

recen, y ántes de 1870 eran, cuando ménos, prefigurados. Si no hubieran sido superiores, con mucho, en fuerza, probablemente los alemanes no hubieran confiado tan completamente en los grandes movimientos de flaqueo; y queda por ver si podrán tener éxito tentativas de esta clase contra un jefe determinado completamente igual á su adversario en fuerza. Tampoco son una novedad, ni mucho ménos, los grandes movimientos envolventes: ¿qué otra cosa fué la célebre marcha sobre Ulm, ó la série de maniobras que llevaron á Jena? ¿Por qué otros medios, en un centenar de casos, se han alcanzado las comunicaciones de un enemigo? Todo lo que puede decirse es que, en la guerra moderna, parecen hacerse cada vez más frecuentes, y que en 1870 fueron inmensos sus resultados. En cuanto á las líneas interiores, es más difícil mover con rapidez contra el enemigo dividido una masa grande que una pequeña; y siendo los ejércitos lo que hoy son, la ventaja peculiar de esta posición puede hasta cierto punto haberse disminuido. Si, no obstante, comparamos la campaña de 1813 con las de 1796 y 1814, vemos que tampoco esto es verdad nueva; las maniobras de Napoleon en las llanuras de Sajonia con 250.000 hombres contra 400.000 fueron infinitamente ménos precisas y de peor resultado que cuando con 40.000 ó 50.000 hombres venció en Rívoli ó Montmirail. Sin embargo, el valor de las líneas interiores es aún importante en alto grado, como lo demuestra la misma guerra de 1870: consistió en parte, en que los alemanes tuvieron esta posición sobre la frontera de Francia, que sus primeras operaciones fueran tan decisivas; y los movimientos de Von Moltke contra los ejércitos que se apresuraban á socorrer á Paris demuestran qué uso puede hacerse de las líneas interiores contra enemigos á mucha distancia y separados. Al abandonar este punto, quisiéramos decir una palabra sobre una paradoja singular, en lo que se refiere á estrategia, que ha sido sugerida por la guerra de 1870. Se ha dicho que el triunfo de los alemanes era debido tan sólo á su organización, y que la dirección de los generales entró por poco; de este modo se llega á la conclusión absoluta de que el desenlace de las campañas dependerá de hoy en adelante cada vez ménos de la habilidad estratégica. Esto equivale á decir

que el mismo instrumento daría una melodía igualmente perfecta en manos de artistas buenos, que en las de los malos; y ciertamente, en lo que concierne á las operaciones de la guerra, lo contrario es la verdad exacta. Cuanto mayores y mejores sean los ejércitos, cuanto más perfecto sea su mecanismo y más rápidas sus maniobras, tanto más se ponen á prueba las facultades de sus jefes, y tanto más dependerá el resultado de la lucha de la dirección general que se le dé. Seguramente que es ocioso decir que la estrategia desempeñó una parte sin importancia en la gran contienda objeto de este artículo. Colóquese á Von Moltke donde Bazaine estaba del 12 al 17 de Agosto, y ¿quién es capaz de figurarse que Francia hubiese sufrido las humillaciones de Metz y Sedan?

En lo que la guerra de 1870 ofrece más práctica enseñanza es en la táctica, al ménos en lo que respecta al soldado de profesión. La táctica está continuamente en un estado de cambio, y en este concepto es donde los vastos adelantos en aplicaciones militares de la edad presente han tenido quizás el efecto más sorprendente. No puede ciertamente decirse que las verdades generales de la táctica hayan variado; las tres armas tienen siempre que apoyarse las unas á las otras y el objeto del táctico ha de ser siempre emplear á cada una en el lugar que le corresponda en el campo de batalla, y con la mayor ventaja posible. Pero la importancia relativa de las tres armas se ha alterado de un modo considerable en los últimos años, y casi se ha verificado una revolución en los modos de que son usadas y empleadas y por lo tanto en los arreglos de batallas. Las armas pequeñas rayadas y cargadas con rapidez han aumentado prodigiosamente el poder de la infantería y han hecho más eficaz que nunca este arma; y mientras que la artillería ha conservado su importancia, la función de la caballería como fuerza de combate ha disminuido en un grado notable. La última guerra ha hecho ver de un modo concluyente qué efecto han de producir estos cambios en la táctica y disposición de las tropas en el campo, y en estos conceptos son claras sus lecciones. El fuego de la infantería es ahora tan intenso que es imposible resistirlo en las densas formaciones que anteriormente componían el orden de batalla; y al mismo tiempo que

es de tan destructiva fuerza, ha hecho de tan poca utilidad á la bayoneta, que es una cuestion del primer momento asegurar para ella el más ámplio desarrollo. Los ataques en columna cerrada, por lo tanto, como los alemanes vieron á sus expensas en Gravelotte, no deberán intentarse nunca en la guerra moderna, y la infantería debe siempre de ser llevada á la accion en un órden lo más extenso posible sin riesgo, para dar á las armas modernas su verdadera eficacia. El mejor modo de llevar esto á cabo parece ser, como los alemanes han probado con frecuencia, enviar á vanguardia activas guerrillas en gran número y apoyarlas con columnas ligeras y flexibles, y hasta la línea sólida aunque no profunda parece hoy inhábil para oponerse al fusil y tiene que abandonarse, al ménos en la ofensiva. En lo que á la artillería se refiere, es hoy el gran objeto, como siempre, hacer su fuego lo más concentrado y destructor que sea posible; pero debido al mayor calibre de los cañones y en parte á la mayor extension del campo, en el caso de las batallas más modernas, las baterías están á menudo, al parecer, más dispersadas y no reducidas á tan corto número de sitios, como estaban usualmente en los dias de Napoleon. Todavía la reunion de cañones en puntos decisivos es el verdadero medio de emplear el arma. La superioridad de los alemanes sobre los franceses en este concepto fué muy notable y contribuyó en gran medida al resultado final de Gravelotte, y sobre todo de Sedan. Con respecto á la caballería, nunca probablemente volveremos á ver nada parecido á las cargas de la caballería francesa en Waterloo. Woerth demostró que áun la caballería más pesada tenia pocas probabilidades contra una línea de infantería, y el arma, á nuestro juicio, debe desempeñar en adelante una parte secundaria en el choque de la batalla. La importancia de la caballería es, sin embargo, grande todavía para exploraciones y para proteger la marcha de los ejércitos. Ejemplo admirable de esto presentan los alemanes en su marcha por la Lorena y sobre Sedan; y áun en accion, como en Mars la Tours, ocurrirán oportunidades en que pueda ser posible emplear la fuerza montada con efectos terribles. Estos cambios han afectado necesariamente las disposiciones y la direccion de las batallas, y esto quedó muy aclarado en la última gran contienda. Parece

como si hoy los ejércitos empeñaran el combate más sueltos y con menos precisión que ántes, y que sus líneas se disuelven y dividen en enjambres de guerrilleros que rápidamente se mueven; y no se ven tan á menudo masas densas intentando grandes é imponentes cargas. La caballería rara vez puede tampoco manifestarse á vanguardia: los cañones, aunque terribles en su fuego como siempre, están quizás menos á la vista, y se intenta pocas veces tomar las posiciones con movimientos directos y ataques de frente. Hay más espacio que ántes, sin embargo, para maniobrar: el órden, la disciplina y la firmeza son tan importantes como siempre, y lo mismo que en estrategia en la táctica, se ataca generalmente por movimientos de flanco, combinados por un rudo avance de frente, siendo ahora el fuego de las armas portátiles tan mortífero que hacen dificultosos en extremo los ataques de frente y centrales.

En conjunto tiene la defensiva en el campo mayores ventajas que hace setenta años, y un general hábil en esta posición puede muchas veces destrozar á un contrario superior. En otros conceptos, sin embargo, no hay mucha diferencia de lo ya visto en la última edad, y la guerra de 1870 ha disipado por completo algunas caprichosas nociones sobre este asunto.

W. O'CONNOR MORRIS.

(New Quarterly Magazine.)





LA PRINCESA DE LOS URSINOS

Y EL PADRE NIDARDO (1)

SEGUN DOCUMENTOS ORIGINALES É INÉDITOS

Hay episodios en la vida que ejercen poderosa influencia en su direccion durante todo el curso de ella, en especial cuando agitan el espíritu fuertes pasiones y acaricia la mente un pomposo ideal. No se repara entónces en la bondad de los medios con tal de arribar al anhelado fin, y los amantes lazos de familia, las afecciones de la amistad, el caro nombre de patria, el respeto monárquico, hasta las dulzuras del hogar doméstico, y cuantos análogos sentimientos constituyen una buena parte del patrimonio moral del comun de los mortales, todo se tiene por pura quimera, por preocupaciones vulgares, si no contribuyen á la inmediata realizacion del apetecido ensueño. Este fenómeno, que en su mayor grado de desarrollo se observa con harta frecuencia en los hombres, es más singular en las mujeres, bien sea por su carácter más retraido y esencialmente familiar, ó bien por el papel secundario que, en la constitucion de la sociedad ordinariamente desempeña.

Uno de estos episodios, tan interesante como desconocido, de la vida de la renombrada Princesa de los Ursinos, es el objeto de este artículo.

Sabido es que María Ana de la Tremoille, hija del Duque de

(1) Así escribian él y sus contemporáneos, y no Nithard, como modernamente se ha escrito.

Noirmoustier, nació en París, según unos (1) en el año 1635, y según otros (2) en el de 1642, y que contrajo primeras nupcias con el Príncipe de Chalais. La deplorable manía de los desafíos había llegado en aquel tiempo á verdadero furor, apesar de que la ley sancionada contra ellos por Enrique IV, y renovada por Richelieu, era terrible y estaba en todo su vigor. El Príncipe de Chalais, dejándose llevar de la moda, tomó parte en 1663 en uno, bien sangriento por cierto, y para evitar el rigor de la justicia, se vió obligado á huir, logrando entrar en España, á donde le siguió su mujer. Nada dicen los diligentes biógrafos de esta ilustre dama de la vida que en nuestra Península llevaron estos distinguidos emigrados, por más que no fué breve en ella su estancia; pero por los documentos que adelante insertaré, se viene en conocimiento de que el Príncipe puso su espada al servicio de Felipe IV y tuvo ocasion de prestar «buenos servicios á la Corona católica en la guerra contra Portugal.» Dato nuevo y curioso, que acaso utilice algun dia otro aficionado á los estudios históricos y afortunado en la busca de papeles antiguos, para referir los más importantes detalles de la estancia en España de los Príncipes de Chalais, porque, á no dudarlo, debieron ocurrir y muy dramáticos, dado el carácter arrojado y caballeresco del uno, y la belleza, admirable trato, costumbres á *la escarpolette*, genio intrigante y ambicioso del otro; tanto más hallándose en una Córte, como era entonces la española, galante, aventurera y licenciosa en todo extremo.

Ello es que no se sabe en qué fecha ni por qué motivo salieron de España para Italia; pero sí que, habiendo la Princesa dejado á su marido enfermo en Venecia, y adelantándose ella á Roma para preparar una instalacion fácil y cómoda, supo en esta ciudad la muerte del Príncipe.

Viuda, jóven y sin hijos, fijó su residencia en Roma, asilo perpétuo de los grandes infortunios y de las ilusiones perdidas, donde, como dice un eminente escritor español, «viven como

(1) M. A. Geoffroy, *Lettres inédites de la Princesse des Ursins*.—Paris, 1859.

(2) *La Princesse des Ursins, essai sur sa vie etc.*, por F. Combes.—Paris, 1858.

en su centro los atormentados del mundo, y hallan su último definitivo amor los que han probado la hiel de todos los amores,» donde «el filósofo domina desde un suelo que cubre tumbas de imperios el panorama inmenso de los siglos.» Y á la verdad, ¿qué otra ciudad mejor que Roma podia escoger para desenvolver y perfeccionar su genio intrigante y ambicioso, y donde más brillaran sus gracias y sus talentos, la rival de Mme. de Maintenon en Francia, y la que, andando el tiempo, puede decirse que fué primer ministro en España?

Retiróse por de pronto en un convento, donde recibió los cumplimientos de muchos de sus compatriotas, que en Roma residian, y de no pocos españoles é italianos; mas aunque todos sus biógrafos la suponen devotamente ocupada en aquella santa casa, hasta contraer matrimonio con el príncipe de Orsini; aunque tienen por cierto mantuvo siempre las mejores relaciones con la Côte de Francia y con su embajador en Roma el Cardenal d'Estrées; yo voy á probar con documentos originales y datos irreprochables que la hija del Duque de Noirmoustier, de la primera nobleza francesa, maquinaba en aquel retirado asilo, nada menos que renegar de su patria y pasarse á su más encarnizada rival, mediante la obtencion del rango y preeminencias de Princesa del Imperio.

Corria el año 1673; el cardenal Nidardo, de triste memoria, habia sido ya expulsado de España; pero merced al cariño que le profesaba la Reina gobernadora Doña Mariana de Austria, desempeñaba en Roma, en union con el cardenal Portocarrero, el cargo de embajador, y no influia poco desde allí en los negocios de nuestra península (1). Por razon de su alto puesto, se correspondia con todos los embajadores de España residentes en las demas Córtes, y muy especialmente con el dignísimo Marqués de los Balbases, que lo era de Alemania, embajada entónces la más importante.

Examinando yo la activa correspondencia (2) que entre am-

(1) No es, pues, cierto lo que asegura Lafuente en su *Historia general de España*, t. XVII, pág. 38, que el P. Nidardo «se hallaba en Roma, si no desairado, por lo ménos poco atendido.» En su correspondencia se ve todo lo contrario.

(2) Existe original en el archivo del Excmo. señor Marqués de Alca-

bos mediaba, no sé cuál de estas tres cosas me sorprendió más: si encontrar al P. Nidardo tan íntimamente relacionado con la Princesa de Chalais, tan prendado de sus raras dotes y merecimientos y tan afanoso de servirla «en todas sus conveniencias;» ó si el afirmar el jesuita, en nombre de la Princesa, al Emperador que ésta no quería otra cosa sino «vivir y morir debajo de la proteccion de la Augustísima Casa, y ser siempre española;» ó si la extraña pretension de la dama, con tanto calor sostenida por el P. Nidardo, de alcanzar el título de *Princesa del Imperio*.

Hé aquí cómo recomendaba el ex-confesor de Doña Mariana de Austria á la futura Camarera Mayor de la primera mujer de Felipe V: «La señora Princesa de Chalais, mujer del Príncipe de Chalais, caballero francés, y que sirvió muy bien á S. M. (que Dios guarde) en la guerra de Portugal, pretende alcanzar el título de *Princesa del Imperio*, y para este efecto ha escrito la Reina nuestra señora á S. M. Cesárea en su recomendacion. Esta dama, demás de los motivos que alega, que son los que habrá representado á V. E. su agente, sus merecimientos son muchos, á que se añade el grande afecto que profesa á la corona, y *no querer vivir debajo de otra proteccion que la de la augustísima casa*. Yo la deseo servir y todas sus conveniencias; y así suplico á V. E. la asista mucho en esta pretension, pasando los officios que le parecieren convenientes á este fin con el señor Emperador y sus ministros, que á buen seguro empleará V. E. muy bien su autoridad y favor, y yo le quedaré con todo reconocimiento» (1).

La contestacion del Marqués de los Balbases fué la siguiente:

«A mi señora la Princesa de Chalais he procurado servir en su pretension del título de Princesa del Imperio, y ahora que V. Em.^a me manifiesta lo que desea le consiga, lo solicitaré con mayores veras, en cuanto estuviere de mi parte. Pero, para

ñices y de los Balbases, duque de Alburquerque y de Sexto, á cuya proverbial bondad y noble y laudable deseo, digno de ser imitado, de que se esclarezca la historia patria, deben, los que á ella se dedican, el conocimiento de buen número de interesantes documentos.

(1) El cardenal Nidardo al Marqués de los Balbases.—Roma 23 de Setiembre de 1673.

que se camine en la materia con el conocimiento que conviene, no encubriré á V. Em.^a (por el en que me hallo de la calidad desta pretension) que desconfio de que se consiga, porque demas de no conceder el tratamiento de Príncipes á los Grandes de Castilla, no hay ejemplar de que hayan hecho merced dél por una vida, sino es perpétuo en la casa del á quien se le hace, y esto tendrá tanta dificultad en cabeza de hembra como lo otro, por no empezar á hacer el ejemplar que hasta ahora falta. Pero, sin embargo de todo, V. Em.^a puede asegurarse y asegurar á mi señora la Princesa, que esforzaré la materia por mi parte cuanto me fuere posible, deseando lograr en el efecto el crédito de esta expresion (1).»

Decidido el Cardenal á constituirse agente de las conveniencias de la bella Princesa, á valerse para ello de su elevada posicion diplomática y á apurar todos los medios imaginables para complacerla, no contento con haber escrito á la Reina gobernadora de España, pidiendo su intercesion, dirigió al Emperador la exposicion adelante inserta, por medio del Marqués de los Balbases, á quien envió copia de ella, acompañada de esta carta:

«En otras ocasiones he escrito á V. E. por la señora Princesa de Chalais sobre la pretension que tiene de título y tratamiento de Princesa del Imperio; y ahora lo repito con ocasion de escribir al señor Emperador la carta cuya copia remito á V. E. Suplico á V. E. la favorezca con sus oficios, porque esta Señora es muy benemérita de lo que pretende de S. M. Cesárea, y la Reina nuestra señora la desea este honor (2).»

«S. C. R. M.

»La Reina mi Señora se ha servido escribir á V. M. Cesárea á favor de doña Mariana de la Tremoilla, Princesa de Chalais, la carta que de su parte se habrá puesto en las reales manos de V. M. Cesárea, interponiendo con toda eficacia sus reales oficios sobre la pretension que tiene de que V. M. Cesárea, por su Cesárea Real grandeza, la haga merced del honor de título y

(1) El Marqués de los Balbases al Cardenal Nidardo.—Gratz, 10 de Octubre de 1673.

(2) El Cardenal Nidardo al Marqués de los Balbases.—Roma 21 de Octubre de 1673.

tratamiento de Princesa del Sacro Romano Imperio, atendiendo S. M. para esto á los buenos servicios que el Príncipe de Chalais, su marido, hizo á la Corona católica en la guerra contra Portugal, y á los grandes merecimientos de su persona, á que no desayudan los de su gran sangre, y la de Tremoilla en la Francia es de las más ilustres y más antiguas de aquel reino, como á V. M. Cesárea le será bien notorio. Y aunque yo muy justamente juzgo inútiles mis humildes súplicas, cuando intervienen las soberanas de la Reina mi Señora, y que por esta razón y la de ser Ministro de S. M. pudiera excusarlas; todavía entendiendo yo que otros Cardenales escriben á V. M. Cesárea en aprobacion de las grandes prendas de esta dama, no puedo dejar de entrar á la parte del mérito que juzgo adquirir representando á V. M. Cesárea (como con todo el mayor obsequio lo hago) que esta dama merece por lo referido, por su afecto, celo é inclinacion á la Augustísima Casa que V. M. Cesárea la conceda este honor; tanto más, que ha de acabar en su persona, pues no le pretende por otra vida que la suya, pudiendo yo testificar á V. M. Cesárea por verdad todo lo que represento, respecto la experiencia que tengo del tiempo que há que reside en esta Córte en un convento, y que juzgo será del real servicio de V. M. Cesárea hacerla esta merced, pues demas de los justos motivos que ocurren y merecimientos de su persona, le será muy agradable á la Reina mi Señora, por lo que desea las mayores conveniencias á la Princesa, y no pudiendo recibirlas más ventajosas de la soberana grandeza de V. M. Cesárea, muy justamente espera la Princesa de ella y de su benigna piedad el consuelo que solicita de poder vivir con este honor debajo de la Cesárea proteccion de V. M. Cesárea; y yo, puesto á los Cesáreos Reales piés, lo suplico á V. M. Cesárea con toda la mayor veneracion, se le conceda á esta dama, y al mismo tiempo á mí la honra de estar empleado en el real servicio de V. M. Cesárea, pues en esto logro juntamente el del Rey mi Señor. Guarde Dios la Cesárea y Real persona de V. M., como la cristiandad há menester y sus vasallos deseamos. Roma 21 de Octubre de 1673» (1).

(1) En la cubierta está escrito, de la misma letra de la carta, lo siguiente: «Copia de carta que el Cardenal Nidardo, mi Señor, escribe al señor Em-

A pesar de la prudente y hábil contestacion del Marqués al Cardenal en su preinserta carta de 10 de Octubre, no por eso desistió éste de su pretension, ántes por el contrario confiaba en que, redoblando los esfuerzos y escribiendo al Emperador su hermana la Reina gobernadora, se alcanzaria el apetecido objeto.

(1) «Veo lo que V. E. me dice quanto á la pretension de la Señora Princesa de Chalais, y las mismas dificultades que á V. E. se me han ofrecido á mí; pero haciéndose todas las diligencias posibles á su favor, como V. E. ofrece, reconocerá esta Señora que por nuestra parte se ha hecho quanto se ha podido; y la semana pasada remití á V. E. copia de la carta que sobre la materia escribí al Sr. Emperador, que junto con otras que esta Señora ha enviado á la direccion de V. E., puede prometerse algo de bueno, aunque toda la dificultad la han de superar las de S. M., si ahí se inclinan á hacer esta gracia á la Princesa.»

Esta activaba la negociacion quanto podia, no sólo en Madrid y en Roma, sino en Viena, á donde envió un agente, escribiendo ademas al Marqués de los Balbases; así es que con fecha 12 de Noviembre respondió este Embajador al Cardenal desde Viena:

«He visto la copia de carta que V. Em.^a me remite, de la que ha escrito al Sr. Emperador, en recomendacion de lo que pretende mi Señora la Princesa de Chalais, y tambien la he tenido de S. E. (la Princesa) sobre el mismo particular, en el cual debo repetir á V. Em.^a que obraré de mi parte con la actividad y atencion que piden las relevantes intercesiones que ha interpuesto y la que obliga la de V. Em.^a que es la mayor para mí, si bien que no faltan ahora las mismas consideraciones que en 10 del pasado dije á V. Em.^a ocurrían en este punto; y respecto de que hasta ahora no ha habido tiempo para hacer ninguna diligencia, no puedo decir á V. Em.^a más de que ha estado ya conmigo el agente de mi Señora la Prin-

perador.—Para enviar al Excmo. señor Marqués de los Balbases con carta de 21 de Octubre de 1673.»

(1) El Cardenal Nidardo al Marqués de los Balbases. Roma 28 de Octubre de 1673.

cesa, y que hemos quedado en ir ejecutando las que parecieren convenientes para el buen logro, en permitiéndolo el poderse tratar de negocios.»

En este estado se hallaba el de la Princesa, cuando habiendo Luis XIV declarado la guerra á España, ocurrió el gravísimo incidente que en la siguiente carta escrita en cifra (1) y fechada en Roma á 18 de Noviembre del mismo año, refiere el P. Nidardo al Marqués de los Balbases:

«Con ocasion de haber declarado el Rey de Francia la guerra, han ido este Embajador y el Cardenal de Estrée, su hermano, á amonestar y prohibir á la Princesa de Chalais que no pueda tratar en adelante conmigo ni el señor Cardenal Portocarrero ni con los demas españoles. A que respondió, que no podia faltar á esta obligacion por la en que le habian constituido las honras que S. M. (Q. D. G.) habia hecho á su marido y continuaba á ella, y que por medio de la soberana intercesion de S. M. tenia pretension con el Imperio para *vivir y morir debajo de la proteccion de la Augustísima Casa*. Enviómelo á decir la Princesa, y que en esto estaria firme y constante, y que demas de las obligaciones que reconoce, por inclinacion y afecto *será siempre española*. Representólo todo á S. M. y le escribo de nuevo á V. E. para que esfuerce lo posible la pretension que la Princesa tiene con S. M. Cesárea de Princesa del Sacro Romano Imperio (2). Suplico á V. E. solicite con todo esfuerzo este negocio, que ya tengo asegurado á V. E. lo mucho que esta señora merece, y que lo que pretende, no siendo más que por su vida, no puede producir malos ejemplares.»

En carta de 2 de Diciembre del mismo año recordaba el Cardenal al Marqués el interes que tenia por la Princesa, en este párrafo:

«En el punto de la pretension de la señora Princesa de Cha-

(1) Para descifrar esta importantísima carta he tenido necesidad de reconstruir, como en otros trabajos históricos me ha sucedido, la clave de la correspondencia secreta del famoso Cardenal Nidardo con el Marqués de los Balbases, habiendo conseguido felizmente mi objeto, como arriba se verá.

(2) Lo que sigue está ya escrito en letra corriente.

lais no se me ofrece qué añadir, sino estimar á V. E. la buena disposicion que tiene de interponer su autoridad y eficaces oficios en favorecerla, pues ya tengo representado á V. E. lo que me importará consolar á esta Señora.»

Los dos párrafos siguientes son del Marqués al Cardenal Nidardo, en que le da cuenta del estado en que se hallaba la pretension de la Princesa:

«(1) Veo la pasada que los ministros de Francia en esa Côte habian hecho con la Princesa de Chalais, queriéndola obligar á abstenerse de la comunicacion con los españoles, la forma en que ella respondió y cómo V. Em.^a lo tomaba por motivo para que acá esforzase yo su pretension, sobre que puedo decir á V. Em.^a que en ella he hecho mis primeras diligencias con todo calor, habiendo presentado al Señor Emperador la carta de la Reina y procurado que el memorial se remitiese á la consulta del Conde de Kinigseg, vice-canciller del Imperio, por parecerme que, segun lo parcial que se ha mostrado de mi señora la Princesa, se tendria su informe más favorable, pero como estos dias no le he visto, no he podido tampoco saber el paradero de él, ni decir á V. Em.^a más de que, en lo que dependiere de mí, procuraré vivamente servir á mi señora la Princesa y obedecer á V. Em.^a»

(2) «En consideracion de lo que V. Em.^a me tiene mandado y de lo que yo quisiera mostrarme obediente á mi señora la Princesa de Chalais, he renovado mis oficios con el Sr. Emperador sobre su pretension, procurando mucho su éxito para que S. E. reconociese el ánimo con que todos la atendemos; y sin embargo de que, como he dicho á V. Em.^a, son grandes los obstáculos que la dificultan, pienso haber adelantado mucho la disposicion de S. M. Cesárea, y que pudiéramos prometernos favorables efectos, si se renovase algun apretado oficio de la Reina Nuestra Señora, para que sirviese de pretexto á cualquiera resolucion que el Sr. Emperador tomase en la materia, debiéndose V. Em.^a y mi señora la Princesa per-

(1) Viena 10 Diciembre 1673.

(2) Viena 24 de Diciembre de 1673.

suadir á que por mi parte la ayudaré con cuanto me fuere posible.»

El resultado de esta negociacion fué el que oportunamente habia previsto el Marqués de los Balbases. Negóse á la Princesa de Chalais el título de Princesa del Imperio; y viéndose desairada, á pesar de sus reiteradas y solemnes promesas de querer vivir y morir bajo la sola proteccion de la Augustísima Casa, solicitada constantemente por los franceses, que se prometian no sin razon grandes resultados de su intervencion en los negocios públicos, se entregó por fin en cuerpo y en alma á la Côte de Versailles, que gestionó y honró su matrimonio con el Príncipe de Orsini, duque de Bracciano, verificado en 1675. Recobró con este motivo Luis XIV en la Princesa de los Ursinos un súbdito temible como enemigo, y poderoso como aliado, que le fué utilísimo para la consecucion de sus ulteriores planes sobre España, que ya meditaba; y perdió el Emperador Leopoldo un agente más hábil y provechoso que todos los que envió á España en los últimos años de Cárlos II.

¿Qué motivos impulsaron á la Princesa de Chalais á renegar tan bruscamente de su patria? ¿Fué acaso el P. Nidardo el que sugirió la idea de acogerse á la proteccion de la Corte austriaca á la Princesa, como tan conocedor que era de sus peregrinas cualidades, con objeto de explotarlas en beneficio de la Augustísima Casa? ¿Fué la Princesa de los Ursinos la que atrajo al partido francés al cardenal Portocarrero, personaje el más influyente entónces en la Côte de España? ¿Llegado el caso de hacerse austriaca, hubiera contrapesado y áun vencido al Marqués de Harcourt, decidiendo á la nobleza española á sostener unánime y con las armas al pretendiente austriaco?

A. RODRIGUEZ VILLA.

LAS BIBLIOTECAS EN ESPAÑA

La buena organizacion y la acertada direccion de las Bibliotecas es seguramente uno de los elementos más necesarios para el progreso científico. Sin Bibliotecas dotadas de los suficientes recursos para que puedan adquirirse las más importantes publicaciones, sin una atinada organizacion que permita dar á conocer y servir en cortos momentos las que sobre las materias que puedan estudiarse se tengan, y sin directores competentes conocedores de las ciencias á que ellas deban referirse y de su incesante adelanto, es evidente que se carece de un poderoso elemento, imprescindible desgraciadamente más que en ningun otro en nuestro país, teniendo en cuenta la pequeña retribucion que de los estudios se obtiene y la consiguiente imposibilidad de que los particulares destinen en general grandes cantidades á las adquisiciones de libros. Una indicacion inspirada por el mal estado en que nuestras Bibliotecas públicas se hallan, é inserta en la Memoria que tuve el honor de leer á la Academia de Jurisprudencia y Legislacion sobre el movimiento de su Biblioteca en 1874, dió origen á un largo suelto publicado en la *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos* (1) y á un remitido del bibliotecario de Salamanca Sr. D. Domingo Doncel y Ordaz (2), y ha motivado, por último, un severo artículo crítico del Sr. D. I. R. y T., á propósito del Catálogo sistemático que he formado y que se acaba de publicar (3). Como en todos estos escritos se me censura

(1) Número de 31 de Enero de 1875.

(2) Número de 5 de Mayo de 1875.

(3) Número de 20 de Diciembre de 1876.

duramente, y como á pesar de ello y de las razones aducidas; sigo pensando como ántes, me creo en el caso de decir algo, no sólo en propia defensa, que es lo de ménos, sino repitiendo, explicando y justificando afirmaciones que no hice más que apuntar. Considero como una de las causas de nuestro atraso científico la mala dirección de las Bibliotecas oficiales: por eso conviene llamar la atención sobre ella.

Es evidente que la importancia y la utilidad de las Bibliotecas depende de su personal en gran parte. Dos funciones que pudiéramos llamar directivas y auxiliares han de quedar á su cargo. Los Directores de las Bibliotecas deben, á mi juicio, no solamente conocer su estado en las diferentes ciencias que comprendan y seguir cuidadosamente su movimiento, único medio de que en las adquisiciones se acierte, dado lo mucho que se publica y la imposibilidad de adquirirlo todo, y de que se formen catálogos sistemáticos, sino también ilustrar á las personas que lo deseen sobre las obras que pueden utilizar para sus estudios. Esto es indispensable entre nosotros, si se tiene en cuenta el lamentable olvido en que se hallan desgraciadamente las indagaciones bibliográficas. Cuando es frecuente que se obtengan títulos para el ejercicio de profesiones sin conocimiento de las obras que para las mismas se necesitan, sería de una utilidad innegable que los Directores de las Bibliotecas contribuyesen, dando gran impulso á estos estudios, á la desaparición del vacío. Debe haber también un personal subalterno encargado de auxiliar los trabajos en la formación de los Índices y de procurar el mejor servicio de libros.

Veamos mis afirmaciones de 1874: «Todos conoceis perfectamente, Señores Académicos, el lamentable estado de las Bibliotecas jurídicas españolas. Las publicaciones francesas, con mejor ó con peor criterio elegidas, llenan preferentemente la mayor parte de sus catálogos. El que desea hacer estudios profundos en determinadas materias, no tiene otro medio que adquirir por sí las publicaciones. No se encuentran, por ejemplo, en ninguna de las Bibliotecas públicas de Madrid, ediciones nuevas de varios de los importantes monumentos de la legislación de Roma.» «Débese ésto, añadia en nota á continuación, aparte de las mezquinas cantidades que se dedican por los Gobiernos de España á las Bibliotecas, á la falta de conocimientos de los Archiveros-Bibliotecarios en la bibliografía científica contemporánea. El que no ha estudiado Derecho, mal puede dirigir la adquisición de publicaciones en las materias jurídicas. Los Archiveros-Bibliotecarios, que servirán mucho en la dirección de los Archivos, son perfectamente inútiles al frente de las Bibliotecas, dada la índole de sus estudios. Serán á propósito para los servicios inferiores de las mismas, pero no para su dirección facultativa ni para la formación de buenos Índices.»

Mis palabras no fueron bien interpretadas por la *Revista de Ar-*

chivos. Sentaba un hecho: el mal estado de las Bibliotecas públicas españolas, sobre el que cabe discutir. Que nuestras Bibliotecas confiadas al cuerpo facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Anticuarios, se hallan, por lo que á modernas obras se refiere, en un estado lamentable, es una verdad que todos los que han tenido precision de acudir á ellas para hacer estudios sobre algun punto de importancia se encargarán de comprobar. Es cierto que son pequeñas las cantidades de que se puede disponer; pero eso no basta para justificar el descuido en la adquisicion de obras sobre determinadas materias. La causa está en que falta la direccion competente. A nadie puede exigirse, por grandes que sean sus facultades, que sepa más que aquellas materias que han sido objeto de sus tareas. Los Archiveros-Bibliotecarios, á quienes por la legislacion vigente sólo se les exigen asignaturas históricas, y únicamente la de Bibliografía en lo relativo á las Bibliotecas ¿tienen condiciones para ilustrar á las personas que hayan de estudiar otras ciencias, y para dirigir la adquisicion de obras en Filología, Derecho, Medicina ó Farmacia, por ejemplo, y ordenarlas sistemáticamente por numerosas divisiones para hacer fácil la consulta? La misma *Revista de Archivos* reconocia el fundamento de mi opinion, al notar que las Bibliotecas de Madrid están todas dirigidas por doctores y licenciados en las facultades de Filosofía y Letras, Derecho, Teología, Medicina, Farmacia, etc. No tengo inconveniente en confesar que aún el título de doctor, tal como se hallan hoy organizadas las enseñanzas, es insuficiente para dirigir una Biblioteca. No basta tener conocimiento de la ciencia á que se dedique la misma: es necesario conocer bien su literatura y seguir atentamente sus adelantos. Estos estudios no se hacen hoy desgraciadamente entre nosotros en cátedra alguna oficial. Seria preciso para dotar las Bibliotecas de direccion competente, establecer en los doctorados, como proponia hace algun tiempo el Sr. Laverde, cátedras destinadas exclusivamente á la historia de las ciencias peculiares á cada uno. Los Archiveros-Bibliotecarios son indudablemente útiles como elementos auxiliares, para lo que examinan cuestiones como la de *preservar á los libros de sus enemigos, los ratones y la polilla*.

El mal servicio de las Bibliotecas españolas es bien conocido de los que llegan á frecuentarlas. Un crítico francés ha hecho notar la omision de un códice de la Biblioteca Nacional, citado en una obra que ella premió, en el importante estudio del Sr. D. Julian Apraiz sobre la historia de los estudios helénicos en España. «Es verdaderamente extraño, dice el Sr. Apraiz, que tratando de bibliografía española no hayamos tenido á la mano una obra tan curiosa y moderna como la coleccionada por los Sres. Zarco del Valle y Sancho Rayon; pero allá va por lo que valga, y sin tratar de hacer cargos á nadie, una que, hasta cierto punto, podemos considerar como ex-

plicacion. Haciendo algunos años que sonaba en nuestros oídos el título arriba consignado, pero sin el inciso referente á D. Bartolomé José Gallardo, y estimándola de mérito por la reputacion de sus autores, y áun de alguna utilidad para nuestro objeto, pedímosla sin fruto en la Biblioteca Nacional en dos ocasiones (Noviembre del 74 y Marzo del 75), en que negocios particulares nos llevaron por breves dias á la coronada villa. Posteriormente hemos sabido que en el Índice de papeletas se registra dicha obra con el epígrafe de «*Gallardo*» (1). Todos los que frecuentan la Biblioteca Nacional conocen los inconvenientes que su organizacion presenta. A veces es preciso esperar mucho para que se busque algun libro. El Índice general, y no el particular é independiente de cada ciencia, da origen á dilaciones innecesarias. Los libros no tienen en cada tabla de los estantes, como sucede en la Academia de Jurisprudencia, en que se encuentran numerados, un signo para distinguir inmediatamente los que se buscan. Los manuscritos y los libros se suelen perder con facilidad, etc., etc.

Los Archiveros-Bibliotecarios podrán elogiarse todo lo que les parezca en la *Revista* que es su órgano. No importa que tenga el Cuerpo, como en todas partes sucede, muchos individuos dignísimos, autores de publicaciones estimables, á quienes nadie ofende con decir que nada saben de lo que no han llegado á estudiar. A pesar de ser un Cuerpo que tiene la pretension de ser el único competente para dirigir las Bibliotecas, puede afirmarse que las únicas que se encuentran algo al corriente de los estudios modernos, y de que se publican catálogos, no están confiadas á su custodia. Pueden citarse las del Ateneo, la Escuela de Ingenieros de Caminos, el Colegio de Abogados, etc.

Debe considerarse un mal que las Bibliotecas de las Universidades se hallen confiadas á un elemento completamente independiente de su instituto. Los Rectores y los Claustros de Profesores deben dirigirlas solamente. Destinadas como se hallan á llenar las necesidades de la enseñanza, sólo de este modo pueden, á mi juicio, satisfacerlas. Es verdaderamente un escándalo que no pueda disponer el Rector de la Universidad Central, como se ha visto no hace mucho, de las obras de las Bibliotecas que de él debieran depender para actos oficiales y urgentes. Las Bibliotecas universitarias tienen un especial carácter. La funcion directiva debe quedar exclusivamente encomendada á los Profesores; sólo necesitan, por consiguiente, auxiliares. Lo justo en ellas es dividir las sumas que se consignan entre las diferentes Facultades, dejando á cada una el derecho de

(1) Véase en *El Ateneo*, órgano del Ateneo Científico, Literario y Artístico de Vitoria, Diciembre de 1876, el artículo *Los estudios helénicos en España juzgados por un crítico francés*, por D. Julian Apraiz, pág. 24, nota 2.

designar las publicaciones que le parezcan preferibles. El Estado, que tan pobremente retribuye á los profesores, entre nosotros, tiene el deber de suministrarles medios de estudio. Es indispensable, para que la enseñanza se halle al corriente de lo que la actual cultura exige, que se formen buenas Bibliotecas universitarias en beneficio principalmente de los profesores y secundariamente de los alumnos. Por eso es preciso permitir en estas Bibliotecas sólo que los profesores saquen libros. Y al contrario de lo que debe suceder, se permite hoy á ciertas personas llevarse libros de la Biblioteca Nacional, y no á los profesores hacer lo propio con los de la Biblioteca universitaria. Las Bibliotecas deben hallarse en condiciones de servir para los ejercicios literarios que en las Universidades tienen lugar. Son bien conocidos los apuros que en ciertos momentos se tienen, cuando no se encuentran las obras que se consideran indispensables para estudios que deben hacerse en corto plazo. La dirección de los Profesores, encaminada á que las Bibliotecas de las Universidades correspondan á su verdadero fin, las necesidades de la enseñanza, traería como ineludible consecuencia la desaparición de semejantes dificultades. El que nuestros discursos de doctor sean en general deplorables se debe en cierto modo al abandono en que las Bibliotecas se hallan.

La adquisición de publicaciones es á lo que ménos importancia se concede en las Bibliotecas públicas españolas. Por mucho tiempo se ha invertido *en leña* en una de las de la Universidad de Madrid la cantidad que se destinaba para este objeto. En cambio suele haber empleados de más. Los Archiveros-Bibliotecarios que se encuentran en ciertas Bibliotecas, especialmente en las de menor importancia, y que igualan y aún aventajan en sueldo á los catedráticos, no hacen más, absolutamente más, aparte de servir á los concurrentes, que apuntar los libros que ingresan, en lo que tardan á veces años. Estas funciones pueden ser perfectamente desempeñadas por dependientes listos que sólo sepan leer y escribir. Sería, pues, una reforma utilísima que se pusiesen las Bibliotecas universitarias bajo la exclusiva dependencia de los Rectores, encargándoles de buscar los dependientes de su servicio, y destinando una no despreciable cantidad y la que pudiera resultar de encargar las funciones de secretario á un profesor con una retribución pequeña y los sueldos que se dejasen de abonar por estar vacantes las cátedras, á la adquisición de publicaciones. Podría ser un medio de ayudar á los estudiantes sin recursos, que se hiciesen de ello merecedores.

Los Archiveros-Bibliotecarios, que son los únicos oficialmente competentes para servir en los Archivos y los Museos, sólo pueden ser útiles en Bibliotecas de importancia que no dependan de las autoridades universitarias, como sucede en la Nacional. Debiera exigírseles la formación y la publicación de catálogos. Las Bibliotecas sin catálogos, sobre causar inútiles molestias á los empleados

y concurrentes, no producen toda la utilidad que debieran. La publicación de un catálogo de la Biblioteca Nacional había de ser de mucha importancia para el estudio de la historia de nuestra ciencia.

El catálogo de una Biblioteca es tanto mejor, en mi sentir, cuanto más pronto se hallen en él todas las obras existentes sobre la materia que se desea. La experiencia me ha enseñado los inconvenientes de los catálogos en que se presentan muchas materias agrupadas por el orden de los autores. Para consultar un punto determinado es preciso á veces examinarlos por completo. Hacer muy fácil la consulta, partiendo de una clasificación científica, es el propósito que me ha guiado exclusivamente al formar el de la Academia (1). El Sr. D. I. R. y T. lo censura mucho sin conocimiento de su sistema. Por más que se proponga examinar su plan general, sólo entra en consideraciones de detalle, que no le favorecen mucho y que demuestran la falta de criterio con que se combate un sistema que no se ha llegado á entender. El Sr. D. I. R. y T. no cree posible que se tengan conocimientos bibliográficos sin acudir á la Escuela especial del Cuerpo. Por lo visto sus profesores son los únicos que pueden comunicarlos. Lo que de infundado existe en semejante pretension se conoce á primera vista, teniendo en cuenta, por el examen de sus programas, las obras francesas de que los mismos se sirven. Es, por consiguiente, muy fácil para el que quiera hacer estudios bibliográficos, acudir á estas publicaciones y á muchas otras importantes que pasan desconocidas entre nosotros.

Mas aún cuando sienta que carezco de los conocimientos nece-

(1) Hé aquí sus principales divisiones:

Parte primera. Sección general.—I. Bibliografía.—II. Corporaciones.—III. Enciclopedias.—IV. Revistas.—V. Vario.

Parte segunda. Sección de ciencias jurídicas.—*Primera division. Parte general.*—I. Bibliografía.—II. Corporaciones.—III. Enciclopedias.—IV. Revistas.—V. Filosofía del Derecho.—VI. Historia del Derecho.—VII. Legislacion comparada. VIII. Ciencia de la legislacion.—IX. Hermenéutica legal.—X. Vario.—*Primera division. Parte especial.*—I. Derecho civil.—II. Derecho mercantil.—III. Derecho político y administrativo.—IV. Derecho penal.—V. Derecho procesal.—VI. Derecho internacional.—VII. Derecho eclesiástico.—VIII. Derecho militar.—IX. Medicina legal.—X. Economía política.—XI. Hacienda.—XII. Estadística.

Parte tercera. Sección de Ciencias no jurídicas.—I. Religion.—II. Filosofía.—III. Literatura y Bellas Artes.—IV. Historia.—V. Geografía.—VI. Ciencias exactas, físicas y naturales.

Hay además numerosas subdivisiones, tendiendo á pasar en ellas de lo general á lo especial. Dentro de cada una van las obras por el orden de los idiomas, y dentro de cada uno por el de fechas. Todas las obras llevan numeracion correlativa. El *Índice*, en el que están señalados, no sólo los sitios en que cada grupo se encuentra, sino tambien el número de todas aquellas que sobre un asunto pueden verse, se halla comprendido en 10 páginas.

sarios para la formación de un catálogo, no llega á decir concretamente cuáles sean éstos. Lo lógico era apuntar las condiciones que en su opinion deben reunir los catálogos y hacer ver las que al de la Academia le faltan.

El Sr. D. I. R. y T. parece defensor del sistema bibliográfico de Brunet, que califica de bueno, con modificaciones que no ha llegado á indicar. No creo defendible una division que comprende en uno de sus términos los restantes. La Teología, la Jurisprudencia, las Bellas Letras, la Historia ¿no son Ciencias y Artes? Parte, pues, de un punto de vista equivocado, de un falso concepto de Ciencia y Arte. Podrá sostener con Brunet, entre otras cosas, un Archivero-Bibliotecario, que la Política no debe incluirse en la Jurisprudencia, sino en el grupo de Ciencias y Artes; pero no puede opinar en igual sentido el que ha estudiado la materia.

Trata el Sr. D. I. R. y T. de poner patentes las faltas de método racional, de consecuencia lógica y de sentido práctico de mi *peregrina* division en tres Secciones, general, de Ciencias jurídicas y de Ciencias no jurídicas. Empieza no entendiendo lo que la primera significa, á pesar de mis terminantes indicaciones. «Se trata, digo, de catalogar las obras contenidas en una Biblioteca especialmente de Derecho. Y como á la par de publicaciones sobre diferentes ciencias particulares, existen otras de importancia que se refieren á todas ó á varias de ellas, y que de colocarlas en una sola, haria preciso, para estudiar determinada materia, que se consultase todo el Indice, surge la necesidad de una seccion que se denomine general, indispensable, en mi sentir, como en toda ciencia, en todo catálogo» (1). El sentido de la parte general sólo puede desconocerlo el que prescinde del espíritu sistemático que debe y suele dominar en la actualidad en las publicaciones científicas. Podrán no comprenderlo los Archiveros-Bibliotecarios, pero no los asistentes á la Biblioteca de la Academia, para quienes está hecho el Catálogo. Conociendo esto se concibe bien por qué no van incluidas en ella las Bibliografías de Derecho, Literatura, etc., así como tampoco los trabajos de las Corporaciones jurídicas y artísticas entre otras. Sólo contiene la parte general las publicaciones que debieran ir á la vez en varios lugares de las secciones siguientes: en la 2.^a y la 3.^a al propio tiempo ó en varias partes de la última. Por eso está en las *Enciclopedias* el Diccionario de Madoz, que es á la vez geográfico, histórico y estadístico, y el militar del Sr. D. José Almirante, que abraza diferentes puntos de vista, á pesar de que el Sr. D. I. R., que ha estudiado Bibliografía, no tiene de esta circunstancia, por lo que parece, conocimiento. Extraña que la Biblioteca de Rivadeneyra (título que pongo por ser el que con más frecuencia se usa), vaya

(1) Página XIV de la Introduccion.

en la Sección general, debiendo estar, en su sentir, en Literatura. Si dicho señor cree que las obras de historiadores y de filósofos deben hallarse en dicho sitio, no tengo inconveniente en afirmar que tiene razón. Bajo el epígrafe de *Vario* van comprendidas las publicaciones que, revistiendo el carácter de la Sección, no pueden ir en los anteriores. Las obras de D. Joaquin María Lopez, sobre cuya colocación habla el Sr. D. I. R., sin conocer su contenido, abrazan, además de discursos parlamentarios y de defensas forenses, artículos de literatura. El Sr. D. I. R. juzga el Catálogo sin conocer uno de sus principales detalles: las referencias que, sirviendo de guía la numeración correlativa de las obras, se hallan incluidas en el Índice. Si las hubiera tenido en cuenta, no hubiera llegado á afirmar que se necesita recurrir á las Academias y Universidades en busca de las obras que de ellas sean utilizables en cada asunto. Fuera de las publicaciones conocidamente generales, como algunas Revistas y Enciclopedias, hay referencias á las que contiene la parte general en los lugares todos en donde pudieran incluirse.

Como la Biblioteca es especialmente jurídica, y como de las restantes materias existe sólo escaso número de obras, me limito en la Sección de Ciencias no jurídicas á comprenderlas en seis grupos. No entrando en cada uno de ellos en nuevas subdivisiones, es natural que los trabajos respectivos bibliográficos, de corporaciones, etc., se hallen reunidos con los demás.

El Sr. D. I. R. y T. cree hacer *observaciones generales sobre el sistema del Catálogo*, limitándose á algunas indicaciones sobre la mala colocación que tienen, en su sentir, algunas obras, y sentando afirmaciones inexactas que demuestran perfectamente que, ántes de hacer la crítica, ha debido empezar examinando atentamente aquello que iba á criticar. No creo admisibles las indicaciones sobre los defectos de detalle. El tamaño de los volúmenes, por ejemplo, que no da idea alguna sobre la importancia de los libros, ha sido suprimido también en otros catálogos, entre los que se cuenta el del Ateneo.

Por las observaciones que me dirige el Sr. D. I. R. y T., que indudablemente es uno de los individuos sobresalientes del Cuerpo, puede llegarse á conocer hasta qué punto los estudios de la Escuela de Diplomática, en lo relativo á las Bibliotecas, son útiles. Para conocer las materias que contienen tales ó cuales publicaciones, que es á lo que reduce la crítica, no se necesita haber estudiado Bibliografía: basta sólo con tener una mediana cultura y examinarlas brevemente. Para seguir el sistema bibliográfico de Brunet, que es el que los Archiveros-Bibliotecarios prefieren, basta además con repasar su tan generalizada obra.

La formación de un catálogo sistemático ofrece, sin ninguna duda, graves dificultades. El Catálogo de la Biblioteca de la Academia, primero y último que he de hacer, presenta seguramente

defectos que no ha indicado el Sr. D. I. R. Aun suponiendo que sus indicaciones fuesen justas, probarán, cuando más, que yo no tengo condiciones para dedicarme á hacer catálogos, lo cual, despues de todo, bastante poco me importaria; pero nunca que los Archiveros-Bibliotecarios las tienen. Experimentaré una satisfaccion especial el dia que me sea posible modificar mis opiniones, al hacer la crítica de los catálogos formados, en conformidad con sus estudios, por los individuos del Cuerpo facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Anticuarios, si es que llegan á publicarse.

MANUEL TORRES CAMPOS.



REVISTA CRÍTICA.

Singular destino el de D. José Zorrilla! Pocos hombres habrán gozado del privilegio que le otorgó la suerte: el de sobrevivirse á sí propio. Para él la existencia tiene algo de aquel eterno presente que la teología concibe en Dios: para él el juicio de la posteridad y la gloria póstuma no son esperanzas de ultratumba, sino realidades que con sus propios ojos contempla.

Inmóvil en medio de las generaciones que rápidamente se suceden; envuelto en la misteriosa aureola de la leyenda, compañero de los hombres del pasado, maestro de los del presente, evocacion de un recuerdo para aquellos, personificación de un ideal y de una época, legendario fantasma de otros dias para éstos; fantástica figura, que con ser de carne y hueso, tiene la apariencia de un muerto resucitado que se mueve por milagro en medio de una sociedad que no es la suya; Zorrilla ofrece uno de los más singulares fenómenos del mundo moral y da cabal idea de la vertiginosa marcha de este siglo en que treinta años bastan para trocar una existencia en leyenda, una realidad viviente en remoto recuerdo, un hecho de reciente fecha en poética antigualla. Sólo este siglo de vértigo, hijo del huracan y del caos, es capaz de convertir en breves dias las historias en leyendas y los vivos en sombras.

No hace treinta años era Zorrilla el centro de un poderoso movimiento literario, el lábaro de una secta numerosa; hoy es el recuerdo de un ideal poético y social que nos parece tan antiguo como las Pirámides. ¿Dónde está ya la sociedad que le rodeaba, imitaba y aplaudia? ¿Dónde la juventud que bebia la inspiracion en

los acentos de aquella lira, la más melodiosa que pulsaron manos españolas? ¿Dónde aquella generación romántica que veía en el poeta un ser misterioso, especie de profeta encargado de misión altísima, ave vagabunda que en sus cantos reflejaba el alma de la humanidad, las armonías de la naturaleza y las excelsitudes de lo divino? ¿Dónde aquella mezcla de caballerescos sentimientos, de amargas dudas, de enamoradas ó desgarradoras quejas, de piedad entusiasta, de pasión ardiente y fatal, que en confuso torbellino brotaban del laud romántico? ¿Dónde aquella nostalgia poética de lo pasado, aquel hastío de lo presente y aquella esperanza en lo porvenir? ¿Dónde, en fin, aquel raudal de inspiración y de poesía que llenaba toda la vida y en disorde asociación engendraba á la par sublimidades y monstruos, grandiosas concepciones y torpes delirios, aspiraciones encontradas, ideales contradictorios, blasfemias y plegarias, carcajadas nerviosas y ardientes lágrimas, cantos angélicos y satánicos ahullidos? ¿Dónde, dónde está aquel inimitable y originalísimo período romántico?

¡Ay! De todo aquello sólo quedan dos cosas: un recuerdo en la historia y la figura legendaria del último de los románticos, último en el tiempo, primero en la gloria. Incontrastable como la roca que azotan los vientos y golpean las olas sin conmoverla, Zorrilla se mantiene donde estaba cuando el romanticismo era el Verbo de la época, el lábaro del arte. Los años han encanecido aquella melena característica que tanto nos sorprendía en otros tiempos, recortado aquella mefistofélica perilla y surcado de arrugas aquel rostro en que veíamos la personificación del ideal romántico; pero no han apagado el fuego de aquellos penetrantes ojos, ni el de aquella fantasía poderosísima que no tiene igual en la historia literaria. Esa aparición á la vez halagüeña y medrosa, á que llamamos el Zorrilla de hoy, es todavía el Zorrilla de ayer. Para su alma no ha pasado el tiempo, no se ha movido la humanidad, no se ha desarrollado la historia: es el mismo, es el Zorrilla de la leyenda, el Zorrilla que apareció como por tramoya sobre la tumba de Larra, el Zorrilla de *Don Juan Tenorio* y *El Zapatero y el Rey*, de los *Cantos del Trovador* y de *Alhama el Nazarita*, el Zorrilla con cuyas obras é imagen estamos familiarizados desde niños, aquel Zorrilla tan popular como el Cid y no sabemos si tan legendario como él.

Cuando, hace pocos días, rodeado de una multitud ansiosa y con-

movida, le veíamos aparecer en la cátedra del Ateneo y leer con vigoroso y sentido acento sus inimitables cantos, experimentábamos una emoción semejante á la que sentiríamos si, en medio de esta sociedad descreída, surgiera de repente la figura de alguno de los primeros apóstoles cristianos. Era aquello una verdadera aparición del otro mundo, era un ideal hecho hombre, surgiendo del polvo de la historia, como por arte mágica, un fantasma de otros días hablando en arcaico lenguaje ante una generación confusa y absorta.

Él, el poeta de fantasía rica y vigorosa, el que ha hecho de la palabra humana mágica paleta, con cuyos colores pinta la naturaleza y retrata la historia más gráficamente que los pintores más insignes; el poeta de la forma, que hace de la poesía riquísimo ropaje cuajado de refulgentes joyas, bajo el cual no se oculta otra cosa que aspiraciones vagas ó indefinidos sentimientos; el poeta que sabe hacer sentir, sin conseguir hacer pensar, y que, al producir en el alma intensísimo deleite, cumplidamente muestra que la belleza, el arte, la poesía, no son otra cosa que formas desnudas, cuya mera exhibición, sin trascendencia ni idea alguna, basta para conmover lo más hondo del espíritu humano; aparecía hoy ante una generación que en todo busca enseñanza, que acaso no ve en la poesía más que la bella forma de la verdad, que se cuida mucho de pensar y poco de sentir, que, descreída, indiferente, positivista, desamorada, huérfana de fe, no muy abundante de esperanza, sólo acierta á formular quejas, llorar desengaños, proferir blasfemias, y arrancar notas desesperadas á una lira ronca, sobre una tierra árida y desierta y bajo un cielo sombrío y sin Dios.

Apareció Zorrilla; rodeábanlo la poesía del recuerdo, el encanto de la leyenda, el prestigio de la fama. Leyó con robusto acento sus poesías; pugnaban todas ellas con el espíritu y las tendencias de los que le escuchaban; hablaba en frases apasionadas como las de un hijo del desierto, melancólicas como el murmullo del arroyo, dulces como la brisa de Abril, de aquel amor patético, apasionado, voluptuoso, sombrío, que inspiraba á la musa romántica, de aquella nostalgia de lo pasado que le aquejaba, de aquellos caballerescos sentimientos que palpitaban en ella; pintó de un modo inimitable las viejas leyendas, los poéticos encantos de la naturaleza, las dulzuras de la fe, las glorias de la patria, lo maravilloso y lo legendario, lo

fantástico y lo ideal; y aquel auditorio, en que, seguramente, no había un solo romántico, donde, en cambio, abundaban las almas heladas por el viento de la duda y amargadas por el espíritu crítico y pesimista del siglo, aplaudió con entusiasmo, sintió emoción profundísima y, al premiar con ovación ruidosa á aquel arcáico poeta, alma de otros días perdida en las sombras de lo presente, mostró una vez más á cuánto alcanza el poder del genio, sobre todo cuando se llama Zorrilla.

Y es que, aparte de lo solemne de aquel momento, consagrado por la aparición augusta de un genio (mejor dicho, por su resurrección), aquel eco de otros días era para el espíritu lo que la fresca brisa del Océano para el que atraviesa la abrasada arena del desierto. Era grato, en verdad, refrescar la mente en aquella poesía llena de vida y de luz, espaciar el ánimo por aquellos hermosísimos horizontes, deleitarse, siquiera por un momento, en la contemplación del ideal, aspirar con ánsia aquella atmósfera de embriagadores perfumes, de suaves brisas, de deslumbradoras claridades.

Era grato pensar en aquellos tiempos en que lo bello penetraba la vida, y lo ideal la enaltecía, y la fe prestaba alientos, y la esperanza templaba los dolores y todas esas grandes cosas y esos grandes sentimientos eran la vida y el alma de los hombres. Era grato, sobre todo, percibir aquel ideal hermoso y apetecible á través del mágico velo de una poesía, majestuosa á veces, sentida otras, rica siempre en color, inimitable en las descripciones, portentosa en los relatos, inspirada en las imágenes, adornada con las galas de la versificación más primorosa, á la vez música y pintura, prueba admirable de lo que puede ser esta habla castellana cuando la manejan genios como el que en aquellos momentos inundaba de inefables goces el espíritu de los que le escuchaban.

¡Ah! ¿Por qué todo eso ha de ser un sueño? ¿Por qué no ha de ser Zorrilla eco del presente, y no recuerdo de lo pasado? Vano es preguntarlo é inútil lamentarse de ello. Así lo quiere la ley inflexible de la historia. Arrástranos torbellino superior á nuestras fuerzas; caminamos por ajeno y desconocido impulso, que por ignorados senderos nos arrebatara. ¿A dónde? ¿Al abismo ó á la salvación? ¿Quién lo sabe? ¿Por ventura no es ese el secreto del porvenir? Necio fuera tratar de averiguarlo. Dejémonos de tales intentos, y saludemos al genio, con la admiración que lo grande excita, con el

respeto que el recuerdo produce, con el entusiasmo que el patriotismo impone. Cierto que su legendaria resurreccion no es la de un ideal ó de una escuela que pasaron para no volver; pero es la de un gran poeta, gloria de su patria. Juzgóle la historia de una manera tan definitiva como justa; llegó para él el juicio de la posteridad ántes que el golpe de la muerte. Testigos nosotros de su resurreccion, sólo nos toca ceñir á su frente el laurel merecido, y rendirle el tributo de nuestra admiracion entusiasta.

*
* *

La historia del Ateneo en esta quincena nada ofrece que pueda compararse á la solemnidad á que acabamos de referirnos. Los debates continúan sin incidente notable á la fecha en que escribimos estas líneas, y los oradores se disponen á terciar en el nuevo é importantísimo tema que muy luégo pondrá sobre el tapete la Seccion de literatura.

*
* *

Entre las varias publicaciones recientes, la más importante, bajo el punto de vista literario, es la novela *Gloria* del Sr. Perez Galdós.

No titubeamos en afirmar que ésta es la mejor obra del distinguido novelista y una de las mejores novelas españolas contemporáneas, no sólo por las cualidades artísticas que la avaloran, sino por el alcance del pensamiento que encierra.

Atento hasta ahora el Sr. Perez Galdós á ostentar su talento descriptivo y su destreza para diseñar caracteres, en los bellos cuadros históricos: *La Fontana de oro*, *El Audaz* y los *Episodios nacionales*, no parecia muy dispuesto á profundizar en sus obras los graves problemas psicológico-morales en que ejercitaban sus talentos Alarcon y Valera; pero á contar desde la publicacion de *Doña Perfecta*, el ingenio del Sr. Galdós ha tomado un nuevo rumbo que, á juzgar por su última produccion, lo llevará en breve á grandes alturas.

Gloria no es simplemente una novela entretenida y amena, un animado cuadro de costumbres, una narracion histórica interesante como las demas obras del Sr. Galdós, sino un bellissimo estudio psi-

cológico, en el cual se plantea con raro acierto y valentía notable un transcendental y gravísimo problema, ya iniciado en *Doña Perfecta*. Con esta publicación entra el Sr. Galdós en el campo vastísimo de la novela psicológico-social, y acreditándose de pensador profundo cuanto de observador atento, se coloca de un golpe en aquellas alturas en que el artista confina con el filósofo, y la obra de arte es á la vez acabada manifestación de la belleza y fuente de transcendentales enseñanzas.

La perturbación que en las más íntimas relaciones humanas puede producir, y de hecho produce, la intolerancia religiosa; las horribles y desgarradoras luchas con que la sociedad y la conciencia se sienten atormentadas por causa de la diversidad y oposición encarnizada de las creencias; hé aquí lo que constituye el asunto de *Gloria*. Dos almas nobilísimas y enamoradas, separadas violentamente primero, precipitadas en el pecado y en la desesperación después, por razón de las distintas creencias que cada una profesa, y á impulsos de la bárbara intolerancia de nuestra sociedad: hé aquí el trágico y doloroso drama que se desenvuelve en las páginas de esa novela, páginas llenas de sentimiento y amargura, en que á cada paso vibra la enérgica protesta del libre espíritu del autor contra tamaños horrores.

Gloria y Daniel Morton se aman con ardiente frenesí. Jóvenes, hermosos, amantes, dotados de luminosísimas inteligencias, de nobles corazones, de valiosas virtudes, nacidos el uno para el otro, dignos ambos de la felicidad, véanse arrastrados al abismo del dolor y de la desgracia, por pertenecer á distintas religiones. Así lo exige la intolerancia de los que les rodean y de ellos mismos, así lo exige la inhumana doctrina que al dividir á los hombres en réprobos y elegidos, abre entre ellos infranqueable abismo y trueca en horrible antagonismo y lucha la fraternidad que debiera existir entre los que se llaman hijos del mismo Dios.

El problema religioso reviste, pues, en *Gloria* formas diversas de las que presentaba en *Doña Perfecta*. Luchaba allí el libre pensamiento contra el fanatismo y la hipocresía; luchan aquí creencias diversas, honrada y sinceramente profesadas; el abismo es más profundo y doloroso por tanto, y la lucha más terrible y patética en este caso que en el primero, porque el libre-pensador fácilmente cede; el creyente sincero jamás transige.

Para poner más de relieve lo espantoso del problema, el Sr. Galdós ha planteado la oposición entre las dos religiones más irreconciliables y enemigas: el catolicismo y el judaísmo. La horrible saña, la despiadada intolerancia con que se persiguen, muéstrase en Gloria, dispuesta á rebelarse contra su sangre y su fe mientras cree que Mórton es protestante, fanática é intransigente cuando sabe que es judío. Con vivos y patéticos colores ha sabido pintar el Sr. Galdós esta ceguera incurable de las conciencias cristianas, ceguera que ha empapado en sangre y lágrimas la tierra, y que ha sumido en la pobreza á nuestra patria, arrojando á la vez sobre ella eterna é imborrable mancha.

En cuatro personajes, trazados de mano maestra, ha representado el Sr. Galdós los diferentes aspectos de la agitada conciencia religiosa de nuestros tiempos. En el obispo ha pintado la fe acompañada de la caridad y del amor, la fe sencilla, pura, simpática que es intolerante por convicción, pero sin saña; que no quiere que el pecador muera, sino que se convierta y viva; que crea los apóstoles y los mártires, pero no los inquisidores. En D. Juan de Lantigua la fe intolerante y selvática, desinteresada y noble en sus móviles, nacida de profunda convicción, pero falta del perfume de la caridad y exaltada por el fanatismo: fe respetable y repulsiva á la vez, dispuesta por igual para las grandes acciones, los heroicos hechos, los sacrificios sublimes y los más sangrientos crímenes. Finalmente, en D. Rafael del Horro y D. Juan Amarillo ha pintado la negra hipocresía, la fe mentida y falsa, hija del interés y del cálculo, que oculta en el fondo una incredulidad ó una inmoralidad repugnante; la fe de esos *sepulcros blanqueados* que forman la insolente y corrompida vanguardia del ultramontanismo.

Por igual cooperan todos estos personajes al triunfo de la intolerancia, al aniquilamiento de la razón y de la justicia. Mueve á los unos ardiente caridad, á los otros profunda convicción, á algunos torpes y mezquinos móviles; pero todos caminan unidos en nefanda cruzada contra la civilización y el progreso, y de todos son víctimas aquellos corazones nobilísimos cuyo único delito es querer borrar con el amor las absurdas diferencias creadas por la intolerancia, cuya desgracia es vivir en sociedad bastante atrasada y bárbara para que la religión sea en ella una fuente de perturbación y causa de guerra en vez de ser símbolo de amor y de fraternidad.

¡Qué reflexiones acuden á la mente al leer las inspiradas páginas de *Gloria!* ¡Qué graves problemas asaltan al ánimo en presencia de aquella historia conmovedora y patética! Libro es ese que hace pensar tanto como sentir, que encierra en cada línea provechosa enseñanza, que se lee con deleite y con preocupacion profunda, que deja en el alma tristeza y amargura, porque si algo se desprende de él, es que en la actual constitucion de la sociedad, la religion, que debiera ser un gran consuelo, es casi siempre un terrible torcedor de la conciencia y una perturbacion profunda de la vida.

Accion sencilla, patética y en alto grado interesante; caracteres llenos de vida y de verdad; descripciones bellísimas; conmovedoras escenas; profundos pensamientos; excelente lenguaje; acabadas pinturas de la sociedad y delicados análisis del corazon; hé aquí los méritos que avaloran la notabilísima produccion del Sr. Galdós. Cierta falta de color en la figura de Mórton, alguna inverosimilitud en pensamientos y discursos atribuidos á Gloria, excesivo artificio en la preparacion del desenlace, tales son los leves errores que ligeramente la empañan. Ninguno de ellos es suficiente para privarla de sus méritos ni para impedir que el Sr. Galdós ocupe desde hoy uno de los más altos puestos entre los novelistas españoles.

Gloria tendrá una segunda parte. En ella se resolverá el terrible conflicto planteado en el final de la primera. Grave es el empeño y temeroso en el Sr. Galdós que nunca fué muy feliz para imaginar desenlaces. ¡Haga el cielo que en esta ocasion ande más acertado y no desvirtúe, al terminarla, los méritos de obra tan hermosa!

*
* *

Lugar distinguido debe ocupar entre las producciones que hemos de examinar aquí *El Self government y la Monarquía doctrinaria*, del Sr. D. Gumersindo de Azcárate. Tiene por objeto este estudio pintar la absoluta incompatibilidad que existe entre los dos términos que constituyen su título y exponer los sanos principios de la verdadera escuela liberal acerca de la legalidad de los partidos, el gobierno personal, la legitimidad de las revoluciones, las constituciones irreformables, el parlamentarismo, la centraliza-

cion, el jurado y las prerogativas de la corona. Con recto y templado criterio plantea y resuelve el Sr. Azcárate tan difíciles cuestiones, desenvolviendo doctrinas igualmente distantes del doctrinarismo y de la demagogia y dando muestras de no vulgar sentido político. Muéstrase reservado (*et pour cause*) acerca de las formas de gobierno, pareciendo inclinado, sin embargo, á una monarquía democrática ó á una república parlamentaria, igualmente aceptables para todo político liberal que no sea esclavo é idólatra de la forma como entre nosotros suele estilarse.

Conformes (excepto en la aplicacion del jurado á los pleitos civiles) con las doctrinas expuestas por el Sr. Azcárate en su notable libro, quizá el mejor de los que ha dado á la estampa, nos creemos obligados, no sólo á felicitar á su autor, sino á recomendar su lectura á los amantes sinceros de la libertad y principalmente á los que aspiran á que el régimen liberal y democrático se funde en rectos principios, en procedimientos posibles y templados, y no en funestas utopias ó desatentadas intemperancias. Hora es ya de ir formando una prudente y vigorosa democracia, profundamente liberal y sinceramente conservadora, apartada de todas las exageraciones y acomodada á las enseñanzas de la ciencia y el espíritu de los tiempos; hora es de prescindir de las tradiciones demagógicas y del culto idolátrico de las formas, que por sí nada significan ni valen en materia política; hora es, en fin, de que la democracia sea *séria*. Para contribuir á este resultado se necesitan libros como el del Sr. Azcárate, que con el suyo presta inestimable servicio á la libertad.

*
* *

Un jóven escritor hasta hoy desconocido, D. Alfredo Gonzalez Pitt acaba de publicar un cuento de cortas dimensiones titulado *El espadin del guardia de Corps*. Fúndase en una leyenda fantástica muy conocida y se reduce á una sencilla accion muy bien desarrollada y en la cual figuran algunos personajes dibujados á grandes rasgos, pero con no pequeño acierto. Salvo algunos descuidos en el lenguaje, esta obrita, tan interesante como amena, revela en su autor condiciones muy estimables, que hoy no pasan de promesas,

pero que cultivadas por el estudio podrán en su día darle honroso lugar entre los novelistas.

También merecen mencion honrosa un curioso catálogo de *Periódicos de Madrid* debido al Sr. D. Eugenio Hartzenbusch y hecho con notable diligencia y esmero, unos *Pequeños poemas* del Sr. Montoto, dignos de aplauso por todos conceptos, una traducción de *Las nubes* de Aristófanes, publicada en Vitoria, discretamente hecha por el Sr. Baraybar y precedida de un bien pensado prólogo del Sr. Herran, y un bello *Romancero de Navarra* de don Hermilio Olóriz, compuesto de tres romances (Roncesvalles, Olant, Pamplona) tan patrióticos como inspirados y robustos.

*
* *

Juzgar un drama del Sr. Echegaray es siempre difícil empresa, sobre todo, cuando su representación está reciente, cuando el ánimo aún no ha sacudido la impresión terrible y fascinadora del primer momento y cuando no hay espacio ni tiempo suficientes para juzgarlo; pero juzgar un drama como *Ó locura ó santidad* es punto ménos que imposible.

Obras singulares, grandiosas y atrevidas ha escrito el Sr. Echegaray; inextricables problemas ha ofrecido á la crítica y terribles impresiones ha causado en el público; pero nunca como en esta obra excepcional, cifra y resúmen elocuentísimo de todas las grandezas y de todos los lunares de su genio. Sin embargo, con ser tan oscuro el problema que al crítico toca dilucidar al examinar este drama, la calificación no es dudosa: *Ó locura ó santidad* es la obra del genio, es el grandioso engendro de una inteligencia excepcional y poderosísima.

Consignemos ante todo que este drama representa una nueva fase en la dramaturgia del Sr. Echegaray, fase ya iniciada por *Cómo empieza y cómo acaba* y aún por *La última noche*; pero no desarrollada hasta ahora con tanta fuerza como en *Ó locura ó santidad*. El drama psicológico, el íntimo drama de la conciencia, fundado más en un conflicto interior que en una colisión externa, hé aquí el nuevo campo que invade el Sr. Echegaray, ganoso sin duda de buscar el efecto, no con la explosión de las pasiones ni la complicación de los sucesos, sino con los hondos dramas de la vida moral.

Plantear un problema terrible y pavoroso en el alma de un personaje, hacer que de él arranque el conflicto dramático, y deducir de él una tesis transcendental y profunda; tal es el camino porque intenta dirigirse el Sr. Echegaray, camino tan erizado de peligros como fecundo en triunfos y que es el que debe recorrer la dramática moderna.

Ofrece, por consiguiente, el último drama del Sr. Echegaray dos problemas distintos: uno moral, otro literario, y no es fácil decidir cuál es el más oscuro y tenebroso, porque de tal manera ha desenvuelto su pensamiento el Sr. Echegaray, que no es tan llano como parece el descifrarlo. Es más, la extraña contextura de la obra es causa de que el elemento dramático aniquile al elemento moral y éste á aquel, porque, dadas las premisas y el modo de desarrollarlas ó la tesis moral ó la acción dramática están de más. De probar la tesis, el drama desaparece; de existir el drama, la tesis no se prueba. Veamos, en prueba de ello, cuál es el pensamiento del Sr. Echegaray y cómo lo desarrolla.

El pensamiento se reduce á probar que, dado el estado actual de la sociedad, el cumplimiento estricto de la ley moral puede atribuirse, y de hecho se atribuye, á la locura, ó lo que es igual, que locura y santidad aparecen como términos idénticos ante la extraviada conciencia de la mayoría de las gentes. Si éste no es el pensamiento del Sr. Echegaray, confesamos que no entendemos lo que en su drama se ha propuesto demostrar.

Pero tal como está desarrollado el drama, esta tesis no se demuestra, pues lo que del conjunto de circunstancias y sucesos de aquel se deduce es que el cumplimiento de la ley moral se toma por locura, no por sí mismo, sino por las circunstancias especiales que lo rodean. Y con efecto, si los personajes del drama juzgan loco al protagonista, no es tanto por la extraviada resolución que en pró de la justicia adopta, como por la imposibilidad material de probar la verosimilitud del hecho en que la funda. Avendaño va á un manicomio, no por querer renunciar á un nombre y unas riquezas que no le pertenecen, sino por no poder probar que no le pertenecen verdaderamente. Lo que en el drama se prueba es que el hombre está sometido á la ley inexorable de la fatalidad.

Con efecto; supóngase que el documento auténtico en que consta la irreparable desgracia de Avendaño no hubiera desaparecido, y

nadie lo tendría por loco, sino por santo; pues todos los personajes creen que santo sería si su resolución se fundara en motivos reales. La idea de que está loco surge, es cierto, en la mente de los suyos, por lo extremado de su resolución; pero, aunque deplorándola y condenándola todos, fácilmente se arrepintieran de su precipitado juicio si él presentara la prueba de su desgracia. Sólo cuando no la presenta es cuando convienen en la realidad de su locura.

Hé aquí el grave, el imperdonable defecto de *O locura ó santidad*. El pensamiento moral perece á manos de la acción dramática; el dramaturgo mata al moralista; la tesis no se prueba y el pensamiento queda falseado.

Pero no es esto sólo. Al pensamiento le daña también la exageración con que está presentado. Por más que ha hecho el Sr. Echegaray, en su personaje hay algo que traspasa los límites de lo racional; su sacrificio tiene algo de locura. Ciertamente que ni el nombre que lleva, ni los bienes que le pertenecen, son legítimamente suyos; pero no menos cierto que el problema que se plantea á sí mismo tenía solución racional y prudente. Obligado estaba á devolver aquellos bienes; quizá también á abandonar su nombre, aunque con usarlo á nadie perjudicara; pero ¿acaso no podía cumplir este deber sin menoscabo de afectos carísimos? ¿No podía confiar el secreto á los parientes perjudicados por la suplantación hecha en provecho suyo, devolverles sus bienes y aún abandonar su nombre, sin arrojar una mancha sobre su madre verdadera y sobre la supuesta, ni lanzar en la deshonra á su esposa y su hija? El conflicto de deberes que hay al parecer en aquel problema ¿no puede resolverse? ¿Tiene derecho Avendaño á deshonrar á toda su familia, incluso á la misma á que ha de favorecer su resolución, y está obligado á resolver con ruidoso escándalo lo que en sigilo y con prudencia puede resolverse? Hé aquí lo que no ve Avendaño, ni ha visto el Sr. Echegaray tampoco; por eso los personajes que al primero rodean tienen razón al creerle loco, y por eso el segundo no ha podido resolver el problema que en su drama ha querido plantear.

La virtud de Avendaño llega á una exageración notoria, y esto desvirtúa su carácter y quita todo efecto moral al drama, porque al sacrificar Avendaño la felicidad y la honra de los suyos á un supuesto deber que no le obliga á tanto, más tiene de Quijote que de

hombre racional y prudente. Otra vez aquí el drama borra el pensamiento moral, perjudicado por la exageracion del carácter del protagonista.

Mucho hay que censurar en este carácter. Su estóica rigidez flaquea en favor de su madre, pues dada su austeridad no debiera dilatar su revelacion hasta el momento en que aquella no corriera peligro; y siendo así, ¿por qué no flaquea ante el amor de su hija, que debiera ser mucho más fuerte que el de la madre? Es más: aquel carácter ó es de hierro ó no se concibe; aquella inflexibilidad en la abnegacion requiere un alma de bronce; ¿cómo llora y se abate y gime á cada paso? Compare el Sr. Echegaray á Avendaño con Guzman el Bueno, y verá cómo han de concebirse y representarse caracteres de tal naturaleza.

Culpable es tambien el Sr. Echegaray por haber escrito aquel tercer acto, lastimosa caída despues de los que le preceden. El horror trágico de la situacion capital del drama, consiste en la imposibilidad de que nadie crea en la cordura de Avendaño; no cabe concebir situacion más conmovedora y patética, y el mero hecho de concebirla, basta para reconocer el vigoroso genio del Sr. Echegaray. ¿Por qué, recordando pasados resabios, ha rebasado la línea que separa á lo trágico de lo horrible y á lo patético de lo repugnante, trazando aquel espantoso tercer acto? ¿Qué necesidad tenia de que la familia de Avendaño lo hiciera encerrar despiadadamente en un manicomio? ¿A qué conducen aquellos horribles loqueros, y aquella espantosa escena final, en que los espectadores se sienten estremecer hasta la médula de los huesos ante aquella esposa que se niega á abrazar á su infeliz marido, aquella hija violentamente arrancada de los brazos de éste, aquella brutal lucha con médicos y loqueros, y aquellos ahullidos del protagonista que resuenan lúgubrementes en el alma del espectador? ¿Cuándo se convencerá el Sr. Echegaray de que esos recursos no son legítimos ni artísticos?

Declarados estos gravísimos defectos del drama, reconozcamos sus bellezas. La concepcion (aparte de sus lunares) es grandiosa, eminentemente trágica, digna de un genio de primera fuerza; la misma exageracion del carácter de Avendaño, con entrar una inverosimilitud notoria, imprime á la obra un sello de indudable grandeza, porque la exageracion del bien podrá no ser digna de imitacion, pero sí de admiracion y simpatía. El drama,

falto en general de movimiento, se desarrolla con una lógica, una naturalidad, una verosimilitud desacostumbradas en el Sr. Echegaray; no hay recursos falsos, ni amañados artificios, ni mostruosas inverosimilitudes; todo es posible y real. Las situaciones finales de los dos primeros actos son admirables; como la del último es trágica y patética, prescindiendo de los detalles repugnantes que la afean. Las figuras, en general, están bien tocadas, siendo muy bella la de Inés. Algunas escenas están llevadas con admirable ingenio, incluso la de los loqueros, repugnante, pero muy bien desarrollada.

El Sr. Echegaray ha hecho mal en abandonar el verso por la prosa. La que emplea en su drama peca de amanerada y sentenciosa y quita vida y colorido al diálogo. Y es que, por regla general, nuestros dramáticos, acostumbrados al verso, no aciertan á manejar el diálogo prosáico.

En resumen: el drama del Sr. Echegaray, con todos sus defectos, revela, á nuestro juicio, un progreso en su autor, tanto por encerrar un problema moral de verdadera importancia, admirablemente concebido, defectuosa pero grandiosamente desenvuelto, como por estar conducido con naturalidad y verosimilitud y sin caer en recursos falsos ó de mal género, excepto en el tercer acto que, bien refundido, no sería, como es hoy, un lunar lastimoso de la obra. Es que al Sr. Echegaray le sobra genio y le falta talento dramático; por eso su drama no resulta hecho ni su pensamiento se demuestra en él; por eso produce al finalizar una impresion ingrata en el ánimo del público; por eso es más grandioso que bello; por eso, en fin, con ser un progreso, todavía no es el grado de perfeccion á que puede y debe aspirar el asombroso genio del Sr. Echegaray.

La ejecucion excelente, distinguiéndose las señoritas Boldun y Contreras.

M. DE LA REVILLA.

Madrid, 30 de Enero de 1877.

Director y propietario: JOSÉ DEL PEROJO.

Madrid, 1877.—Tipografía de la REVISTA CONTEMPORÁNEA,
Pizarro, 15, bajos.